

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIV

SANTIAGO DE CHILE
1922

ALFREDO DE VIGNY

Para el que los frecuenta desde la juventud y nunca los abandona, y busca siempre en sus creaciones una puerta de escape a las realidades de la vida, son los poetas leales amigos, confidentes seguros, adivinadores maravillosos, consuelo en la hora de la depresión del espíritu y más tarde evocadores mágicos de lo que sin ellos se habría ido para siempre.

En la juventud, en las horas ardientes e impetuosas, cuando la sangre nos bulle y las pasiones atropellándose nos arrastran por campos de flores y de rocas, los poetas nos interpretan, nos dan el canto de batalla, el poema de amor, el incentivo para luchar, la voz de nuestra propia ternura que no siempre halla formas adecuadas en el lenguaje familiar.

En la edad madura nos apaciguan el alma cansada con la sensación de una belleza que, aún cuando expresa el dolor y sube hasta las cumbres trágicas, deja en el alma una serenidad aquietadora para el que en su contemplación medita y sueña.

Y cuando la tarde vá cayendo y una melancolía sin remedio, confesada a veces, pudorosamente disimulada otras, invade como una niebla el horizonte de nuestra vida, sólo los poetas pueden evocarnos los días de calor y de luz, las horas del mediodía y de la mañana y entibiarnos todavía los huesos próximos a su reposo perpetuo con el lenguaje de las pasiones que ya no sentimos, con la visión de las fantasías que ya no se nos presentan, con el deslumbramiento de las imágenes que ya sin ellos, sin los poetas, no acudirían a visitarnos.

Quiero hablar hoy de uno de estos amigos del alma, de uno de estos compañeros de mi juventud, cuyas creaciones de hondo pensamiento filosófico siguen conmigo por la vida compartiendo mi admiración con la de tantos otros grandes poetas que

para deleite de la humanidad han dejado en diversas lenguas sus divinas fantasías.

Quiero recordar a un gran poeta romántico, algo olvidado e injustamente olvidado en su propio país, que por otra parte nunca fué popular ni podía serlo, pero cuyo estudio debería recomendarse a la juventud literaria por la majestad de la forma nobilísima en que escribe, por la profundidad del pensamiento y por la elevación filosófica de su inspiración.

No es sorprendente que sean pocos los que en Chile leen o han leído a Alfredo de Vigny. La generación a que pertenezco fué tal vez la última que lo conoció y aún entre ella no fueron muchos los que lo frecuentaron.

Alfredo de Vigny no fué popular ni aún en sus tiempos. Los más ilustres críticos pusieron sus obras entre las pocas que debían entrar en la inmortalidad. Los más grandes escritores se honraron con su amistad y rindieron culto a su genio poético. Un público de hombres y mujeres de alta cultura lo proclamó uno de los maestros de la poesía francesa y uno de los jefes del gran movimiento que con el nombre de romanticismo revolucionó la literatura en todo el mundo.

Pero la gran masa que, sin leerlo mucho, sabía de Victor Hugo y lo veneraba porque era el bardo de su raza, la multitud que repetía incansable las Meditaciones de Lamartine y lloraba con las estrofas a Elvira, los millares de seres humanos que repetían las canciones de Musset, no podían sentirse interpretados en los poemas de Alfredo de Vigny.

Los asuntos del autor de Eloa están fuera del alcance de quien no posea una cultura literaria algo elevada. Los toma de la Biblia o de la historia profana o de sucesos ordinarios; pero tanto el episodio histórico como la narración bíblica o el hecho corriente son nada más que una débil armadura sobre la cual teje su imaginación una vasta alegoría, un enorme símbolo de ordinario filosófico. Las pasiones mismas, sin exceptuar el amor, están en la poesía de Vigny como sublimadas, quintaesenciadas, ennoblecidas aún en su mismo arrebató y desborde. La lengua que escribe es de una rara nobleza y se asemeja a los clásicos franceses; pero a veces es oscuro; o nunca

desciende a lo vulgar y fácilmente adaptable al gusto del mayor número.

Su actitud general choca con el gusto de la multitud. Es un orgulloso encerrado en su torre a orillas de un océano inmenso, agitado por los vientos de la duda, de la decepción. Es un gran desdeñoso de las opiniones que circulan en torno suyo, sin afectación ni jactancia, por instinto y necesidad de su espíritu que vé más lejos y penetra más hondo que el de sus contemporáneos. No tiene contacto íntimo con el momento histórico en que ha vivido.

El mismo Vigny lo ha dicho admirablemente en una carta escrita cuando tenía cuarenta años y dirigida al Príncipe José de Baviera que lo consultaba sobre materias literarias:

«Cuando un hombre llega con demasiada rapidez a ser popular yo desconfío, porque casi siempre es popular por su lado más vulgar y esto me hace temer que ese lado ocupe la mayor parte de su ser. Lo bueno, lo verdadero, lo bello no mueven al principio sino a los espíritus elegidos, y poco a poco la admiración que ellos experimentan baja de sus filas a todas las otras, de las montañas a la llanura».

Alfredo de Vigny nació en 1797, el año en que un joven general firmaba el tratado de Campo Formio y comenzaba a modificar el mapa de la Europa. Era hijo del conde de Vigny y el suyo uno de aquellos hogares que, después del Terror y cuando la guillotina se fatigó de segar cabezas, comenzaron a reanimarse a la sombra de los muros tiznados de los castillos que el incendio había destruído, en el último pedazo de tierra que la revolución había dejado a familias que fueron riquísimas y que volvían a Francia más pobres que sus antiguos siervos.

Su padre era un viejo soldado que contaba en las veladas familiares sus campañas de la Guerra de Siete Años. Todos los hermanos habían muerto. La guillotina o las guerras de Conde habían suprimido a los siete tios del poeta. La confiscación había reducido al conde de Vigny a la pobreza.

Los Vigny veían sucederse los régimenes encerrados en su desden del presente, vueltos hacia una época cuyos recuerdos estaban separados de ellos por un foso lleno de sangre.

El mismo poeta ha contado su triste infancia solitaria. La casa de París visitada por viejos elegantes y empobrecidos, personajes apolillados que hablaban de Versalles y el Trianon, de la buena Reina María Antonieta y Luis XVI. Su padre siempre recordando las guerras de otro tiempo glorioso, sin regocijarse por los triunfos y glorias de los nuevos días.

La gigantesca fanfarra guerrera del Primer Cónsul y del Emperador, sus regresos triunfales a París cuando volvía de todas las capitales del continente que había subyugado y donde había dejado en palacios reales la bandera tricolor de la revolución, eran para la familia de Vigny motivos de odio. Apenas si la sensación de la grandeza que Napoleón daba a la Francia lograba remover su corazón que aún sangraba de la incurable herida abierta por la revolución. El *petit caporal*, aún coronado y vestido de la púrpura imperial en el altar de Notre Dame, seguía siendo para ellos el usurpador, el intruso, el advenizo, el hijo de la Revolución que había diezmado a los suyos, dispersado sus bienes disuelto su hogar viejo de siglos.

Fuera de la casa paterna la leyenda guerrera se subía a la cabeza del hijo del conde de Vigny. Aquellos boletines de victoria con que Napoleón preparaba a París para hacerle sentir las jornadas de Wagram y de Eylau, despertaban en Alfredo de Vigny el genio militar de su raza de soldados, de su familia de servidores de la Francia. Y a pesar de los viejos amigos de su padre que echaban de menos sus pelucas emolvadas y su estandarte blanco y sus flores de lys, el futuro poeta sentía la potente belleza de la prodigiosa fábula que Bonaparte iba escribiendo con su espada.

Cuando en 1814 entraron los aliados a París y Napoleón fué obligado a abdicar, Alfredo de Vigny estaba ya a los diecisiete años dispuesto a hacer su servicio militar como conscripto. La carrera de las armas le parecía la única digna, la única propia de su temperamento. Un inmenso lirismo bélico, un anhelo de servir a la patria, cualquiera que fuera el régimen del Gobier-

no o el nombre del soberano, se habían apoderado de su impetuosa naturaleza.

Ese mismo año y reinando Luis XVIII el joven Vigny entró en el regimiento de los Gendarmes de la Guardia. Pero apenas había tenido tiempo de vestir el uniforme y de familiarizarse con el uso de las armas en cuatro o cinco meses de ejercicios, cuando el desembarco de Napoleón en el Golfo Juan y la huída del Rey asestaron un primer golpe a sus ilusiones.

El soldado niño siguió a su Rey por el camino de Artois y de Flandes en aquel mes de Marzo de 1815, en una huída vergonzosa, él que hubiera querido batirse, defender, servir. Vigny ha descrito en cuatro rasgos esa marcha y las sensaciones de ésta su primera aventura militar. «Estaba solo, a caballo; tenía un buen manto blanco, un uniforme rojo, un casco negro, pistolas y un gran sable; llovía a torrentes durante cuatro días y cuatro noches de marcha, y me acuerdo que yo cantaba *Joconde* a plena voz. ¡Era tan joven! La casa del Rey en 1814 se había llenado de niños y de ancianos; el Imperio parecía haber cogido y muerto a los hombres».

«Mis camaradas iban delante en el camino, en la comitiva del Rey Luis XVIII; veía sus mantos blancos y sus uniformes rojos hacia el lejano horizonte del norte; los lanceros de Bonaparte que vigilaban y seguían paso a paso nuestra retirada mostraban de cuando en cuando en el otro horizonte la llamada tricolor de sus lanzas. Una herradura perdida había retardado mi caballo; era un animal joven y fuerte; lo apuré para reunirme a mi escuadrón y partió al trote. Puse la mano en la cintura; estaba bien provista de oro; oí resonar la vaina de hierro de mi sable en el estribo y me sentí muy orgulloso y perfectamente feliz. Llovía siempre y yo cantaba siempre».

Más adelante, el caballo se hunde en los baches de la carretera descuidada. El joven teniente modera el paso y mira con pena, la única pena que lo aflige, sus elegantes botas manchadas de barro amarillento, del lodo gredoso de los caminos de Flandes, y llenas de agua por dentro. Pero lo que más lo desespera es el espectáculo de sus flamantes charreteras de oro arruinadas por el agua.

El carácter de Alfredo de Vigny se diría que se formó entonces y seguramente aparece ya definido y preciso en esa hora extraña de su primera juventud, casi podría decirse de su niñez. Cuando la depresión del ánimo amenaza invadirlo con el frío y la lluvia y la mísera condición del que huye sin haber sido vencido, del que se sabe perseguido y sin esperanzas de inmediata revancha, recuerda que su regimiento está más allá y con el regimiento su deber. «Al sentir en mi corazón, dice, una calma profunda e inalterable, di gracias a este inefable sentimiento del Deber y traté de explicármelo. Viendo de cerca cómo esas cabezas tan rubias o tan blancas soportaban alegremente fatigas desusadas, cómo tantos hombres de vida feliz y mundana arriesgaban un porvenir seguro en forma tan caballerisca, tomando mi parte en la satisfacción milagrosa que da a todo hombre el convencimiento de que no puede sustraerse a ninguna de las deudas del Honor, comprendí que era cosa fácil y mas común de lo que se cree la Abnegación».

Toda la vida del gran poeta, del soldado, del patriota, del hombre privado en el hogar y en la sociedad, estuvo en Vigny ajustada a esos principios que, como visiones reconfortantes se le aparecieron en los caminos del Artois y de Flandes mientras seguía al triste Rey en fuga: muchos años después pudo pensar al morir que había sido siempre el hombre del Deber, del Honor y de la Abnegación. La vida le iba a dar muchas ocasiones de probarlo.

Herido gravemente, abandonado en una aldea, desterrado a quince leguas de París para que se ocupara de su curación, el joven soldado aguardó allí el regreso del Rey a quién la caída del águila y su encierro en Santa Elena dejaban por fin abierto el camino de Francia para que fuera a ocupar todavía temblando de pavor los palacios reales donde la sombra siniestra y gloriosa del sombrero negro y el redingote gris quedaron vagando para siempre enseñoreadas de cuanto habían poseído con su genio.

Vigny ha permanecido catorce años en el Ejército, o sea ha pasado la porción más bella, más activa, más brillante y más fecunda de su vida en las filas. Era entonces un convencido de la grandeza militar. En 1828 debía dejar para siempre el ser

vicio convencido de que esa grandeza de servir, de abnegarse, de negarse a sí mismo por la disciplina y por el espíritu de sacrificio, ocultaba tanta servidumbre y humillación que su carácter altivo tenía que revolverse contra ella.

Pero lo más característico de este excepcional temperamento de artista y de gentleman, de poeta y de caballero antiguo, capaz de proezas como las que en tiempos más heroicos habían tocado en suerte a sus antepasados, en que esos años de servicio militar en que rara vez dejó de estar en las filas, fueron los de su mayor fecundidad literaria. Vigny ha compuesto sus más bellos poemas durante las marchas nocturnas a caballo con su regimiento, en un rincón del cuartel, bajo la tienda del campamento, en las horas nubladas por el tedio y la ociosidad de las guardias.

El mundo estaba fatigado de guerras. La Europa sin amo prefería descansar de tanta batalla. Los pueblos querían rehacerse después de la colosal sangría que habían sufrido a manos del César implacable. El Rey Luis XVIII, como ha dicho alguien, se podría en su trono. No había ya fanfarras ni glorias, ni vibrantes boletines. Enviado por algún tiempo a la frontera de España, cuando la guerra con ese país, Vigny sólo conoció del ejército el sacrificio de servir y servir siempre, la noción de la obediencia, el espíritu de sacrificio sin gloria ni recompensa alguna, sin estímulo ni poesía.

Entonces su espíritu poderosamente dotado, libre de las distracciones de la vida mundana, puro en medio de la soledad de los campamentos, tranquilo en la compañía de hombres rudos y sencillos que sólo sabían servir y obedecer, se alzó sobre las miserias humanas y fué fecundado en el espacio infinito de las concepciones filosóficas y de la belleza de las formas poéticas.

Los poemas que mas tarde ha reunido bajo el título de *Libro Místico*, y que son: Moises, Eloa y El Diluvio, han sido escritos durante su servicio militar, lo mismo que muchas de sus otras obras poéticas. Apenas si hay una que otra de las que escribió mas tarde en el reposo y tranquilidad de la vida civil que merezca compararse con aquellas que llevaba en un pequeño libro de memorias entre su uniforme y su corazón. El

genio de Vigny ha llegado a la cima de la alta montaña de su inspiración poética mientras era soldado.

Era un lector constante de la Biblia. Este hábito fué común a casi todos los poetas románticos. No hay uno solo de ellos, creyentes o escépticos, y Vigny debe ser clasificado entre estos últimos, que no haya tenido predilección por los libros del Antiguo Testamento. En general los liberales de entonces, los espíritus avanzados de aquel comienzo del siglo XIX, vagaban, en torno de un cristianismo de su gusto, despojado de la religión positiva, del rito y la gerarquía eclesiástica, muy parecido al protestantismo y como el protestantismo frío, razonador y poco apto para satisfacer las necesidades del sentimiento y de la fantasía.

Alfredo de Vigny, como el mismo Víctor Hugo y como tantos otros, unos con genio y otros sin alzarse del bajo suelo, ha cogido la narración bíblica sin ningún respeto religioso y vistiéndola de su propio pensamiento filosófico, la ha convertido en pretexto para mostrar exaltadamente una gran pasión un estado de alma, un amor, una ambición, una duda, un desaliento.

Moises sube a la montaña santa donde habla cara a cara con Jehová, donde ha recibido de Dios las leyes que guiarán la conciencia de su pueblo. Abajo, las multitudes se prosternan como las espigas abatidas por el viento.

El elegido de Dios está triste, aplastado por su propia gloria y delante del Dios que en la nube atravesada por el rayo y estremecida por el trueno le ha hablado como a otro Dios, prorrumpe en una queja terrible y dolorosa.

«¡Señor, me has hecho demasiado grande para un hombre; mi cabeza pesa demasiado para dormir sobre un seno de mujer; mi mano deja el espanto en la mano que toca; ¿Y esto no acabará jamás? ¿A dónde quieres que dirija ahora mis pasos? ¿He de vivir siempre poderoso y solitario? ¡Déjame dormir el sueño de la tierra!»

Es la alegoría estupenda de la soledad del genio que tiene conciencia de su superioridad sobre los demás hombres. Moises conoce todos los secretos de la naturaleza. «Mi boca por su nombre ha contado las estrellas y desde que mi gesto las llama al firmamento, cada una apareciendo responde: Heme aquí».

Pero desde que el soplo divino llenó al pastorcillo, los hombres lo han sentido extraño a su especie. A su paso, las vírgenes se velan, el amor se extingue y la amistad se marchita. Todos bajan los ojos ante sus ojos de fuego. Y cuando abre los brazos para estrechar a un semejante, este cae de rodillas. Y Moisés delante de Jehová clama en el último punto del más amargo desconsuelo: «¡Señor! He vivido poderoso y solitario. ¡Déjame ya dormir el sueño de la tierra!»

La cima de la montaña santa reapareció sin Moisés. El pueblo siguió su marcha hacia la tierra prometida y ya Josué avanzaba pensativo y pálido, porque era ya el elegido del Todopoderoso.

La grandeza del símbolo que encierra este poema, su atrevimiento satánico, el orgullo inmenso que respira cada una de sus líneas, la majestad antigua, serena en medio de la pasión gigante que anima toda la obra, están encerrados en la arquitectura maravillosa de una forma irreprochable. Los versos son de una suprema elegancia, de una gran fuerza de expresión y parecen haber sido castigados por el poeta hasta no dejar en ellos ni un adjetivo, ni una palabra que pudiera disminuir la energía del concepto y la grandeza que correspondía a la historia de un semi-dios. Porque el Moisés de Vigny no es el de la Biblia, ni mucho menos el de la religión cristiana que recogió los mandamientos del gran legislador inspirado. Es un héroe antiguo de la estirpe de Prometeo, fatigado de vivir, de saber y de ser adorado por la multitud fanática. Y es también lo que se llamó más tarde el super-hombre, pero en la hora de la fatiga, del desdén infinito por todo lo que le rodea, de la incompreensión absoluta de la muchedumbre y del deseo de partir de una tierra donde no cabe con su grandeza, donde está terriblement sólo.

Igual estructura tiene el otro poema de Alfredo de Vigny escrito también en el período militar y que, a mi juicio, es su obra maestra por el fondo y por la forma. Los lectores del gran poeta habrán adivinado que me refiero a *Eloa o la Hermana de los Angeles* que el autor tituló «misterio».

De nuevo la fantasía de Vigny se apoya en los libros santos que seguramente ha leído mucho, pero que no ha leído jamás

con espíritu religioso, sino de artista literario, y desde el pasaje del Evangelio que lo ha conmovido y al mismo tiempo hecho reflexionar, emprende un vuelo por espacios ilimitados donde ninguna ortodoxia los detiene, ni respeto alguno lo entraba.

Cuenta el Evangelio que Jesús lloró al saber en casa de Marta y María que Lázaro, su amigo i discípulo, había muerto. Hasta ahí el Evangelio. El poeta ha partido y en alas de una fantasía maravillosa irá muy lejos.

Esa lágrima que el Hijo del Hombre dió a la amistad, ese dolor que arrancó a su naturaleza de hombre la muerte del amigo que amaba, no podían perderse en los espacios y quedar estériles. Dos ángeles recogieron las lágrimas de Jesús y presentándolas en una urna de diamante a los piés del Eterno, sopló sobre ellas el espíritu creador que por amor crea y conserva a sus criaturas. Se oyó en los espacios una voz que decía: ¡Eloa! y el ángel apareció.

Eloa es un ángel femenino cuya belleza y perfecciones describe el poeta en versos magníficos, dotándola de un cuerpo etéreo que, sin embargo, se complace en adornar de sensuales atributos seductores y tentadores.

Todas las potencias celestes se inclinan ante la creación prodigiosa más bella que cuantas hasta entonces han salido de la mano del Eterno. Eloa es el ángel encargado de consolar los grandes dolores; por donde pase desaparecerá el sufrimiento; cuando su vuelo silencioso se abate sobre un hogar, la madre vé que vuelve la vida y la salud al hijo moribundo; cuando sus alas tocan imperceptiblemente a los que se aman, caen los obstáculos que se oponían a su unión; el que suspira por un ausente lo vé llegar; Eloa recorre sin cesar los mundos y destierra de ellos el dolor.

Pero un día llega a sus oídos la leyenda ceeste de aquel arcangel más bello que la luz de la mañana quemarchaba delante del Señor iluminando con su belleza los caminos del Altísimo. El Arcangel espulsado de los cielos por un movimiento de su orgullo gime desde siglos inmemoriales en la soledad de espacios oscuros, privado de la visión del Eterno y privado de amor. Luzbel que ahora se llama Lucifer, no ama,

no puede amar, y este es el mayor tormento que el Creador puede imponer a una criatura.

El encuentro de Eloa, el ángel consolador de los grandes dolores, y Lucifer el arcangel desterrado a quién nadie ama, es una de las páginas más admirables, más hondas, más poderosas que haya producido la literatura poética del mundo.

La tentación es un prodigio de psicología y una gran maravilla de arte literario. El arcangel maldito dice a Eloa que acaso es a él a quién busca, acaso es ella quién debe conducir a la salvación a los seres desterrados como él del cielo que forman su patrimonio y su cohorte. «Yo soy un desterrado que acaso tú buscabas». Pero guárdate del Dios celoso, tu amo. Yo soy desgraciado porque amé, porque quise salvar soy un réprobo».

Y prosiguiendo en la descripción de sus anhelos y de su desventura, el tentador le dice:

«Yo soy aquel a quién se ama sin conocer; he fundado sobre el hombre mi flamigero imperio, en los deseos del corazón, en los sueños del alma, en los deseos del cuerpo, atracciones misteriosas, en los tesoros de la sangre, en las miradas de los ojos. Yo soy quién hace hablar en sueños a la esposa, la joven feliz aprende por mi felices mentiras. Yo les doy noches que consuelan los días; yo soy el secreto rey de los amores secretos.....»

Lucifer comparte con el Eterno que lo castigó el reino de la naturaleza. «Le dejo los días de color bermejo en que el resplandor del sol oculta los astros; pero es mía la sombra muda y yo doy a la tierra con la voluptuosidad de las noches el encanto del misterio.

Y así, a los ojos de Eloa, el tentador toma los caracteres de una víctima de los celos de un Dios implacable, y la obra del arcangel caído el encanto misterioso del amor, de la vida, de la juventud, de cuanto hay de bello y de acariciante en el mundo material y en los espíritus.

Eloa le pertenece. Desde el comienzo de su existencia lo buscaba, sabía su noble origen, la patria común, conocía su desgracia infinita. En su errante peregrinación por los espacios en busca de dolores que clamaran un consuelo, Eloa no ha

encontrado jamás uno tan hondo. En sus giros por los mundos siderales nunca un ser le pareció más bello que el arcángel castigado, condenado a carecer de amor eternamente.

Y el tentador le cuenta como mezclándose a los espíritus celestes, velado como un sol de invierno, la vió muchas veces en los coros angélicos. «Tú sola me pareciste lo que se busca siempre, lo que el hombre persigue en la sombra de sus días, el único dios que conoce el misterio de la dicha y, en fin, tu presencia me fué revelado que aún podía amar».

La caída de Eloa es la dulce, resignada, ciega y profunda caída del ser inocente, del que cree consolar una gran desventura, del que sueña con redimir, del que cerrando los ojos al peligro sigue una voz que sale del fondo del abismo como un destino que nada puede detener. Cuando en los brazos del espíritu maligno Eloa vuela por los espacios y reclama en vano una palabra de amor del que la arrastra satisfecho de vengar en la seducción su suerte maldita, el ángel consolador de los grandes dolores le pregunta todavía «¿Eres por lo menos más feliz que antes, estás contento?» Es una última esperanza de que su caída sea siquiera un rayo de luz en las tinieblas de aquel infortunio sin remedio, y el tentador contesta: «¡Más triste ahora que nunca!»

La alegoría encerrada en este poema no necesita comentarios que la destruirían materializándola. El verso de Vigny, de una incomparable elegancia, la lengua esquisita, las imágenes de un poder evocador que hace sensible lo espiritual, todo contribuye a hacer de la obra uno de los más sinceros y profundos estudios que la poesía haya hecho jamás de la seducción, de la inocencia, de la fatalidad implacable del amor.

Esta actitud ante Dios, como de desafío y de revuelta, que el poeta adopta en Moisés, como en Eloa, como en otros poemas, siempre personificándose a sí mismo en el personaje que atrevidamente se encara con la divinidad, alcanza en Vigny gran belleza literaria, y es una de las *poses* más frecuentes en los románticos. Moisés, el Satan de Eloa y el Jesús del Poema titulado el Monte de los Olivos es siempre el mismo, es su naturaleza satánicamente orgullosa, que se vuelve contra Dios y lo acusa de abandonar a sus criaturas a un destino doloroso y

sin esperanzas. Esta idea que un espíritu sinceramente creyente no puede menos de ver extenderse hasta los bordes del pensamiento blasfemo, ha sido poderosamente acentuada por Vigny en su poema del Monte de los Olivos. Cuando Jesús clama y pide que pase de sus labios aquel caliz, los cielos callan, nadie lo consuela. Y el poeta exclama: «Si es verdad que en el Jardín sagrado de las Escrituras el Hijo del Hombre dijo lo que se cuenta, si mudo, ciego y sordo al grito de las criaturas el cielo nos deja como un mundo abortado, el justo opondrá el desden a la ausencia y no responderá sino con frío silencio al eterno silencio de la divinidad».

Estas fórmulas poéticas fáciles de hallar en todos los románticos, en unos, como en Vigny, de una terrible elocuencia, en otras reducidas casi ridículo, no son sino actitudes. Muchos de ellos eran en el fondo religiosos, se revolvían en verso y se sometían en prosa. Escribiendo en verso se apoderaba de ellos una especie de sacra exaltación, un delirio profético y pensaban que la única manera de probar su grandeza era medirla con la Eterna e incommensurable de Dios.

En el Don Juan Tenorio de nuestro Don José Zorrilla ocurre esta idea puesta en boca del burlador de Sevilla. Todos recuerdan los versos:

Llamé al cielo y no me oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos por la tierra
responda el cielo y no yo.

Cuando hemos oído estos cuatro versos declamados por un buen actor, hemos visto que la multitud se estremecía de pavor como ante un diabólico conjuro que podía desatar el rayo sobre sus cabezas. Pero si los dice un actor mediocre se siente el vacío, la puerilidad de la actitud, que era un simple recurso poético y, por tanto, empleado por el genio cobra una extraña belleza, y usado por la mediocridad cae en el absurdo de la desproporción insana.

No he de detenerme a analizar otras de las obras poéticas de Alfredo de Vigny. Son pocas. Caben todas en un volumen muy

pequeño. El poema titulado «La cólera de Sansón» tiene bellezas supremas comparables con las anteriores. «Le Cor» es conocidísimo de cuantos han cursado francés con algún maestro admirador de los clásicos. Otras son obscuras, como «Les Destinées» en que el filosofismo llega hasta sofocar la fantasía y enfriar la expresión.

El conjunto de la obra poética de Vigny es desigual, pero encierra tres o cuatro poemas que ninguna antología de clásicos franceses puede omitir.

Durante su vida militar Alfredo de Vigny había contraído matrimonio con una joven inglesa a quien amó con un afecto sereno y noble, nó con una pasión verdadera, pero por quien se sacrificó en los últimos años de su vida como un caballero y como un santo.

Establecido en París entró muy pronto en el cenáculo de los románticos. Fué amigo de Víctor Hugo que le dispensó una de esas amistades protectoras, de maestro a discípulo, que el autor de la Leyenda de los Siglos otorgaba a sus adeptos y que M. de Vigny, gran caballero y artista sincero, aceptaba sin análisis. Lamartine lo frecuentó mucho en casa de Vigny, que había logrado mantener un salón literario, leyeron Víctor Hugo las primeras orientales y Lamartine algunas de las Meditaciones ante un grupo de exaltados partidarios del nuevo arte que rompía los moldes y atropellaba genialmente los preceptos.

Vigny aportaba al cenáculo romántico elementos de gran valía. Tales eran su cultura y sus gustos filosóficos que daban una orientación ideológica a la nueva escuela algo titubeante en esas materias, y su conocimiento profundo de la literatura inglesa, especialmente de Shakespeare en quien habían de hallar los románticos franceses, como en la gran literatura española, el alimento que la suya propia no podía darles.

No se olvide que en Francia el romanticismo era una revolución que trastornaba las tradiciones, mientras que en Inglaterra, en Alemania y sobre todo en España, no era más que la vuelta a la tradición. Los pueblos de lengua española no nece-

sitábamos para ser románticos otra cosa que leer a Calderón de la Barca y seguir el vuelo lírico de sus obras.

Pero entre los amigos de Vigny debe citarse en primer término a Sainte Beuve que lo señaló a la admiración pública, que juzgó con su habitual sagacidad y su gusto impecable los poemas y las obras en prosa, que se unió a él por sentimientos de un recíproco afecto que sólo la muerte pudo cortar.

El teatro debía tentar a un genio poético tan vigoroso como el de Vigny. El teatro es la cátedra suprema, es la montaña desde donde el poeta habla a la multitud en formas vivas, en contacto directo con cada hombre, por medio de la voz humana, del gesto y de la acción. Una traducción, o mejor dicho adaptación del *Otelo* de Shakespeare con el título de «El Moro de Venecia» se representó en la Comedia Francesa en 1829. En medio de los sinsabores, controversias y disgustos de toda especie que le ocasionó la representación de esta obra por artistas que probablemente no la entendían bien (es tan difícil para franceses interpretar a Shakespeare como para ingleses atreverse con Moliere) Vigny se consolaba, según dice en una carta, con que la obra hubiera merecido el elogio de Sainte Beuve quien le dedicó unos versos que más tarde incluyó en el volumen titulado «*Les Consolations*».

Dos años después hacía representar una tragedia titulada *La Marechale d'Ancre* que no conozco y que no parece haber hecho una huella muy interesante en la historia literaria, salvo una carta de Sainte Beuve en que la elogia discretamente, con reservas suficientes.

En el curso de estas experiencias teatrales Vigny había conocido a la actriz Marie Dorval, mujer encantadora, de un talento asombroso en la escena, pero, si hemos de juzgar por sus cartas y las de algunos de los hombres de la época, friamente preocupada de su éxito artístico y desdeñosa de cuanto no condujera a él.

M. de Vigny concibió por Madame Dorval una pasión frenética, como era de rigor entre los románticos, una de esas pasiones absorventes que acaban por convertirse en una tiranía para la persona amada que no la comparte en el mismo grado de calor y entusiasmo.

La literatura debe probablemente a esta pasión las obras dramáticas de Alfredo de Vigny, una de las cuales titulada *Chatterton* y que tiene por tema la desventurada vida, poetizada por Vigny, del poeta inglés de ese nombre que murió de hambre y sólo fué conocido después de su muerte por la belleza de sus imitaciones de la poesía primitiva, alcanzó un éxito enorme y fué en sus tiempos celebradísima. Olvidada ha largos años, esta tragedia debió gran parte de su triunfo a la interpretación admirable que Dorval hizo del papel de Kitty Bell, la protectora del poeta misérrimo y único ser que lo comprendía.

Los amores de M. de Vigny con Marie Dorval parecen haber sido algo tormentosos. Mi impresión a través de las cartas es que la bella artista se cansó de un hombre cuya alma era una perpetua borrasca, que vivía encastillado en su yo misterioso y lejano, que exigía que subieran con él a esas alturas desvanecedoras los simples mortales, y que no producía todas las obras de teatro del gusto del público que hubiera sido de desear.

Tres años antes de la tragedia, Vigny había publicado con el título de *Stello* un libro muy curioso, lleno de bellezas de detalle, muy original y en el cual hallamos ya esbozado el episodio de la muerte del poeta Chattertón que debía adaptar al teatro.

Stello es un joven poeta. Naturalmente, en las obras en prosa como en las poesías el personaje principal de las creaciones de M. de Vigny, sea cual fuere el nombre que toma en el libro, es siempre el propio M. de Vigny. En esto sigue perteneciendo estrictamente a la escuela romántica en que la egolatria, el individualismo absoluto había reemplazado a las exajeraciones del impersonalismo del siglo anterior.

Stello consulta para un mal extraño que lo aqueja, un mal que no es sino el tedio de la vida, la desilusión, el aburrimiento de ser tan grande, tan mal comprendido y de estar tan abandonado de Dios y de los hombres, a un personaje misterioso, el Doctor Negro, un ser fantástico que ha vivido en los siglos y visto a otros poetas que sufrieron y callaron y bajo el aguijón del dolor produjeron inmortales bellezas.

El Doctor Negro cuenta en un estilo nervioso, ágil, de brillantes imágenes, de una concisión enérgica y potente, la histo-

ria de Chatterton que murió de hambre, de A. de Gilbert abandonado a su miseria en medio de París alegre, de André Chenier guillotinado. Cada uno de los episodios podría dar origen a una tragedia. Sus líneas son severas, la emoción trágica tan honda y sincera que no es posible leer algunas páginas sin sentir que se anuda la garganta. La descripción final de la plaza de la Revolución en uno de los últimos días de grandes matanzas antes de la caída de Robespierre, el retrato del incorruptible, el de Chenier, el de la Jeune Captive su compañera de prisión, el cuadro de Saint Lazare donde se amontonan las víctimas que aguardan la sentencia, son páginas inmortales que hoy tienen la frescura, la vida, el color fuerte, el acento viril que tenían cuando causaron un sacudimiento en el mundo literario.

Junto a Stello pondría yo otro libro en prosa de M. de Vigny que estimo aún más equilibrado en la composición y de una finalidad social más intensa y más útil. Me refiero a sus Recuerdos de Servidumbre y Grandeza Militares.

En esta obra ha encerrado Vigny todas las lecciones de filosofía de la guerra y de los ejércitos que había recibido durante sus catorce años de vida del soldado. Los episodios que cuenta, aunque a veces se dirían tragedias imaginadas por una fantasía poderosa, son probablemente historias reales, casos vividos que el poeta ha ido recogiendo en su carrera militar.

El primer capítulo es un horror que aún en la reseña descarnada sentirá cualquiera que no haya leído el libro. En los peores días del Directorio, un joven marino que manda una fragata recibe la orden de hacerse a la vela llevando a su bordo a dos deportados, marido y mujer. Son dos jovencitos que parecen jugar al amor. El ha hecho unos veros burlescos contra los miembros del Directorio. Los envían a la Guayana, al otro lado de los mares. El capitán del barco tiene un pliego cerrado que contiene sus instrucciones y que debe abrir pasada cierta latitud. En el viaje, el lobo marino, voleroso soldado de la República, cobra grande afecto a aquellos dos niños que van alegres, risueños, agradecidos porque los dejaron partir juntos, soñando con la continuación de su idilio bajo las palmeras y

servidos por negros como Pablo y Virginia. Cuando abre el pliego, el capitán encuentra en él la orden de fusilar al joven en alta mar. La lucha entre su deber militar y su conciencia de hombre es horrible. El primero vence y desgarrando su propio corazón, sintiéndose asesino, estremecido de horror ante su propio acto, el soldado cumple. El sacrificio que ha hecho a su deber militar es el más espantable que podía pedírsele. La muchacha, testigo de la ejecución, enloquece y desde aquel día el viejo marino la toma a su cuidado, la guarda como una hija, la lleva consigo en las campañas napoleónicas en que toma parte después de abandonar para siempre el mar que ha manchado con sangre inocente. El cuadro de aquel hombre que arrastra por todos los caminos de la Europa la carretilla en que la demente divaga y sueña, como quién arrastra materializado su remordimiento y su dolor infinitos, es una obra maestra.

Así resume después Vigny la filosofía terrible de su libro: por cumplir el deber se hace el sacrificio y en el sacrificio, que suele llegar hasta la más honda humillación, encuentra el soldado la satisfacción suprema, la grandeza militar.

Los últimos capítulos están destinados a un análisis de la psicología de Napoleón en que Vigny se adelanta a algunos de los escritores de nuestros días para juzgar con extrema dureza al gran capitán.

Elegido miembro de la Academia Francesa después de haber presentado tres veces su candidatura, Vigny entró a la ilustre compañía por una pequeña mayoría. A punto estuvo de ser derrotado por un ciudadano que se llamaba M. Empis y de quien no hay ya rastro alguno sobre la tierra. Y Vigny era entonces con Victor Hugo y Lamartine uno de los tres grandes poetas de Francia. Tan cierto es que en todas partes las academias no son la consagración del genio, ni siquiera la de los verdaderos méritos literarios.

Los últimos veinte años de su vida fueron ensombreciéndose lentamente, no sólo porque todas las vejeces son tristes y Vigny debía morir cerca de los setenta años, sino porque las circunstancias históricas en que vivía era tan disconformes con su carácter y su genio como es posible imaginar.

Este hombre, que permanecía, como él mismo lo ha dicho, inmóvil en sus convicciones políticas y filosóficas, encerrado en su orgullo y su instinto legítimamente aristocrático, porque era un espíritu de selección y no porque descendía de nobles, vió durante sus días alterarse el orden y cambiar el régimen de Gobierno casi en cada década.

Había asistido al derrumbamiento del Imperio. Vió la agonía de Luis XVIII; las jornadas de 1830 lo salpicaron con el lodo de sus barricadas; vivió altivo y desdeñoso ante la monarquía burguesa de Luis Felipe que nunca reconoció. Miró con una sonrisa escéptica los lirismos políticos de su amigo Lamartine y otros soñadores en el magnífico estallido del 48. Y antes de morir pudo contemplar sobre el trono de Francia a otro Napoleón que llevaba el número tercero y que para él, que lo había conocido en Inglaterra, no pasaba de ser un monarca de tercer orden.

Estas revoluciones incesantes, estas veleidades del pueblo, lo desencantaron de la política. Una vez soñó con hacerse elegir diputado por la Charente. Por suerte para él no llegó a la victoria de las urnas. Nada más triste para un artista literario que esas incursiones en un campo donde deja de pertenecer a su patria y a la humanidad para ser el juguete de un partido o el instrumento de un gobierno, en todo caso el auxiliar de ambiciones que no son las suyas ni están dentro de la nobleza de su vocación.

En los últimos años su esposa cayó enferma de una incurable dolencia. Vigny consumió sus últimas energías velándola, viajando con ella de París a su propiedad de Maine Giraud, en busca de climas favorables, de reposo y alivio.

Sus cartas a Busoni, su amigo íntimo, a su prima madame du Plessis, que lo comprendía y era el único testigo de su sacrificio permanente y terrible de todas las horas a los pies del lecho de una enferma egoísta e impaciente como todos los que sufren sin esperanza, reflejan una indecible tortura moral. Su carrera quedaba rota. Sus amistades literarias descuidadas, sus proyectos abandonados, sus últimas ilusiones dispersas.

La esposa enferma era protestante y hasta el fin defendió sus convicciones contra el círculo de los sacerdotes que querían

convertirla. Vigny, fiel a su doctrina excéptica y de profundo respeto a la conciencia la amparó en su último deseo de no ser forzada a manifestaciones de una fé que no sentía y que probablemente él tampoco tenía desde mucho tiempo.

Un año o poco más sobrevivió Vigny a su mujer que había amado y servido lealmente. Fué un año de martirio físico y de resignación moral con el sufrimiento. Nunca se dejó abatir. Pocos días antes de morir, cuando su cuerpo acribillado de dolores no era más que un campo de labor de los médicos, Alfredo de Vigny escribía todavía una carta galante y sentimental en el más noble de los sentidos de estas palabras, a madame Honoré de Balzac.

Era un espíritu singular, un gran poeta, un filósofo admirable y por sobre todo eso y antes que todo eso, un gentilhombre de raza. El lo había dicho un día a madame du Piessis: «Sabéis cuántas cosas sensatas e insensatas llenan y atormentan mi cabeza; cómo se gravan y se multiplican las penas y las felicidades reales de la vida a causa de esta locura que poseo de pretender a la vez no perder nada de los recuerdos del pasado, y preverlo todo y arreglarlo todo a mi sabor en el porvenir». Estas palabras lo describen, han salido del fondo de su espíritu en que el pasado y el porvenir han peleado una gran batalla que sólo cesó con la muerte.

Y al célebre Padre Gratry del Oratorio, que deseaba continuar con Vigny las conversaciones sobre asuntos del espíritu que la enfermedad había interrumpido, el poeta le escribe excusándose, pidiendo que lo dejen solo en sus dolores y termina con esta frase de Stello: «La soledad es santa».

Alfredo de Vigny había vivido siempre solo y su obra poética jamás será bien comprendida sino de los que aman la soledad, esa soledad del que sufre en medio de las multitudes incomprendivas de la sociedad mundana, esa soledad que sólo se goza ante el silencio de la naturaleza, cara a cara con el dolor, buscando en su propio corazón la paz del corazón.

C. SILVA VILDÓSOLA.

LA ALEMANIA DE HOI (1)

Es creencia general de que existe todavía la Alemania de antes. ¡Error! Existe ciertamente una Alemania en el sentido geográfico. Es aquella parte de la Europa Central, en donde se habla alemán, pero una Alemania en el sentido de una entidad política, de un estado libre independiente pertenece al pasado.

El territorio al lado izquierdo del Rhin está ocupado por tropas enemigas. Por el este se han entregado a la Polonia provincias cuya civilización es netamente alemana, aun cuando una pequeña parte de la población es de origen polaco. Estas provincias están condenadas a la ruina segura, considerando lo atrasado de la civilización polaca. De Danzing se ha hecho una república «autónoma» bajo el contról de los aliados con puerto libre para Polonia. Una parte de la provincia de Sleswig fué entregada a Dinamarca.

Lo que queda de la Alemania de antes se llama Imperio Alemán, pero tiene de Imperio sólo el nombre. Las 17 repúblicas y republiquetas, de que se compone ese imperio,—Prusia, Baviera, Wurtemberg, Baden, Hamburgo etc. etc.—aparentan ser autónomas, pero en realidad no son mas que objetos de explotación a la manera de los estados balcánicos de antes.

Cada una de éstas repúblicas tiene su propia administración, pero todas tienen en común los ferrocarriles, los teléfonos, el telégrafo, el correo, la marina, el ejército, las vías fluviales, los impuestos, las finanzas y todo lo que se relaciona con el exterior, cuya administración corre a cargo de una corporación de mas o ménos 500 personas, entre hombres y mujeres.

(1) «Un distinguido caballero alemán, muy bien impuesto de los asuntos de su tierra nos ha proporcionado el siguiente memorándum sobre la situación actual de Alemania, que conviene publicar en la *Revista Chilena* para la información del público. Naturalmente está redactado bajo el punto de vista alemán y con informaciones de muy buen origen.—*Agustín Ross.*»—(Nota de la Redacción).

Esa corporacion representa la colectividad, tiene el nombre de Reichstag y funciona bajo formas parlamentarias. Hay siete partidos: comunistas, socialistas radicales, socialistas moderados, el partido católico, demócratas populares y nacionales. Los dos últimos representan los elementos nacionales con ideas morárquicas. Los otros partidos consisten de partidarios del sistema republicano. Los comunistas son pocos. El partido mas fuerte es el de los socialistas moderados. Los dos partidos socialistas aspiran a otro orden social y quieren realizar sus ideales por medio de la dictadura del proletariado. La diferencia entre los dos partidos es que los radicales quieren conseguir su objeto por la revolucion, de una manera violenta, mientras que los moderados son más prudentes y prefieren si es posible el camino de la evolucion. Los radicales guardan, ademas, rencor a los moderados, en parte por espíritu doctrinario, en parte porque estos en noviembre de 1918 les han arrebatado los frutos de la revolución que en primer lugar fué obra de los radicales. Lo característico del partido católico aleman es que él representa en primer lugar los intereses católicos y en segundo lugar los nacionales. Es por lo demas un partido con tendencias democráticas, muy bien disciplinado y muy bien dirigido. Por lo mismo ha tenido siempre una gran influencia en la política alemana, ántes y despues de la guerra. Entre los socialistas y los demócratas se hace notar el elemento judío, tanto por su radicalismo como por su espíritu internacionalista. En otros paises los judíos se han asimilado y mezclado de tal manera que las diferencias etnológicas ya no existen. Ha sucedido hasta cierto punto lo mismo en Alemania; prueba de ello es que en muchas de las familias mas ilustres hay sangre judía.

La diferencia es que en Alemania hay una inmigración constante de judíos polacos y rusos que son muy distintos de la noble raza espulsada de España y Portugal; y esta misma corriente no permite su asimilación, sino despues de algunas jeneraciones. Entretanto esa jente, cuyo oríjen no escapa a nadie por ciertas características corporales, menospreciada, sintiéndose excluido de puestos militares y gubernativos, reaccionaba contra lo que hasta cierto punto era una injusticia y así se explica que los judios, entre los cuales habia muchos

hombres de talento, siempre han figurado en la oposición, deseosos de derrocar un régimen que no les reconocía igualdad de derechos. Por otro lado se explica también el odio de los elementos nacionales contra esos hombres de otra raza, cuya política anti-nacional debía desesperarlos.

El partido socialista es el partido de los obreros que en un país tan industrial como Alemania representan un poder inmenso, no sólo por su número, sino también por su disciplina y por su organización admirable, basada sobre el sistema de los sindicatos obreros. Representan también una fuerza militar respetable, siendo casi todos soldados aguerridos, a quienes en caso necesario no les faltarían probablemente las armas. Su influencia política está basada sobre el sufragio universal que en Alemania no es moderado por la compra de votos o por otras influencias. La religión de las clases obreras es el socialismo y Karl Marx su profeta. Disponen de la huelga general como un arma que puede paralizar en cualquier momento la economía nacional.

Si con todo esto no existe en Alemania todavía la dictadura del proletariado, es por los siguientes motivos.

- 1.º La desunión entre los socialistas.
- 2.º Las ideas evolucionistas de los socialistas moderados.
- 3.º La falta absoluta de hombres preparados del partido socialista para los puestos administrativos.
- 4.º La repugnancia de los socialistas para cargar solos con la responsabilidad de la liquidación de la guerra.
- 5.º El temor a la intervención de los aliados y la convicción de que éstos no tolerarían esa dictadura.

Es por eso que el actual gobierno no es netamente socialista, sino basado sobre la coalición de los socialistas moderados y del partido católico y de los demócratas.

Uno de los primeros actos del gobierno revolucionario fué la celebración del armisticio bajo las condiciones dictadas por el enemigo. No había ya resistencia militar posible, porque el ejército—a causa de la misma revolución—estaba en estado de disolución. Las condiciones fueron muy duras pero había que someterse a ellas. Las principales condiciones fueron:

Evacuación del territorio francés y de Bélgica.

Entrega de Alsacia-Lorena.

Ocupación de las provincias del Rhin por tropas aliadas.

Entrega de 150 submarinos y de los principales buques de guerra.

Internación del resto de la escuadra.

Entrega de 5 000 piezas de artillería.

30 000 ametralladoras.

2 000 aeroplanos.

5 000 locomotoras.

150 000 vagones.

5 000 camiones, etc., etc.

Entrega de todos los prisioneros sin reciprocidad.

Continuación del bloqueo.

Seis meses después del armisticio, durante cuyo tiempo han muerto miles y miles de personas a causa del bloqueo, los aliados presentaron a Alemania las condiciones de «paz» que en número de 440 párrafos ocupan un libro impreso de más de 200 páginas. Alemania había confiado, entretanto, en que el Presidente Wilson no permitiría sino una paz razonable conforme a los 14 puntos de su manifiesto solemne. El desengaño fué muy grande cuando se dieron a conocer las condiciones. Es conocido ahora el triste papel que Wilson ha hecho en París. Si alguna vez la fuerza de voluntad, la inteligencia y las cualidades morales de un hombre han estado lejos de corresponder a su misión histórica, ha sido en el caso de Wilson, quien hasta cierto punto es responsable de que esa paz es sólo una otra forma de guerra. Las principales condiciones relativas a Alemania son:

Alemania reconoce ser ella la única responsable de la guerra.

Entrega de Alsacia-Lorena a Francia.

Entrega de Posen y parte de las provincias de Prusia occidental y de Silesia a Polonia.

Entrega de una parte de Sleswig a Dinamarca.

Danzig república autónoma con puerto libre para Polonia.

Entrega del territorio del Saar con sus minas de carbón a Francia por 15 años.

Ocupación de las provincias del Rhin hasta que Alemania haya cumplido con todas sus obligaciones financieras.

Los gastos de ocupación que suben a £ 25 000 000 por año a cargo de Alemania.

Entrega de la escuadra con excepción de algunos cruceros y torpederos.

Reducción del ejército de 100 000 hombres que deben ser mercenarios.

Todas las instituciones militares, como ser estado mayor general, servicio militar obligatorio, etc., etc., deben ser suprimidos.

Entrega de la marina mercante con excepción de las naves pequeñas.

Entrega de una gran parte de las embarcaciones fluviales.

Las vías fluviales internacionalizadas, lo cual incluye que Hamburgo, por ejemplo ha tenido que ceder terrenos portuarios a la Chekoeslovakia.

Los bienes alemanes en los países enemigos quedan definitivamente confiscados.

Entrega de material bélico.

Entrega de 2 000 000 toneladas carbon mensualmente a cuenta de reparaciones.

Entrega de una parte del ganado que Alemania posee.

Se prohíbe la unión con la pequeña Austria alemana.

Alemania pagará por indemnización de guerra la suma de 132 000 000 000 marcos oro pagaderos en anualidades de m/m 4 000 000 000 marcos oro en dinero o especies a opción de los aliados. (Conferencia de Londres).

Entrega a los aliados de aquellas personas a quienes la Entente acuse de crímenes de guerra.

No podía ser mas evidente la intención de los aliados de aniquilar a Alemania no solo económica; sino tambien moralmente, porque una nación que aceptaba condiciones como la declararse responsable de la guerra cuando no lo era y de entregar a la venganza de un enemigo implacable a sus jefes que habían ganado sus batallas, esa nación se abandona moralmente.

Un gobierno nacional no habría aceptado jamas esas condiciones, sucediera lo que sucediera, pero no había gobierno nacional sino uno que se componia de socialistas, a quienes Marx había enseñado que el proletariado no debía reconocer patria

y cuyo ideal era la dictadura de ese proletariado, de clericales para quienes los intereses naciones venían en segunda línea, y de demócratas que estaban influenciados por judíos y clericales. Pero aun así se obtuvo sólo con muchas dificultades y mediante intrigas, la ratificación del tratado.

Sería un error creer que todos aquellos que han ratificado ese tratado han sido traidores o de mala fé. Los socialistas radicales estaban entonces muy convencidos que estaba próxima la revolución mundial que barrería con todos esos convenios. Los otros, si bien habrá influído en ellos el deseo de quedar en el poder, creyeron en el buen sentido de los aliados y en la consiguiente revisión del tratado. Es evidente su falta de criterio. Deberían haber conocido el espíritu vengativo de los franceses que no tolerarían jamas una Alemania unida e independiente, mientras pueden impedirlo. Debería haberles enseñado la historia que Inglaterra no conoce consideraciones, tratándose de adversarios que puedan ser otra vez sus rivales. Y jamas deberian haberse humillado como lo han hecho, pero esa jente no comprendía que una sumisión de perro produce siempre repugnancia en la parte contraria.

Ilustra el estado mental, de los hombres de la revolución el siguiente hecho: Eisner, judio de la Galicia austriaca, capitaneó la revolución en Baviera y fué aunque por poco tiempo dictador de Munnich. Este hombre estaba tan convencido de que él conseguiría mejores condiciones de armisticio de los aliados, si Alemania se declaraba culpable de la guerra, que no vaciló en publicar documentos oficiales falsificados por él mismo.

No es menos característico el hecho de que Rathenau antes de aceptar la cartera de relaciones exteriores consultara a París, si él era persona grata.

Tanto Eisner como Rathenau han encontrado una muerte violenta suerte que espera probablemente a muchos de los que han seguido una política anti nacional. El asesinato político será todo lo inmoral que se quiera, pero hay casos en que uno no puede ni deplorarlo ni condenarlo. Todo depende de los motivos y de las circunstancias. Eisner por ejemplo fué una especie de Robespierre, un fanático que gobernaba por el terror.

Fué asesinado por un joven quien obró de puro idealismo. ¿Es posible condenar un acto que libra al mundo de un hombre como Eisner? En tal caso debería condenarse también a Charlotte Corday a quien la historia presenta como heroína. Dicen que el asesinato político tiene efecto contraproducente. Seguramente, pero la reacción así producida es la causa de otra reacción. Los protagonistas de la tragi-comedia que se llama historia deben saber que ella se escribe con sangre. Los Eisner, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Erzberger, Rathenau, todos judíos, menos Erzbanghen serán mártires de sus convicciones, pero eso no quita que aquellos que consideran la dictadura del proletariado como la calamidad mas grande para la humanidad y que creen que la política de «cumplimiento» seguida por los otros tiene que llevar al pueblo alemán al bolschevismo o a la esclavitud, miren esa suerte como bien merecida.

Según los socialistas, son los factores económicos los que determinan en primer lugar la marcha de la historia. Sería una ironía de la historia o de la providencia si un desastre económico fuese el desastre del socialismo doctrinario.

El cumplimiento del tratado de Versalles tiene que conducir a una catástrofe. El gobierno alemán hace esfuerzos sobre-humanos para quitar al pueblo todo lo que tiene, para entregarlo a los aliados. El instrumento del cual se vale para este objeto es el papel moneda. Todo se paga con papel: los buques que tuvieron que entregar las Compañías de Vapores, el sulfato de amoníaco, las materias colorantes y demás productos químicos, de los cuales según el tratado debe entregarse anualmente hasta el 50% de la producción—las dos millones de toneladas de carbón que las Compañías Carboníferas entregan mensualmente,—el ganado mayor y menor que se requiere de los agricultores,—y así todas las cosas que los aliados piden a cuenta de reparaciones. Si Francia pide uno a dos millones de metros cúbicos de maderas, Alemania devasta sus selvas y plantaciones para dar cumplimiento a la orden. Si Rumania necesita 1 000 vagones de ferrocarril, Francia los pide a Alemania que los manda hacer y los entrega sin compensación alguna, recibiendo Francia su valor de Rumania. Si durante la ocupación alemana del norte de Francia se han arruinado o

perdido mil máquinas de hilar de un sistema antidiluviano, Francia pide en compensación 5 000 máquinas del sistema más moderno. Alemania las entrega gratuitamente y paga a los fabricantes con papel moneda.

Es evidente que de este modo la actividad industrial en Alemania es muy grande, pero esa actividad es la actividad del esclavo que trabaja para su amo.

Se estima que el valor de todo lo que Alemania ha entregado hasta ahora a los aliados, incluso los bienes alemanes confiscados por los enemigos y los que hubo que ceder junto con las provincias anexadas, no puede ser menos de 40 000 000 000 marcos oro.

Al mismo tiempo Alemania tuvo que importar víveres y materias primas de que carecía completamente. De las importaciones y exportaciones resultó una diferencia en contra de Alemania de

1919 déficit M.	5 000 000 000 oro
1920 »	1 900 000 000
1921 »	1 100 000 000
M.	8 000 000 000

Marcos oro que Alemania ha tenido que pagar.

De como Alemania ha podido pagar sumas tan enormes se explica de una manera muy curiosa.

El hecho es que los países neutrales y hasta los mismos enemigos han facilitado la mayor parte de ese dinero impensadamente. El tratado de Versalles no había sido comprendido entonces en todo su alcance. Era opinión general que Alemania tarde o temprano tendría que resurgir y que el marco ya depreciado volvería entonces a su valor normal, y se estimó por eso buen negocio hacer inversiones en valores alemanes. Actualmente existen fuera de Alemania entre 20 y 25 000 000 000 en efectivo, los depósitos en bancos alemanes a favor de extranjeros llegan a la suma de M. 35 000 000 000; en valores mobiliarios alemanes, acciones, etc. se han invertido otros M.

35 000 000 000. Además se han invertido en terrenos, edificios, haciendas y otros valores sumas enormes, cuyo monto no se puede apreciar. Alemania contrató además créditos por m/m M. 30 000 000 000 papel.

Como se vé, parte de estas sumas equivalen a un empréstito sin intereses, lo demás proviene de la venta forzada de los bienes nacionales. La propiedad nacional alemana antes de la guerra se estimaba en 300 a 350 000 000 000 Marcos oro. Durante la guerra se exportaron de Alemania M. 33 000 000 000 en valores internacionales. La misma guerra consumió y destruyó valores incalculables. A los aliados se han entregado como M. 40 000 000 000 oro. La liquidación forzada de los bienes nacionales debe haber costado también muchos miles de millones. Se ha calculado que la propiedad nacional alemana hoy día fluctúa entre 100 y 150 000 000 000 M. oro, representados en su mayor parte por inmuebles y valores sólo hasta cierto punto realizables.

Lo que Alemania debería pagar anualmente a los aliados a título de reparaciones, gastos de ocupaciones, intereses, liquidaciones de guerra, etc. asciende a más o menos 250 000 000 libras esterlinas.

Para pagar esto, no tiene ya otra cosa que su trabajo. Pero alcanzaría el producto de éste para pagar las indemnizaciones de guerra y al mismo tiempo para la mantención de su población. Se estima que antes de la guerra Alemania economizaba anualmente 50 000 000 libras esterlinas. Con el *standard of life* de hoy día el sobrante sería inmensamente mayor, si las entradas fuesen las mismas de antes. Pero todas las exportaciones invisibles como fletes, seguros, utilidades en empresas extranjeras etc., han cesado. Además la jente no quiere trabajar como antes y aún cuando quisiera, la ley no le permitiría trabajar más de ocho horas diarias. Pero basta una sola reflexión para demostrar lo absurdo de las imposiciones económicas de los aliados. Hemos visto que Alemania tiene actualmente como 200 000 000 marcos oro menos que antes. Calculando que estos hubieran rendido un interés de 5% por año, la diferencia en las entradas sería 10 000 000 000 marcos oro por año o sean 500 000 000 de libras esterlinas.

No les conviene a los aliados que Alemania pague las indemnizaciones de guerra en manufacturas, porque esto arruinaría la industria de ellos mismos y aumentaría solo el número de desocupados. Tampoco conviene a los ingleses que Alemania les haga la competencia en los mercados extranjeros. ¿Entonces como pueden creer que Alemania pueda pagar esas sumas exorbitantes?

Se ha pensado por eso en otros arbitrios. Que Alemania se encargará de la electrificación de los ferrocarriles ingleses. Otra idea fué que Alemania hiciera el túnel entre Dover y Calais. Francia quiso hacer regular el río Ródano por Alemania. Ultimamente se habló de que Alemania debería montar para Francia una fábrica de azoe. Lo raro es que no se le haya exigido a Alemania todavía que mande su jente al Transvaal para trabajar en lugar de los culís en las minas de oro.

Todas estas ideas se han dejado a un lado por irrealizables. Su ejecución resultaría en los mismos inconvenientes de arriba, fuera de otros, y además: ¿de dónde sacaría Alemania el oro para pagar su jente? Porque es evidente que en países extranjeros no se les podría pagar con marcos papel. Y faltaría saber también, si los trabajadores y obreros alemanes se prestaran a servir de esclavos. Trabajan ahora también para sus enemigos, pero es una esclavitud disimulada de la cual no se han dado cuenta todavía.

Económicamente Alemania está agonizando. Aún cuando se redujeran considerablemente las contribuciones de guerra, el desastre es inevitable. Alemania tiene actualmente una deuda flotante de más de 300 000 000 000 de marcos que se componen de vales del Tesoro y billetes de Banco. Esta suma aumenta rápidamente. Hubo semanas en que este aumento alcanzó a 1 000 000 000 diarios. Con una obligación superior a £ 6 500 000 000 que expresada en marcos al cambio de hoy da la cifra fantástica de 13 000 000 000 000 marcos oro no hay nada que pueda salvar la situación. Es conocido el fenómeno de que después de una gran catástrofe aumenta y cunde la corrupción, el vértigo del placer, la especulación desenfrenada y la inmoralidad. En Alemania está pasando lo mismo, pero allí han venido otras causas para aumentar el mal: la inflama-

ción en consecuencia de las emisiones de papel moneda y los impuestos.

Los impuestos indirectos son muy fuertes. De los impuestos directos son los mas importantes aquellos sobre la renta y sobre las herencias. El impuesto sobre la renta comienza con el 10% sobre una entrada que espresada en Libras esterlinas es de m/m £ 25 anuales y sube progresivamente a 59% cuando la entrada es mas de m/m £ 2000. El impuesto sobre las herencias refleja el espíritu anticapitalista que reina en Alemania mas que cualquier otro impuesto. Figúrese que en ciertos casos aún cuando el heredero es el hijo o el cónyuge este impuesto sube al 70%. Siendo el nieto el heredero, el impuesto es mas alto todavía. Heredando un hermano, el impuesto puede subir al 90% si el heredero tiene fortuna propia. Pero fuera de estos impuestos hay muchos otros, hay empréstitos forzosos y otras gabelas. ¿Como puede haber así un espíritu de economía? Es evidente que muchas personas ántes de entregar todo al Fisco prefieren el derroche y la disipación.

Y con una moneda que fluctúa tan violentamente no puede haber una buena administración tampoco. Se inventa y se legisla siempre sobre nuevos impuestos para equilibrar los presupuestos. Pero cuando esos impuestos pricipian a regir todo ha cambiado. Los empleados fiscales reciben mayores sueldos porque a causa de la baja del marco el costo de la vida ha aumentado enormemente. Y finalmente las entradas son siempre en papel, miéntras que las constribuciones de guerra hay que pagarlas en oro. Nuevos vales de tesoro entónces, mas papel moneda y sigue la baja del marco. Un círculo vicioso del cual no hay salida.

La situación monetaria de Alemania hace recordar la historia de los asignados. Esa moneda francesa fué decretada por la asamblea nacional en 1790 para amortizar la deuda nacional. La primera emisión fué de 400 millones, siguió otra de 800 millones, despues de algun tiempo la circulación ya era de 450.000 millones perdiendose desde entonces la cuenta de lo que se emitia.

En 1796 los asignados ya no valían sino el 1% de su valor orijinal. En 1797 desaparecieron de la circulación, porque ya

no valian nada. Pero la Francia era entónces victoriosa. Las contribuciones de guerra le permitian reemplazar ese circulante por un circulante sano. La situación de Alemania es distinta. Ahí no se divisa como se puede normalizar o estabilizar su moneda o como se pueda reemplazar por otra.

Lo peor es que Alemania es un pais industrial con una población excesiva, efecto de la misma industrialización. Antes de 1870 Alemania era un pais agrario con poca industria. En 1895 esto ya habia cambiado tanto que solo el 35% de su poblacion vivia en el campo. Hoy dia no es ni el 20%.

Quiere decir esto que Alemania no puede mantener su poblacion sin importar viveres. Está fuera de dudas que su exportacion no puede dar para esto, si la mayor parte de su produccion tiene que ser entregada sin compensación alguna para contribuciones de guerra. La liquidación de los bienes nacionales está mas o menos concluída, y empréstitos impensados sin interes no hay tampoco todos los dias.

Si el gobierno sigue pagando con papel, como tiene que hacerlo por la fuerza, el marco seguirá despreciandose cada dia mas. Los obreros exigirán constantemente aumentos de salarios. Pero el costo de la vida aumentará en la misma progresión. Habrá huelgas entonces, motines, tumultos y revueltas, hasta que el proletariado se apodere del gobierno. Es probable que los franceses no permitan tal gobierno. Pero sea esto como quiera, seguro es que las cosas en Europa no se normalizarán tan luego.

Ultimamente una comisión de banqueros estudió en Paris la cuestion de un gran empréstito para Alemania. Se desistió del plan y con razon, porque efectivamente la situacion de Alemania no justificaria ese empréstito.

Suponiendo que los Estados Unidos quisieran facilitar a Alemania algún empréstito de algunos miles de millones de dólar, es seguro que la mayor parte se destinaria para pagar reparaciones. Alemania salvaria de esta manera las dificultades del momento, pero por lo demas quedaria en peor situacion que antes. Si a consecuencia del empréstito subiese el valor del marco, como seria lógico, Alemania debe estar preparada para que una gran parte de los capitales extranjeros invertidos en valores

alemanes se retire del país. El retiro de este dinero y la realización forzada de valores alemanes precipitaria la crisis que ya está en camino y perjudicaria a Alemania tambien en otro sentido. Porque es evidente que todos aquellos que han invertido dinero en valores alemanes tienen cierto interes en la suerte del país. Desapareciendo el interes material, hay el peligro de que desaparezca tambien el apoyo moral que tan a menudo está unido al bienestar de un deudor dudoso. Pero lo peor para Alemania seria que con un empréstito hubiera permutado una obligacion financiera de guerra por una obligacion moral cuyo cumplimiento sería muy dudosa. No es probable que el servicio de un empréstito cueste a Alemania el 10% anual. Sobre digamos \$ 3 000 000 000 que equivalen a m/m £ 650 000 000 ese servicio costaria £ 65 000 000. A mas de estos, Alemania tendria que pagar anualmente los gastos de ocupacion y las sumas enormes que en una forma u otra le impone el tratado de Versalles. Aun suponiendo que esas condiciones se redujeran considerablemente, Alemania quedaria siempre en la situacion de un hombre que está reflexionando sobre si quiere ahogarse en mucha o poca agua.

La Francia sabe perfectamente bien que Alemania no puede cumplir con las condiciones económicas que le han sido impuestas por la fuerza. Lo ha sabido siempre y esto mismo prueba que su único objeto es aniquilar a Alemania. Francia no quiere que Alemania se levante otra vez. Los ingleses son mas razonables, pero hasta hora no pueden conseguir que Francia modifique su política que a la larga tiene que rematar en otra catástrofe.

La situacion de Alemania es desesperada y parece que las cosas allá no han llegado todavia a su punto álgido. Pero parece inconcebible que se pueda aniquilar a una nacion de 70 millones de almas para siempre.

Nicolá Macchiavelli ha dicho una vez que el vencedor que abusa de su triunfo siempre saldrá perdiendo. Vendrá el dia en que los franceses comprenderán que el odio nunca es buen consejero.

X. X. X.

LAS MEMORIAS DEL CARDENAL FERRATA

El Cardenal Dominique Ferrata, que murió en Roma en Septiembre de 1914, un mes después de haber sido nombrado Secretario de Estado, por Benedicto XIV, recientemente elegido, había tenido, durante el pontificado de Leon XIII, una brillante carrera diplomática. Nacido en Grodo en 1847, destinado desde su primera edad a la iglesia, comenzó su carrera en 1877 en la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios. Dos años más tarde, fué nombrado Auditor del Nuncio en París, Monseñor Czacki y permaneció en Francia hasta 1883. Después de haber desempeñado con buen éxito en Suiza, fué llamado, en 1885 a la Nunciatura de Bélgica, la que sirvió hasta 1889. A su regreso a Roma fué nombrado Secretario de la Congregación de Negocios Eclesiásticos. Poco después volvió a París como Nuncio Apostólico. Allí ejerció su actividad de diplomático desde 1891 a 1896, fecha de su promoción al Cardenalato, que lo trajo definitivamente a Roma, donde presidió sucesivamente las Congregaciones de los Obispos, la de los Sacramentos y la del Santo Oficio.

En el curso de su carrera diplomática, Monseñor Ferrata se había complacido en tomar notas diarias acerca de los principales sucesos en que le había tocado intervenir, notas que se proponía después reunir en volúmenes. Las ocupaciones cada día más absorbentes de sus últimos años no le permitieron publicar esos recuerdos; pero cuando la muerte lo sorprendió el manuscrito estaba ya redactado y había confiado a un hermano el encargo de realizar su designio. Sin la guerra, habríamos, sin duda alguna, conocido más temprano estas *Memorias*. El texto original ha sido publicado en italiano; pero al mismo tiempo ha aparecido una edición francesa, gracias a la traduc-

ción minuciosa de la obra hecha por el hermano del antiguo Nuncio, el abogado Nazzareno Ferrata.

No debe buscarse en estas *Memorias* una historia de la corte pontificia o un reflejo de la vida romana: el Cardenal los ha deliberadamente suprimido en la fecha de su vuelta definitiva a Roma. Los negocios del resorte de las tres Congregaciones que presidió tenían, por otra parte, para la gran mayoría de los lectores, mucho menos interés que los sucesos diplomáticos en que le cupo participación.

Hablaremos poco del primero de los tres volúmenes, que está esencialmente consagrado a las misiones que Monseñor Ferrata sirvió en Suiza y en Bélgica. Esas notas son útiles para el conocimiento de las relaciones de esos países con el Papado. Nos ilustran sobre más de un punto poco o mal conocido y el relato que nos hace de sus negociaciones nos permite admirar las cualidades de prudencia, tacto y flexibilidad que, aunque son tradicionales en la diplomacia romana, fueron llevadas por él a un raro grado de perfección y que, a poco, le valieron el alto cargo de Nuncio Apostólico en París.

Allí, ya lo hemos dicho, había hecho sus primeras armas, en los tiempos de Monseñor Czacki. La mala salud de éste impuso a su joven auditor la obligación de suplirlo y de evitarle las ocupaciones más fatigosas, como las visitas, los detalles de los negocios, la correspondencia con la Santa Sede, etc. En esos momentos, Francia atravesaba una intensa crisis religiosa, provocada por la lucha de los partidos y el triunfo de Gambetta y de los republicanos. Entre la política de combate y la política de contemporalización que podían, una y otra, ser adoptadas por la Santa Sede, el espíritu claro y prudente del nuevo Papa León XIII había ya hecho su elección. Sin ceder en materia de principios, recomendó a su representante una moderación prudente en la forma, una tendencia inequívoca al apaciguamiento y a la conciliación: en suma, una mezcla de firmeza y de circunspección. Preludiaba así la obra que diez años más tarde debía emprender. Ni entonces, ni después encontró siempre en los católicos la comprensión de sus propósitos, ni la entera sumisión a sus indicaciones.

Lo que da su mayor interés a la Nunciatura de Monseñor Ferrata en París es que ella coincide con los principios de lo que se ha llamado la política de León XIII, de la que fué, no tan sólo el servidor fiel, sino también colaborador y confidente íntimo. Hacía de buen grado suyo el pensamiento del Papa, y por una natural tendencia de su espíritu, que lo inclinaba hacia las concepciones del genial anciano, Monseñor Ferrata no tenía que violentarse para exponer, defender y hacer triunfar la política pontificia.

Se podría decir que las *Memorias* constituyen la historia más auténtica y más precisa del *ralliement*. Nosotros conocemos sus etapas y las luchas violentas que provocó en el mundo católico; pero no teníamos hasta ahora el testimonio de uno de los obreros más inmediatos de esa obra, de un hombre que, mezclado en razón de sus funciones a los menores incidentes de la política francesa y admitido en los secretos del pensamiento romano, estaba en mejor situación que cualquiera otro para informarnos con particular seguridad al respecto.

Esta cuestión forma la materia principal de las *Memorias*, según lo reconoce [su propio autor. Antes de abordar la relación de los sucesos, comienza por dar a conocer los propósitos del Papa y la génesis de su política. Declara que la Santa Sede tuvo únicamente por objeto defender más eficazmente el orden social y la religión, dando a sus defensores, divididos por opiniones políticas, legítimas sin duda alguna, pero relativamente secundarias, esa unidad de principios y de acción que solamente puede asegurar la victoria y fijando a todos un fin supremo común, reuniendo bajo una misma bandera a todos los hombres honrados del universo y aumentando por ese medio las fuerzas conservadoras destinadas a resistir los ataques de las fuerzas revolucionarias.

El Cardenal Ferrata nos recuerda, anotándolos con comentarios nuevos y revelaciones preciosas, la série de sucesos que tuvieron por punto de partida el famoso *toast* pronunciado en Argel, el 12 de Noviembre de 1890, por el Cardenal Lovigerie, que debía levantar en el mundo conservador tempestades violentas, difícilmente calmadas por la carta del Cardenal Rampalla. Las tentativas de las agrupaciones católicas, las divergen-

cias de opiniones del episcopado, el proceso de Monseñor Gouthé Soulard, arzobispo de Aix, la declaración de los cinco cardenales mantenían una agitación lamentable. El 16 de Febrero de 1892 el Papa lanzaba su famosa encíclica *Au milieu des sollicitudes*, que precisaba, ya sin equívocos, el pensamiento de la Santa Sede y parecía llamada a realizar la unión política de los que se daban el título de católicos. Es bien sabido que si un buen número de ellos se declararon *ralliés* a la forma constitucional de gobierno de Francia, muchos otros, sacerdotes y fieles, rehusaron aceptar las direcciones pontificias en un terreno que no les parecía el de la fé y se mantuvieron afectos a los antiguos partidos, contrariando así los propósitos de pacificación y de acercamiento de la encíclica.

Encontramos reunidas en las *Memorias* del Cardenal Ferrata, no solamente los extractos de los grandes diarios de la época y las órdenes episcopales, sino también muchos despachos inéditos que se cambiaban entre la Nunciatura y la Secretaría de Estado. Esos documentos, a la vez que nos ilustran sobre la continuidad de miras que siempre mantuvo León XIII, nos dan a conocer el concurso inteligente que siempre encontró en el que era en Francia el representante y en ocasiones el consejero de su política.

Bajo el régimen concordatorio el Nuncio Apostólico está necesariamente mezclado a todas las cuestiones que, de cerca o de léjos, se relacionan con las cuestiones religiosas. Y como esas cuestiones han tenido siempre una gran importancia en la política francesa, no es exajerado decir que las *Memorias* del Cardenal Ferrata constituyen una contribución preciosa para la historia interior de Francia de 1891 a 1895. Aún cuando se dedica especialmente a los problemas que debían atraer en particular su atención, como la ley de fábricas, la del impuesto sobre las congregaciones, el proceso Plessis-Ballière y el informe de Behaine, Embajador de Francia ante la Santa Sede, se complace, con todo, en seguir el movimiento general del país a través de los Gabinetes Dupuy, Casimir Perrier, Ribat, Bourgeois, Méline, anotando los incidentes a que le tocó asistir, como el asesinato del Presidente Carnot, la elección y dimisión de Casimir Perrier, la elección de Félix Faure, la vi-

sita del Czar. Es curioso ver que guarde silencio sobre ciertos sucesos insignificantes, como el primer *affaire* Dreyfuz, en 1894. En cambio, estudia complacido la evolución del espíritu público, más o menos fielmente reflejado en esos Ministerios, donde figuraron tantos hombres de talento, muchos de los cuales viven aún, y sobre los cuales el Nuncio que los conoció de cerca, formula juicios de singular penetración y rara finura.

Este aspecto psicológico de las *Memorias* del Cardenal Ferrata no es el ménos atrayente. Nos da a conocer al hombre prudente y observador, formado en la escuela de los métodos romanos, siempre dueño de sí mismo, tranquilo como un prelado, discreto como un diplomático. Si a las veces se descubren, entre líneas, ciertas alusiones, nunca son revelaciones íntimas sobre los hombres que mejor conoció, ni menos rasgos de crónica escandalosa o picante. Su dignidad le habría impedido semejante juego. Es de admirar, por el contrario, el tono de alta nobleza y de constante elevación con que el representante de León XIII habla de los intereses de la Santa Sede y de la Francia, tal como él los comprendía, unos y otros, durante el tiempo de su Nunciatura.

En sus *Memorias* se nos presenta tal como fué siempre y nunca dejó de ser: un gran servidor de la Iglesia y un leal amigo de Francia. Muchos, entre los adversarios de la política de León XIII, le negaron este último título, y cuando, a fines de 1896, a consecuencia de su elevación al cardenalato, tuvo que abandonar París, llevó consigo las cóleras durables de aquellos cuyos intereses políticos no había servido. El lo recuerda, en sus *Memorias*, sin amargura, pero recuerda también que otros espíritus rindieron homenaje a la sinceridad de sus sentimientos y a la sabiduría de su acción. Es casi seguro que la historia ratificará este último juicio cuando el correr del tiempo permita apreciar sucesos demasiado recientes para juzgar con precisión de su alcance exacto.

En todo caso, el que necesite estudiar la historia religiosa de Francia durante los últimos años del siglo XIX y la evolución de las ideas que poco después condujeron a la ruptura del Concordato, tendrá que recurrir a las *Memorias* del Cardenal Ferrata. Ellas constituyen una fuente clara y abundante en que se beberá con provecho durante largo tiempo.

B. COMBES DE PATOIS.

EL TERCER CENTENARIO DE MOLIÈRE

No han sido tan brillantes las fiestas como se anunciaban. La representación en Versalles no ha tenido lugar. En cambio, se han representado algunas farsas en la sala de los guardas del viejo Luvre, donde hace unos doscientos sesenta y tres años, casi a los treinta y siete años de Molière, éste, con su tropa, representó por vez primera delante de la Corte. La reconstitución no ha podido ser completa. La sala es la misma, aunque hoy toma su título de las cariátides de Juan Goujon, y fué alumbrada, como el siglo del Rey Sol, con candelas; es decir, que estábamos cual en la iglesia. Pero no queda, y así es con la mayoría de las farsas, ninguna redacción del *Doctor enamorado*, una de esas «ligeras diversiones que le habían valido alguna reputación en provincias» a Molière, según él mismo alegó el día de su presentación en el Louvre, pidiendo permiso para terminar con ella el espectáculo, que había consistido en la tragedia *Nicomede*.

El Doctor enamorado tuvo éxito, y Luis XIV concedió a la compañía de Molière el disfrute alternativo con los comediantes italianos, que entonces eran los comediantes por excelencia, de una vasta sala vecina del palacio. Molière no debía ser buen actor: tenía hipo. Era el genial autor un magistral director de escena.

Molière y los Bailables Pusos.—Molière varió mucho la presentación de sus obras. Llevaba tres años triunfando en París, además de con sus farsas, con sus comedias: *Las preciosas ridículas*, *Sganarela*, *La escuela de los maridos* (había fracasado en una tragicomedia de origen español: *Don García de Navarra*; fracasó también representando *El Cid*, de Corneille), cuando el fastuoso superintendente de Hacienda, Nicolás Fouquet, ofreció a Luis XIV la histórica fiesta de Vaux, que había

de costarle tan cara. En los jardines de Vaux había ensayado su arquitectura de la naturaleza el jardinero de Versailles, Le Nôtre, en estos jardines, si puede decirse, preversallescos, después de un banquete de ochenta mesas, servido por Vatel, el genio clásico de la cocina, y en el que salieron a relucir quinientas docenas de platos de plata y treinta y seis docenas de platos de oro, como el rey mismo no los tenía, se celebró la fiesta, consistente en unos bailables y otras complicaciones escénicas regladas por Beauchamps, a que daba lugar un propósito, *Los importunos*, escritos por Molière en quince días. Las decoraciones eran de Le Brun, y Torelli hizo la maquinaria. Antes de levantarse el telón, Molière salió vestido en traje de cortesano, y, dirigiéndose a Luis XIV, se excusó de encontrarse sin cómicos. Al punto, en medio de veinte surtidores de agua, una roca se cambió en concha, y de ella salió la Béjart, en ninfa. La Béjart tuvo mucho éxito, aunque tenía entonces cuarenta y tres años. Todas las estatuas de la decoración se movieron, y dieron salida a los faunos y bacantes del primer bailable. Hubo un bailable en cada entreacto, y fuegos artificiales al final. La Fontaine cuenta todo esto en una carta a M. de Maucroix. Quince días más tarde, por orden del rey, Fouquet fué detenido, y luego de haber sido condenado como malversador, fué a pasar el resto de sus días—diez y nueve años—en prisión. Las fiestas fastuosas se siguieron dando en Chambord, en San Germán o en Versailles.

Molière siguió teniendo éxito en la Corte y en la sala del Palacio Real, donde había tenido su teatro Richelieu. Hizo *La escuela de las mujeres*, como había hecho la de los *Maridos*. Estaba entonces recién casado. Fué su mayor éxito, no su matrimonio, su comedia, que levantó graves polémicas, a las que él contestó con otras dos comedias: *La crítica de la escuela de las mujeres* y *l'Impromptu de Versailles*. Después compuso *El matrimonio forzado*, como tres años antes *Los importunos*, con entreactos bailables, en uno de los cuales tomó parte el mismo Luis XIV, disfrazado de egipcio. Para unas fiestas de la Corte, en 1664, dió *La Princesa d'Elide*, en tres actos y con entremeses en los entreactos. A los cuatro días, en las mismas fies-

tas, dió los tres primeros actos de *Tartufo*, la gran comedia de ideas, diríamos hoy, y que tardó cinco años en ser permitida, a pesar de ser el rey uno de sus partidarios. Nueve meses después de *Tartufo* estrenó una obra mucho más temible para la religión, su *Don Juan*; y ésta si es una verdadera «comedia de ideas», la obra más moderna de Molière y de su tiempo. El rey le pide un bailable, y surge en cinco días el *Amor médico*. Al año siguiente. Molière estrena *El Misantrópo*, su comedia algo personal, más intensa y acaso la mejor hecha. En el mismo año, *El médico a pesar suyo*, y tres piezas: la *Pastoral cómica*, los *Poetas* y el *Siciliano*, en el *Bailable de las musas*. Aquí se han invertido los términos del *Matrimonio forzado* y de *Los importunos*; en vez de estar los bailables en los entre actos de la pieza, las piezas se hallan en los entre actos del bailable.

En 1668 estrénase *Anfitrión* y en el «Gran entretenimiento real de Versalles»; *Jorge Dandin*, enlazada a otra comedia de música y danzas; entre las dos comedias, de asunto distinto, el lazo de unión es Jorge Dandin, el incauto villano, que permanece en escena. *El Avaro* se estrena en la capital. En las fiestas de Chambord, de 1669, aparece entre bailables, como un «sandwich», *El señor de Pourceaugnac*. En las de San Germán, de 1670. *Los amantes magníficos*, cuyas ideas es de Luis XIV. En las de Chambord, del mismo año, Molière con el *Bourgeois gentilhomme*, no sólo defiende a la burguesía y ataca a la nobleza por el ridículo de este «nuevo rico»; además crea un tipo nuevo de comedia intercalando el bailable en la acción, y da gusto al rey mofándose de un embajador turco. El *Bourgeois gentilhomme* se presentó en tres actos. El primero intercalaba la lección de música, la lección de danza y el bailable de los sastres; el segundo, el concierto y el banquete; el tercero, la ceremonia turca. Y la obra terminaba con un bailable distinto, llamado *Bailable de las naciones*. El músico de estos entretenimientos era Lulli. Molière no hizo sólo comedias bailables; hizo también, a petición del rey, que deseaba aprovechar cierta decoración de los infiernos, otro bailable, en el que por las prisas colaboró Corneille, y es un tragedia *Pysché* (el escritor Pierre Louys sostiene que Corneille es el autor de las comedias de Molière). Todavía entre las últimas obras molierescas: *Las tra-*

pacerías de Scapin, La condesa d'Escarbagnas, La mujeres sabias y El enfermo imaginario, hay un bailable, el *Bailable de los bailables*, que el rey mandó hacer a Molière con todo lo que más le había gustado del género durante el año 1671. Molière cayó enfermo en escena el 17 de febrero de 1673, representando por cuarta vez *El enfermo inaginario*, y murió aquel día. Luciano Guitry, representando el mismo papel en las fiestas del tricentario, se detuvo al llegar a la frase con la que cayó Molière; guardó silencio. Todos los espectadores se pusieron en pie, y fué una escena inesperada.

Los Poquelin y los Béjart.—Pero Molière debía ser mejor director que de escena decorativa, de esa otra escena dinámica que bulle en el fondo popular de todas sus comedias y explica la convención de su teatro. Este teatro tan realista, como si tuviera en el fondo un agujero, gira en torno de esa escena de irrealidad sin tiempo ni lugares fijos, y que reclama un movimiento de torbellino: la farsa.

Molière nació en París, de una familia de tapiceros: los Poquelin, unos buenos burgueses del comercio, muy aficionados al teatro; y tuvo ocasión, desde chico, de ver, en el teatro del hotel de Borgoña, a los buenos farsantes: Gros Guillaume, Gaultier, Garguille y Turlupín. Eran los Charlotes de su tiempo. Mejor dicho, el genio de Charlot está en Arlequín y en Brighella, de Bergamo; en Beltramo y en Scapin, de Milán; en Giandina, de Turín; en Pantalón y en su criado Zacometo, de Venecia; en el doctor Balanzon y en Narcisino, de Bolonia; en Stenterello, de Florencia; en Meo-Patacca, Marco-Pepe y Cassandrino, de Roma; en Polichinela (*Pullum Gallinaceum*, que al hablar imitaba al gallo, al *Macus* latino, de donde la palabra *macaroni*), en Scaramucha y el tartamudo Tartaglia, de Nápoles; en Coviello y Glangurgolo, de Calabria; en el Baron y Peppe-Nappa, de Sicilia; en todos estos prototipos de la farsa italiana llamada tan finamente comedia *dell'arte*, improvisada, inspirada, por oposición a la comedia fijada, académica, *sostenuta*. La influencia del teatro italiano en Francia era entonces tan decisiva en los tablados de Feria, como la del teatro español en la comedia culta y el drama.

Molière estudió Humanidades en el colegio de los jesuitas, de Clermont. Conocía bien a Plauto, y sobre todo a Terencio, a quienes plagió como a los italianos y a los españoles. Se licenció de abogado en Orleans. Fué amigo de Gassendi y otros libertinos. Luego, durante su carrera literaria, fué de la misma peña que Racine y Boileau. Empezó esta carrera, según parece, acompañando al rey en un viaje a Narbona como tapicero. Cerca de Nîmes vió en ciertas representaciones a Magdalena Béjart, y se enamoró de ella. Los Béjart eran unos burgueses caídos en la burocracia. El padre de Magdalena se había arruinado. Magdalena vivía libremente y se dedicaba al teatro. Molière dejó todo por ella; fundó en París, con los Béjart, y bajo la maldición de los Poquelin, el *Ilustre teatro*, que le llevó a la cárcel por deudas. Salió para ir con la compañía de la Béjart a provincias, por donde anduvo doce años. Su triunfo en París fué duro. Tenía que luchar y trabajar mucho. Escribió en estos sus catorce últimos años treinta obras. En provincias, además de las farsas, sólo había escrito dos comedias muy poco suyas: *El aturdido* y *El despecho amoroso*. Pasaba de la cuarentena cuando se casó con Armanda Béjart, hija, que figuraba como hermana de Magdalena. Montfleury acusó a Molière de incesto. Armanda, con veinte años menos que su marido, fué la Celimena del Misántropo.

Molière triunfante, discutido ultrajado, no pierde su buen sentido burgués. Pertenece a la burguesía que componen los Béjart con los Poquelin. Pertenece al filón literario más francés, a la «literatura burguesa». Pero, no equivocarse: esta literatura es precisamente de Francia la más universal. La burguesa es la literatura en la libertad contra la aristocrática del heroísmo. En España también *Don Quijote* ¿no es una literatura burguesa? Los historiadores literarios remontan el espíritu de Molière hasta la Edad Media, hacia el año 1300, en que Juan de Meung añadió 18,000 versos a *La novela de la rosa*, componiendo una especie de enciclopedia con el espíritu en ciernes que luego han precisado y desarrollado Rabelais, Montaigne, Molière, Voltaire y los inciclopedistas: la alianza de la razón y la naturaleza. Aun hoy no puede ser el sucesor de Molière un escritor como el británico Bernardo Shaw, aunque él

lo cree. Molière era lo contrario de la paradoja; era el estado llano, pero más libre, del pensamiento. Bernardo Shaw es un clown respetuoso como todos los clowns. Y el sucesor del gran farsante, el autor todavía molieresco es un tipo perfecto de burgués francés: Courteline, que llanamente ha hecho reír a costa de los militares mucho más de lo que se ha propuesto con todas sus invenciones Bernardo Shaw.

Molière es universal por el origen y por la razón suprema de su teatro. En casi todas las capitales de Europa se han dado estos días obras de Molière. En Berlin, siempre atrevidos, han dado *Tartufo* con trajes modernos. Las fiestas de París han tenido un carácter universal: las naciones estaban representadas. La representación española ha sido completamente molieresca; estaba formada por los señores Blasco Ibáñez y Beltrán. Los lectores no deben tener ni la más remota idea de este su representante señor Beltrán. Es un pintor dispuesto a pagar lo que sea por la conquista de París. Su propósito sería loable si sus pinturas lo fuesen. Lo peligroso es caer en un *bluff* de esos que tanto desacreditan en París, es decir, que acreditan tan poco. En cuanto al señor Blasco Ibáñez, nadie le negaría su puesto en una conmemoración de Zola. Pero él mismo sabe la opinión que con motivo del libro reciente sobre su personalidad y sus obras le ha significado la crítica francesa, que no podía, en un medio tan finamente literario, ser distinta de la expresada hace tiempo por la mejor crítica española. ¿Quién ha nombrado representantes a los señores Blasco Ibáñez y Beltrán? Tengo entendido, no sé si me equivoco, que el Gobierno francés envió al español invitaciones anónimas. ¿No había en España profesores, literatos y críticos mucho más adecuados para aceptar esas invitaciones? ¿Cuándo van a dejar de ser una farsa y a empezar a ser una realidad las relaciones franco-españolas?

Molière y Dostoievski.—Con motivo del centenario de Dostoievski, que no me ha sido posible tratar, lo más interesante fué la discusión que salió a relucir sobre el universalismo francés. Se comparó Dostoievski a Flaubert, por epiléptico, hijo de médico y novelista; a Barrès, por nacionalista; a Pascal, por religioso. Se le compararía a Molière por ser ambos geniales y

populares: el uno, farsante; el otro, folletinista; el uno, cómico; el otro trágico; los dos torbellinos.

Algo más serio es mirar a un tiempo al Don Juan de Molière y al de Dostoievski. Del personaje español que todavía es religioso en la última encarnación de Martínez Sierra, hace Molière el libertino, el librepensador que tiene con un pobre esa escena, tan única para su época, en que le ofrece una limosna si se atreve a blasfemar; y como el pobre prefiere morir de hambre, dice Don Juan:

—Toma, toma; te la doy por amor a la Humanidad.

El Don Juan de Dostoievski es uno de los hermanos Karamasov, el intelectual, «frente de bronce y conciencia de Karamasov», cuyo descreimiento presenta, anticipándose a Nietzsche, la tragedia de cierta moral nietzscheana transportada de la especulación de las ideas a la práctica de las pasiones.

Don Juan y Pierrot.—Molière le debe mucho a la italiana comedia *dell'arte*—Scapin, Scaramucha— Pero cuando Domico vino a París, en 1673, para crear Arlequín, vistió a su compañero Geratone como Pierrot, el labriego del *Don Juan*, de Molière. Sólo que hizo el traje blanco y le pintó con harina el rostro. Así Pierrot se sumó a la ilustre tropa de Arlequín y Polichinela.

Los grandes próceres de la historia.—El decano del Colegio de los Abogados de París, M. Hen-Robert no solo es un gran abogado, es el tipo perfecto del conferenciante. La Casa Payot acaba de publicar cinco de sus conferencias dadas en la Universidad, para familias burguesas, de los «Anales». Se refieren a cinco procesos: el de María Estuardo, el del marqués de Cinq-Mars, que inspiró a Vigny; el de Fouquet, al que con motivo de Molière acabo de hacer referencia; el de Calas, que sirvió de modelo al doctor Simarro para defender a Ferrer, y el Camilo Desmoulins.

CORPUS BARGA.

¿QUÉ ES EL CANCER? ¿CUÁL ES SU NATURALEZA? ¿CUÁL SU ORIGEN?

A pesar de los innumerables trabajos y de las investigaciones esforzadas de una multitud de sabios, ignoramos todavía, qué es el cáncer y, si al respecto podemos abrigar convicciones individuales, carecemos de toda certidumbre. Durante numerosos años, en todos los países, se han hecho investigaciones múltiples para establecer la estructura del cáncer. Pero, solamente después de que el descubrimiento de la naturaleza de las enfermedades infecciosas dominó la patología, los trabajos de un gran número de sabios se orientaron hacia los orígenes de la enfermedad y trataron, por todos los medios, de demostrar su carácter parasitario. La demostración aun no ha sido hecha. Para demostrar la naturaleza parasitaria de una enfermedad cualquiera, es menester o encontrar el agente que le provoca, agente microbiano o parásito de un orden mas elevado, o reproducir la enfermedad por la inoculación del agente patógeno aislado—lo que en la demostración ideal—o, por lo menos, de tegidos o de humores que encierren ese agente, aunque el mismo quede desconocido.

Pues bien, el agente patógeno, el microbio, el parásito del cáncer o de los cánceres—pues los hay sin duda, de varias especies—no ha sido encontrado, y la reproducción de la enfermedad por inoculación, no obstante un cierto número de hechos muy impresionantes, no ha sido realizada de una manera definitiva. Apresurémonos a reconocer que esos resultados negativos no significan que sea imposible curarlo. Hay muchas enfermedades curables (comenzando por la viruela, una de las enfermedades infecciosas más virulentas), cuyo microbio nos es aun desconocido. La reproducción de una enfermedad puede exigir condiciones de medio, de predisposición, que no se

encuentran sino muy raras veces en las investigaciones experimentales y en las inoculaciones o animales vivos.

La constitución anatómica del cancer ha dado lugar a innumerables trabajos y los histólogos—los sabios que estudian con el microscopio la estructura de los tegidos—han llegado a resultados exactos extraordinarios. Se han dominado todas las fases de su desarrollo, que se caracteriza por un desorden en la evolución de las células del organismo. Estas—en especial las que residen en los órganos glandulares cuyas paredes están tapizadas de células secretarias de funciones activas y de vida intensa—comienzan de repente a reproducirse con exceso, a multiplicarse de un modo desordenado y a invadir los tegidos vecinos rompiendo las frágiles barreras fibrosas que limitan normalmente los sacos sin salida glandulares. Penetran en los espacios conjuntivos que separan los diversos órganos y avanzan multiplicándose sin cesar en un desorden creciente. Forman así, por su acumulación desmensurada, casi monstruosa, un verdadero tegido de nueva formación, un neoplasma, un tumor para usar la palabra clásica, tumor cuyo volumen va sin cesar en aumento, invade los tegidos vecinos, se infiltra en ellos y los desorganiza. Cuando el tumor llega a infiltrarse en la piel o en una mucosa, como la del estómago, da nacimiento a una ulceración, a una llaga irregular, que se infecta, se cubre de granos sanguinolentos, se extiende más y más y poco a poco llega a destruir todos los tegidos vecinos. A menudo, casi siempre, cuando el tumor ha roto sus barreras iniciales y ha alcanzado un cierto grado en su evolución, los elementos enfermos, las células cancerosas penetran en los espacios conjuntivos que separan los tegidos, entran en las vasos linfáticos que en ellos tienen su origen y van a injertarse mas o menos lejos en los ganglios linfáticos, a cinco, diez, veinte centímetros de su punto de partida, en ocasiones a mayor distancia, para constituir allí nuevos centros de infección y nuevos tumores. A menudo también los granos cancerosos en marcha encuentran la pared de una vena, se infiltran en ella, la ulceran, la perforan, penetran en el interior del vaso, son arrastradas por la corriente sanguínea en el torrente circulatorio y van a fijar en un punto cualquiera del cuerpo, sobre todo, (en razón misma de las dis-

posiciones anatómicas del sistema venenoso), en el hígado en los pulmones, para constituir nuevos hogares de desarrollo del mal. Esa es la generalización del cancer.

Son estos hechos ciertos, bien conocidos, demostrados; pero esta marcha invasora de las células cancerosas no es más que la representación material de su evolución. Ella nada nos enseña sobre las causas de su multiplicación excesiva, de ese desorden en su reproducción. No basta, repitiendo una expresión que ha hecho fortuna, hablar de anarquía celular. Esos no son más que palabras, que traducen simplemente una apariencia, sin darnos ninguna luz sobre el origen del mal. Este es debido a una actividad particular de la célula cuyos núcleos se multiplican con una rapidez, una abundancia y una actividad anormales, como si reaccionasen contra una causa de irritación directa y permanente. Es infinitamente probable que esta irritación, que se manifiesta por una reproducción nuclear superabundante, kariokinesis desordenada, es debido a un parásito que nadie hasta ahora ha logrado ver, pero que está allí y provoca directamente la reacción de las células contra su presencia. Las lesiones graseras del cáncer, las ulceraciones que provoca, son demasiado semejantes a las que nos muestra la reacción de los tejidos en otras enfermedades, como la tuberculosis, la actinomicosis, por ejemplo, para que no tenga en su origen alguna causa de su misma naturaleza. La discusión me llevaría demasiado lejos; pero yo estoy personalmente convencido del origen parasitario del cáncer y espero que un día próximo llegará en que los hombres que trabajan pacientemente en los laboratorios, que la criminal indiferencia que los poderes públicos mantiene con frecuencia en la miseria, lograrán demostrárnoslo.

Pero, sea que el cáncer tenga un origen parasitario, sea que resulte de un desorden desconocido de la evolución celular, tenemos el hecho cierto, de que en su comienzo, está localizado en el punto preciso en que se desarrolla. Cuando principia a nacer en un punto cualquiera del cuerpo, en el fondo de un órgano glandular, en el seno, por ejemplo, un punto *solo* está enfermo, el resto del cuerpo esta sano. Esto es evidente, pues cuando el cáncer en su comienzo del tamaño de una avellana, por ejemplo, es radicalmente extirpado, la operación en seguida

en la inmensa mayoría de los casos, de una curación completa porque el hogar del cual ha sido antes de la difusión de las células vagabundas en los tejidos secinos y las glándulas linfáticas distantes. Y es imposible admitir, consebir siquiera, que una afección jeneral pueda ser curada por medio de una operación local.

El cáncer es, por lo tanto, una enfermedad primitivamente circunscrita, pero que luego se extiende y avanza a regiones en que una operación no puede alcanzarlo. Pero, al principio, lo repito, no es una enfermedad general, como muchos médicos y aún algunos cirujanos lo creen y proclaman. Sin duda alguna, hay en ciertos una predisposición, un terreno favorable, como para todas las enfermedades parasitarias, comenzando por la tuberculosis, predisposición debido a la constitución de los tejidos y a condiciones biológicas que nos son desconocidas, en las cuales la herencia juega ciertamente un rol, si bien menos importante de la que generalmente se cree. Pero, si hay, en ciertos individuos, una predisposición natural de los tejidos para defenderse mal del cáncer, (iba a escribir: del parásito del cáncer), no es menos cierto que cuando este ha provocado en un punto del organismo el principio de un tumor canceroso, tumor que antes de ser perceptible, antes de tener el tamaño de una avellana, de una nuez, no es más grande que la cabeza de un alfiler, este tumor está limitado al punto en que existe, es absolutamente local y su extirpación produce una curación definitiva.

Esto es evidente: si así no fuera no existiría en el mundo un solo canceroso curado y los hay por millones.

Ese es el hecho fundamental, el hecho capital, el hecho que es necesario conocer y retener, porque es el que debe guiar nuestra conducta en la lucha contra el cancer. Pues, si no luchamos o si luchamos tardíamente, cuando el mal está muy avanzado, no conseguiremos detenerlo. El continuar desarrollándose en algún sitio que escape a la operación, sitio que puede ser incontable, invisible, pero que existe, que continúa su evolución fatal y que después de una serie de accidentes de una variedad infinita termina siempre por la muerte.

¿No hay ninguna excepción al desarrollo fatal del cáncer, cuando no ha sido operado desde el principio? Se conocen casos de cánceres caracterizados, demostrados por el exámen microscópico que tienen una evolución infinitamente lenta, que quedan durante años y años sin modificarse sencillamente. ¿El cancer puede alguna vez retroceder y desaparecer espontáneamente? La cosa nada tiene de imposible, ya que no se ve razón para que, si el cancer es parasitario, el organismo no pueda desembarazarse del parásito por sus solas fuerzas de resistencia. No hay enfermedad infecciosa o parasitaria, por grave que sea, que no pueda curarse espontáneamente y no hay razón alguna para que el cancer no entre en la regla común. Muchos, sin embargo, la niegan. Personalmente, lo creo y lo sostuve por escrito hace veinte años. Tengo la convicción de haber visto curar cánceres después de extirpaciones incompletas. Creo que hasta en ocasiones suprimir el centro principal de generación del mal para obtener la curación. Si así no fuera, las curaciones no se obtendrían con tanta frecuencia. En los cánceres del seno con invaciones ganglioarias del sobaco, por ejemplo, es infinitamente probable que células infestadas ubicadas en las vías linfáticas abiertas en el cuero de la operación, hayan quedado en alguna parte perdidas en los tejidos. Si la infección se desarrollase en seguida ¿cuántos operados sanarían? Pero esta es una discusión un tanto teórica. Lo cierto es que si la curación espontánea del cancer existe, ella es sumamente rara, hasta el extremo de que no vale la pena tomarla en cuenta en la práctica.

Todo cáncer reconocido debe, pues, ser considerado como fatal y tratado como tal por los medios más enérgicos.

Hasta estos últimos años no podía pensarse en destruir el cáncer más que por medio del bisturí, del fierro rojo y los cáusticos químicos. En los tiempos en que las operaciones eran graves y seguidas ordinariamente de complicaciones infecciosas, a menudo mortales, se comprende que los últimos de esos procedimientos hayan sido muy empleados. El fierro rojo, que desprende un calor que obra a cierta distancia de su punto de aplicación, los cáusticos químicos, que se extienden más o menos en los tejidos, obrando así en una zona de acción más ex-

tensa que la de su aplicación directa, podían tener buen éxito con más frecuencia que las operaciones tímidas que entonces se hacían. Pero hoy día, esos medios han sido abandonados; disponemos de otros mejores. Durante cuarenta años, aproximadamente, de 1870 a 1910, la extirpación sangrienta ha sido el solo método seriamente usado. Este período ha sido, para la cirugía, una era de progresos verdaderamente magníficos, en el curso de la cual el arte quirúrgico se ha elevado a una altura que no sobrepujará jamás. Podemos decir, nosotros que hemos vivido esa época, y que hemos participado con pasión en esta lucha diaria con el cáncer, podemos decir que hemos conocido el apogeo de la cirugía operatoria. El carácter fatal del cáncer justifica que se someta a los desgraciados que lo padecen a las operaciones más audaces. En casos sin curación posible, es preferible la operación arriesgadísima, si da una esperanza de salvación, aun corriendo el riesgo de la muerte operatoria, al abandono del paciente a la muerte lenta, tras una agonía miserable y desesperada.

Hemos perseguido, pues, por medio de las operaciones más delicadas y difíciles, por medio de operaciones que dan la idea más elevada del arte quirúrgico, hemos perseguido esos tumores de la lengua y del cuello, terribles entre todos por los sufrimientos que producen y por la gravedad de las operaciones que permiten combatirlos; esos cánceres del estómago y del intestino; esos cánceres del útero, que requieren también operaciones que se cuentan entre las más hermosas y delicadas, pero también más eficaces de la cirugía. Pero esas operaciones, si dan a los que las practican las más puras satisfacciones que puede procurar el arte quirúrgico más elevado, son también las más engañadoras, porque demasiado a menudo, después de ellas, se ve reaparecer el mal, sobrevenir la reincidencia. ¡El enfermo no está curado! Los elementos cancerosos que han escapado a la operación prosiguen su evolución, forman un nuevo tumor, igual al primero y que produce los mismos accidentes. Es, todavía, casi siempre más difuso, más profundo y menos accesible a una nueva intervención quirúrgica. La batalla está perdida y el cáncer continúa su obra.

Estas repeticiones, demasiado frecuentes, pueden entristecer a la cirugía; pero ni ésta, ni el público deben descorazonarse y olvidar los casos en que la repetición no se produce y el paciente sana.

Esos casos son muy numerosos, y su frecuencia depende ante todo de las condiciones en las cuales se encontraba el mal en el momento de la operación. Cuando la repetición se produce, es porque los tejidos enfermos se han escapado al operador. Sin duda, la experiencia y la habilidad del cirujano tienen en este caso una importancia muy grande. Tal cirujano, en un caso dado, sanará a su enfermo definitivamente, en tanto, que tal otro, a causa de una operación menos perfecta, verá producirse la reincidencia del mal. Pero, si la personalidad del cirujano tiene para la curación o para la reincidencia una importancia considerable, el estado del tumor la tiene mucho mayor. Cuando el tumor es atacado en su origen, cuando todavía no ha extendido a lo lejos y hasta los ganglios sus prolongaciones invisibles, él puede ser extirpado en su totalidad, aún por un cirujano mediocre. Más tarde, por el contrario, cuando el centro enfermo se ha extendido, cuando los elementos cancerosos han llegado a los ganglios linfáticos, el cirujano más hábil y más concienzudo dejará casi fatalmente sin extirpar islotes cancerosos que nada le permite reconocer.

La curación del cáncer se debe, pues, ante todo, a la precocidad de la operación, y es permitido afirmar que los cánceres, aún los tenidos por más graves y más difíciles de curar, sanarían casi todos si se les extirpara en el momento de su aparición.

¡Y no son éstas afirmaciones teóricas! Digo porque lo sé, porque estoy de ello cierto y lo he visto, que en el cáncer del útero, por ejemplo, que, en opinión de muchos cirujanos, es incurable, he visto, lo repito, que cuando los casos son buenos—es decir bastante próximos a su origen—(el origen mismo es imposible fijarlo), he visto a más del 80% de las operadas quedar definitivamente curadas.

Esta es la verdad, que convendría gravar en el espíritu de todos, comenzando por los médicos, pues éstos, como todos los hombres, sólo conocen bien lo que han visto. Y la mayor parte

de los que no son ya jóvenes han visto siempre que el cáncer repite y están convencidos de su incurabilidad. En realidad, en otro tiempo, en razón de circunstancias que sería largo enumerar—educación defectuosa de los cirujanos, instrumentos mediocres, intervenciones tardías,—las operaciones se hacían mal y eran insuficientes y peligrosas. Los cancerosos eran mal operados. Se han hecho en esta materia, como en todo lo que se relaciona con la cirugía operatoria, progresos inmensos, de suerte que hoy día las operaciones se ejecutan en condiciones de benignidad, de regularidad y de perfección infinitamente más grandes. La educación de enfermos y médicos es también mejor. Los enfermos buscan el médico más pronto, los diagnósticos y las operaciones son más precoces y los resultados más perfectos.

Con todo, hay todavía mucho que hacer. La salvación está en la operación precoz. ¡No nos cansaremos de repetirlo! Pero, para practicar una operación precoz, es preciso que el cáncer haya sido reconocido en sus principios. Y aquí es donde la sola educación del médico no basta. Es necesario hacer la educación del público, porque el médico no puede reconocer un cáncer que principia en tanto que el enfermo no viene a consultarlo. Y, en los comienzos del mal, la mayor parte de los enfermos no tienen noticias de su cáncer, aún cuando esté presente en signos visibles mas netos, una hinchazón en el seno, por ejemplo, o sanguíneo imprevisto. Los enfermos no sospechan la existencia del cáncer, porque no les duele. El fin de los cancerosos es casi siempre tan doloroso que el público y aún muchos médicos unen a la idea de cáncer la idea de dolor. Les parece que un tumor no puede ser grave sino cuando es doloroso. Y allí está el error, el fatal error. El cáncer, al principio, no es doloroso. Y en ocasiones es indoloro durante toda su evolución, hasta el último día. Se podría decir, por el contrario, que hay grandes probabilidades de que una afección que comienza por fenómenos dolorosos no es un cáncer. El dolor acompaña sobre todo las afecciones inflamatorias. Es menester, por consiguiente, que, a este respecto, se modifiquen profundamente las ideas de todos. Cuando un cáncer es doloroso, es demasiado tarde para curarlo.

El enfermo, al primer síntoma anormal, aún cuando no sufra, sobre todo, cuando no sufre, debe consultar al médico y éste enviarlo al cirujano. Cuando no lo hace—sea por ignorancia, sea por excepticismo—no cumple su deber.

Pero vivimos en un tiempo en que ese deber es difícil de conocer, aún para los que no son ni ignorantes, ni excépticos.

Desde hace algunos años la terapéutica del cáncer ha entrado por vías nuevas y todos hemos visto casos extraordinarios, en los cuales, hace apenas veinte años, no habíamos podido creer.

Cuando la idea del origen parasitario del cáncer se abrió camino, fué natural que se ensayaran contra él los métodos que han dado en otras afecciones, de origen igualmente parasitario, tan maravillosos resultados. Cierta número de investigadores han propuesto y experimentado los sérums. Las investigaciones sobre los tratamientos seraterópicos son largos y difíciles, y nadie tiene derecho para afirmar que ellos no nos den un día el medio de curar el cáncer. Todo es posible y todas las investigaciones en ese sentido son legítimas. Pero, basta ahora, lo único que puede decirse es que, apesar del ruido, a menudo sensible, que se ha hecho al rededor de ellos, todos esos sérums no han dado resultado alguno, salvo, talvez, besos de esperanza y de bienhechora ilusión a los desgraciados que se les aplicaban.

Casi al mismo tiempo hemos presenciado resultados más positivos, todos hemos visto cánceres de la piel curados y bien curados por la acción de los Rayos X. Son, cierto es, cánceres relativamente benignos, que a menudo permanecen estacionarios y que de ordinario se curan por la extirpación o la aplicación de cáusticos. Esas curaciones, en el primer momento, nos asombraron enormemente. Pero de una quincena de años a esta parte, hemos visto tantos casos en este orden de ideas que hoy nos asombramos con más dificultad. Ya no nos sorprende ver curar cancroides por los Rayos X, como tampoco nos sorprende que esos mismos Rayos X provoque en las personas que con ellos manipulan, que con ellos manipulaban, sobre todo en otro tiempo, sin saber preservarse de efectos, terribles

cánceres que han venido aumentar el número de los sabios muertos en el campo de honor de la ciencia.

No obstante, si la radioterapia cura, y a menudo de la manera más maravillosa, cánceres benignos de la piel, podemos todavía aguardar de ellos curaciones auténticas de cánceres ordinarios, más o menos profundamente situados. Es muy posible que haya en la radioterapia, yo así lo creo, una influencia esclerosante que obstaculice el desarrollo de los elementos cancerosos, lo que, por cierto, está muy distante de ser cosa digna de menosprecio. Pero los progresos, en esta ciencia tan reciente, son incesantes, y la potencia de los aparatos aumenta todos los días. Los rayos se hacen más penetrantes, más eficaces. Se nos anuncian curaciones: esperemos y confiémos. Sepamos, sin embargo, que pasarán los años, como pasaron para los enfermos curados quirúrgicamente, antes de que podamos hablar de curación.

Y luego el radio ha venido a presentarnos hechos mucho más extraordinarios y a suscitar entusiasmos que no están próximos a extinguirse. Se nos han mostrado cánceres curados, no de esos cánceres benignos de la piel que desaparecen bajo la influencia de los Rayos X, sino cánceres profundos, extensos y graves. Todos los hemos vistos con nuestros propios ojos. Las curaciones de larga duración no son raras, y en ciertos cánceres como los del útero, las mejorías serias son muy comunes, casi la regla jeneral. Pero no gritemos todavía ¡milagro! Se concibe que un cuerpo extraordinario como el radio pueda tener, al travez de una envoltura de metal, como la luz al travez del vidrio salvo las sales de plata, cierta influencia o distancias sobre ciertos tejidos vivos y en particular sobre las células nuevas y frágiles que resultan de la reproducción cancerosa. Estas células son destruidas por las radiaciones, en tanto que las células adultas de los tejidos normales resisten y continúan viviendo. Tal vez las emanaciones radiales obran a la distancia como un cáustico maravilloso que sabe escojer en los tejidos vivos las células que debe destruir y las que debe respetar.

Las mejorías consecutivas a las aplicaciones del radio son la regla. Pero también en la regla que hacen mejoría notables sean solamente pasajeras y que el mal siga luego su curso. Y

yo he visto ¡ai! otros resultados nuevos alentadores. Tengo el derecho de hablar de ellos porque han sido observados por mí. Los acontecimientos me han hecho operar, desde hace mas de veinte años, una gran cantidad de úlceras al útero. Las mejorías extraordinarias que a consecuencia de aplicaciones radicales habia constatado, me movieron a asociar su acción a la de la operación y a aplicar radio a los operados pocos dias despues de la intervención quirúrgica, tratando por ese medio de destruir más rigurosamente los elementos cancerosos que pueden subsistir despues de la operación mas cuidadosamente hecha. Y cuando quise averiguar el resultado que habia obtenido durante una experiencia de más de veinte años en un gran número de enfermos, encontré que de mis enfermos operados solamente el 61% habian sanado y solo en 39% de los casos la enfermedad había reincidento, en tanto que los enfermos, a quienes después de la operación, habia aplicado el radio, en caso de repetición del mal llegaban al 50%. Habia tenido, pues, mas casos de repetición en los enfermos que habian recibido el radio que en aquellos que no lo habian recibido, como si el radio produjera las células cancerosas en vez de destruirlas. No quiero deducir consecuencias de este hecho porque en esta sería cuestión hay todavía muchos elementos desconocidos. Quizás las dosis empleadas fueron insuficientes, a causa de las escasas cantidades de radio de que disponemos. Es necesario esperar, trabajar y no avanzar conclusiones prematuras.

O, mejor dicho, es necesario decir lo que se piensa: lo que pienso es esto:

La radioterapia profunda, las aplicaciones de radio son métodos nuevos, que están todavía en sus comienzos, que son ya en el tratamiento del cancer resultado incontestables, en ocasiones extraordinarias; pero hasta aquí casi siempre incompletos. En los cánceres extendidos, en que una operación es grave, incierta y en que una extirpación completa parece imposible, o siquiera difícil, el tratamiento por radiaciones es preferible al tratamiento quirúrgico. Con peligros mucho menores, dará casi siempre mejores resultados, quizás aun curaciones verdaderamente maravillosas.

En los cánceres recientes, bien circunscritos, que una operación bien hecha permite extirpar en condiciones satisfactorias, sin que el enfermo corra riesgos excesivos, es menester operar, porque la operación produce de ordinario curaciones que tienen en su abono la experiencia del tiempo.

Nuestro deber es, por lo tanto, muy claro. Debemos operar a los enfermos, pero solamente cuando su enfermedad está en comienzos. La salvación está en la operación precoz. Es preciso decirlo, proclamarlo y hacer comprender a los enfermos que al menor signo anormal y sin aguardar el dolor—que viene demasiado tarde—deben pedir consejos al cirujano y obedecerle.

Esta es una verdad demostrada. Pero, por la fuerza de las cosas, habrá innumerables casos que permitirán ver el efecto de las radiaciones, sean de rayos X o de radio. Son, por otra parte, estudiadas actualmente con todo el rigor científico deseable. Las existencias de radio aumenta día a día, y de aquí a algunos años sabremos, si los resultados obtenidos son satisfactorios y si son durables, como lo son los del tratamiento operatorio, en que las curaciones hechas hace veinte, treinta y cuarenta años son incontables.

¿Cuál será el porvenir? Lo ignoro. Conocemos los resultados del procedimiento operatorio. Podemos esperar mucho de esas radiaciones maravillosas que han destruído las nociones que creíamos más sólidas. No debemos tampoco desesperar del porvenir de los sérums y vacunas, que, si el cáncer es parasitario, podrán un día dominarlo. Tampoco debemos extrañarnos de verlo un día curado por la química. Ya se han ensayado muchos medicamentos, el cobre, el selenio, los metales coloidales, la quinina, que no han producido grandes resultados. Pero, no todo ha sido tentado y los recursos de la química son inagotables. Nadie sabe si la sustancia que nos librará del cáncer no será descubierta mañana. Muchos sabios consagran su vida a esos trabajos difíciles que tantas veces sólo producen sinsabores y desilusiones. Pero la áspera alegría de la investigación y la invencible esperanza están allí para sostenerlos hasta el fin. Un día, tal vez, uno de ellos, por obra de la fortuna, de su paciencia o de su genio, conocerá la hora del triunfo, y cuando

haya visto al mal abominable retroceder ante él podrá descansar con la suprema alegría de haber libertado a los hombres—sus hermanos,—del azote más cruel que los diezmará.

Pero cuando llegue ese día,—si alguna vez se levanta sobre el horizonte del porvenir,—los cirujanos que, como nosotros hoy día, tengan la pasión de su arte y lo amen por su belleza, por su poder, por las purísimas alegrías que procura y las emociones que da, podrán decirse con melancolía que no volverán a ver los grandes días de la cirugía, porque cuando los hombres que vengan después de nosotros sepan destruir el cáncer sin necesidad de recurrir al cuchillo, habrán pasado para siempre los esplendores de la cirugía.

J. L. FAURE,

Profesor de Clínica ginecológica
en la Facultad de París.

DON ENRIQUE MAC IVER

I

El partido radical no tiene, hoy día, sino un ciudadano con honores de candidato presidencial: el señor Enrique Mac Iver.

Sin embargo, este partido tiene ideas definidas, tiene prosélitos numerosos, y muy honrosas páginas en nuestra historia política.

Nació cuando los gobiernos elegían los Congresos, y con la adhesión de éstos ejercían una autoridad fuerte.

La República se organizaba y prosperaba; pero la libertad dejaba todavía mucho que desear.

La primavera política que ofrecía el programa del partido radical, saturado de libertades, le procuró simpatías sinceras, sobre todo en el corazón de la juventud.

Las virtudes cívicas, el austero patriotismo de sus jefes, Matta y Gallo, lo vigorizaron con la adhesión de partidarios entusiastas, y de poblaciones enteras.

Pedro León Gallo aparece, allá lejos, como un héroe legendario. Hermoso, inteligente, rico, se bate el 20 de Abril de 1851 por el Gobierno constituido. Tenía 21 años.

En 1856 cree ver tiranos, y se revela como un Graco, para defender la libertad. Con el apoyo de su madre, nueva Cornelia, y gastando dos millones del peculio familiar, levanta un ejército y lo conduce personalmente a la victoria.

Derrotado, poco después, en Cerro Grande, vive en destierro hasta 1861. Vuelto a Chile, consagra sus energías a la defensa de la causa liberal y popular, que inmortaliza su nombre.

Tiene Matta un alto puesto en nuestra historia, débelo igualmente al idealismo su doctrina, a la sinceridad de sus convicciones, y a la benevolencia de sus sentimientos.

Repetía a menudo: «Tengo adversarios; no tengo enemigos».

Repetía también con magnimidad incontrastable: «En política, lo que no se funda en la justicia y en el respeto al derecho, es deleznable, perecedero».

Cuando fueron vulneradas las instituciones, hizo causa común con el partido conservador, y fué el más perseverante defensor de la coalición, mientras creyó que ella era necesaria para consolidar el régimen constitucional.

Educado en el Seminario, conservó toda la vida las amistades de su primera juventud.

Al regresar de Copiapó en 1880, recibió de uno de sus más ilustres y virtuosos jefes de la iglesia chilena, la siguiente salutación:

«Joaquín, Obispo de Martyrópolis, tiene el agrado de saludar a su antiguo amigo y condicípulo Manuel A. Matta, deseándole grata permanencia».

Huyendo de la dictadura, en compañía del que es hoy obispo de Antédone, don Guillermo Juan Cáster, su adversario político de toda la vida, le dió testimonios irrecusables de tierna amistad, y lo salvó de una muerte casi segura.

II

El partido radical, orgulloso con su bandera y con tales jefes, desdeñando funciones y lucros de Gobierno, empeñado solamente en realizar sus ideales, ganó terreno en la estimación del pueblo.

En las elecciones de la administración Pérez, hizo campaña, en meetings y en la prensa, en favor de la libertad electoral.

La hizo ruidosa en 1871, en la elección presidencial, unido a los liberales reformistas y a los nacionales.

Sólo en 1873, al romperse la coalición liberal-conservadora que gobernaba desde 1862, Matta, a instancias del Presidente Errázuriz, asoció a su partido a las tareas de Gobierno.

Lo asoció sin pactos de reparticiones electorales o lucrativas, sin pedir una cartera. Lo asoció para hacer política liberal; y este propósito fué honrosamente realizado en una serie de evoluciones y reformas.

Corresponde al partido radical la mejor parte en la guerra larga que el país ha sostenido contra la intervención electoral del Ejecutivo; y buena parte en las reformas constitucionales y legales que han descentralizado el Gobierno, y traído la independencia efectiva del Congreso.

Las reformas políticas las ha realizado de acuerdo con el partido conservador, que se hizo ultra-radical desde que perdió la Moneda.

Las reformas concernientes al estado civil, las ha realizado de acuerdo con los grupos liberales, en prolongada y cruda lucha contra los conservadores.

Aunque no ha salvado por completo del contagio de intervención, ha sido el partido más perseverante en procurar la libertad electoral.

También ha sido el más desinteresado en provechos políticos.

Su organización, basada en asambleas electorales, ha sido la primera en su forma democrática, y la más seria y eficaz en sus efectos.

III

Además de su honrosa labor política, el partido radical ha hecho obra social, en altísimo grado laudable.

Han sido los radicales de los primeros en crear asociaciones laicas, extrañas a la acción del Gobierno, para propagar la instrucción primaria, para procurarla a los artesanos en escuelas nocturnas, y a los niños más pobres, en escuelas de proletarios. En este ramo, los señores Pedro Bannen y José A. Alfonso, hacen muy buena obra.

No han manifestado menos abnegación los hombres de este partido en otros servicios de utilidad social. En el de bomberos, uno de los más meritorios, han dado ejemplo.

IV

Después de Matta y de Gallo, que fundaron el partido radical, el señor Mac Iver aparece como su jefe prominente, como el propagador de su doctrina, como el campeón de sus batallas.

En los grandes meetings de 1868 a 71, que piden libertad

electoral, el señor Mac Iver se destaca ya como orador, y revela las inclinaciones de su rica mentalidad.

Es un pensador, más que un político práctico. Es más un hombre de talento, que de carácter. Su bondad suele perjudicar a su firmeza.

Se detiene apenas en los hechos y personajes que forman el drama político: no le preocupan seriamente las amenazas, promesas y atropellos, que, furtiva o audazmente, violan el derecho electoral. Lo preocupa con intensidad la exposición de los principios y leyes que infringe la intervención del Gobierno. Se detiene complacido, en la historia de las instituciones, que comenta con fácil abundancia; y no tarda mucho en confirmar sus ideas con la doctrina de los parlamentarios ingleses, que le son familiares.

V

Las elecciones de 1876, dieron muy selecta representación a los partidos, en la Cámara de Diputados.

El conservador llevó a los señores Irarrázabal, Zorobabel Rodríguez, Carlos Walker M., Fábres y Ventura Blanco.

El liberal, a los señores Claudio Vicuña, Huneus, José Antonio Gandarillas, Miguel L. Amunátegui, Barros Luco, Vergara Albano, Benjamín Vicuña Mackenna, Aldunate, Cood, Melchor Concha, Carrasco Albano, Rengifo, Demetrio Lastarria, Federico Errázuriz E. y Alliende Caro.

El nacional, a los señores Novoa, Pedro Montt, Evaristo del Campo y José Joaquín Aguirre.

El reformista, a los señores Vicente Reyes, Ambrosio Montt, Justo Arteaga, Balmaceda, Luis M. Rodríguez y Ricardo Letelier.

Isidoro Errázuriz, por uno de sus caprichos geniales, hacía tronar la elocuencia sentado en bancos conservadores.

El partido radical reunió quince diputados, casi todos jóvenes y distinguidos.

Allí estuvieron Matta, que presidió algún tiempo la Cámara, y el señor Alfonso, que, sin pertenecer a ella, servía la cartera de Relaciones Exteriores con atinado celo. Estuvieron también los señores Mac Iver y Abraham Konig, que iniciaban su ca-

rrera parlamentaria, y que, siguiendo las huellas del jefe, ya con honores de Patriarca, se batían contra conservadores y nacionales, con destreza de veteranos.

Ambos, por su pequeña estatura y su fácil locuacidad, hacían recordar a Thiers.

El señor Konig, de índole jovial, de voz agradable, instruído y dotado de viva imaginación, hablaba con animada gracia, dejando siempre el deseo de oírlo más tiempo.

El señor Mac Iver acentuaba su oratoria razonada, teórica, un poco fría, casi didáctica.

Se le oía con agrado y con provecho; pero sin entusiasmo.

El señor Mac Iver estuvo en la Cámara desde 1876 hasta 1901; y en 1880 a 81 formó parte de su mesa directiva. Desde 1901, tiene asiento en el Senado.

En esos treinta años de parlamento, ya como partidario del Gobierno, ya como opositor, ha pronunciado centenares de discursos sobre los asuntos más interesantes y variados, y en todos ellos está patente su naturaleza.

Se ve al orador preocupado en ideas, en teorías, en tesis, en ideales, en problemas que interesan a su partido o a su patria; y no aparece el político conocedor de los hombres que está llamado a gobernar, y atento a los acontecimientos que está llamado a dirigir.

En ese orador hay un fondo de bondad, un caudal de optimismo, sólo propios del hombre que ha estudiado a sus semejantes, nó en las realidades de la vida, sino en las teorías de los filósofos.

En ese político, tan didáctico, que deplora los males sin contemplar a los delincuentes, se ve al estudiante sobrio. que no ha usado de su juventud, que sólo ha leído y pensado. Se vé también al joven y al hombre que, feliz en el hogar, como hijo, marido y padre, no ha tenido ocios que distraer, e ignora las dilapidaciones de los afectos, de los deberes y de los dineros propios o ajenos.

Tal es la índole de su naturaleza, que, sin duda, vigorizó el afectuoso contacto con el legendario idealismo de Matta

VI

En 1891, aniquilada la dictadura, el señor Mac Iver creyó que la clemencia produciría la gratitud y el olvido, y que el Gobierno podía liquidar los elementos constitucionales y hacer política liberal.

En teoría, esto era generoso y plausible; pero era también irrealizable.

Los vencidos políticos no olvidan sus derrotas; y los dictatoriales de 1891, se mantienen hasta hoy en pie, como elemento perturbador de la administración pública.

Nada se ha logrado: ni olvido de la gran desgracia, ni gobierno liberal; todo, por no conocer a los hombres.

En 1892, el señor Mac Iver es Ministro de Hacienda. Siendo doctrina elemental que es mejor tener circulación metálica que papel moneda, el señor Mac Iver se embarca a velas desplegadas en la conversión. Navega en compañía de los señores Agustín Ross, Barros Luco, Eduardo Matte y otros muchos financieristas. Promulga la ley sin mayor dificultad.

Esa conversión fracasa, gravando al Estado con empréstitos, debilitando la fé pública, y arruinando a medio mundo!

¿Fué culpa de la teoría? Nó; la culpa fué de su mala aplicación. Las circunstancias eran desfavorables, y el señor Mac Iver no las tomó en cuenta.

Esos ejemplos son bien decidores.

El hecho es que el señor Mac Iver fué Ministro de Hacienda en 1892 y en 1895, y Ministro del Interior en 1894, sin hacer cosa que estuviera a la altura de su fama de orador.

VII

Toda la actuación del señor Mac Iver, como jefe del partido radical, confirma estas apreciaciones. Sus mayores servicios son de doctrinario.

Mantiene las teorías genuina del radicalismo, e impide que sean completamente desnaturalizadas.

Es uno de los que más resisten la corriente de laicismo belicoso que domina en algunas esferas radicales, y que conviene estudiar.

Esa corriente no es la aspiración de libertad y de tolerancia, tan justificada mientras la Iglesia imponía su exclusivismo en la escuela, en la familia, hasta en los cementerios.

No es el propósito respetable de libertar la vida política de influencias y sugerencias teológicas.

Tampoco es el celo moral, de impedir excesos de fanatismo, torpezas vergonzosas, explotaciones de credulidad, codicias insaciables.

No es eso.

La dolencia a que nos referimos es un fermento constante, un odio que se enfurece contra las creencias, un odio que estalla aún contra los actos de la piedad religiosa.

Las manifestaciones son diversas.

En 1884, los radicales rechazaron la separación de la Iglesia y del Estado, que habían inscrito en su programa, y que entonces apoyaban los conservadores y algunos liberales sinceros.

Sintiéndose en mayoría en la Universidad, han dado los puestos de influencia a los adversarios del clero, y remuneran generosamente sus elucubraciones con los dineros públicos.

Este sectarismo aparece también en la prensa. El diario de Santiago («La Ley»), que le sirve de tribuna, manifiesta hostilidad contra toda religión.

Tamaña dolencia menoscaba sin duda el prestigio del radicalismo, y perturba hondamente las evoluciones regulares de nuestra política.

Aunque tal dolencia no sea inherente a la doctrina del partido, ni fruto de la enseñanza de sus jefes, ella habría hecho estragos en las filas radicales si no la resistiera la energía doctrinaria del señor Mac Iver.

VIII

La palabra del señor Mac Iver lleva a todas partes el credo ortodoxo del radicalismo: la libertad en todas sus manifestaciones, el respeto a todas las conciencias, la igualdad en todos los

actos de la vida política y civil; ninguna gerarquía artificial, sólo la que constituyen los méritos personales y las virtudes cívicas; cada poder público obrando legalmente dentro de su esfera; en todas partes, la más severa integridad, y por único fin el servicio del pueblo.

Este apostolado es un antídoto contra la epidemia sectaria.

Defiende al radicalismo y lo mantiene en la elevada esfera de ideas que le corresponde.

A la vez, presenta en toda su elevación intelectual y moral la personalidad del señor Mac Iver.

Es ahí, en su cátedra, en sus pastorales, donde está su elemento, la predicación de la doctrina política.

Después de Matta, que conquistó, en buena lid, el renombre de patriarca, sólo al señor Mac Iver se llama Maestro!

Como quiera que sea, el alto apostolado que ejerce, cuesta al señor Mac Iver luchas, esfuerzos, sinsabores y decepciones.

IX

Basta recordar, para demostrarlo, una sesión de la asamblea radical.

Centenares de correligionarios rellenan el gran salón. Todos se mueven, hablan, accionan, gesticulan; y en el denso murmullo, sobresalen voces destempladas, algunas iracundas.

De súbito, el ruido cesa, la concurrencia abre camino, y el señor Mac Iver, sólo, sin mirar a nadie, va a ocupar asiento en la testera. Rumores de desagrado, o de reprobación comprimida, reciben al apóstol.

La sesión se abre, y el debate comienza. Es un proceso, un largo proceso, en que los oradores se disputan la palabra, y en que no cede la destemplanza de los vocablos a la acritud de los conceptos.

Se acusa al señor Mac Iver de tibieza en las batallas partidistas, de defección en la lucha sectaria, de olvidos culpables en la defensa de los principios. A cada momento se espera oír la palabra... «traidor»!

Es aquello una tempestad en que llueven inculpaciones, entre relámpagos de pasión y truenos de aplausos.

El fanatismo sincero de aquellos tribunos jóvenes y vigorosos, trae a la memoria las arengas de los comicios romanos, que bañaban al pueblo en olas de aprobación o de censura.

El señor Mac Iver escucha inmóvil y silencioso, palideciendo a veces. Su único movimiento es el arreglo de sus anteojos, que felizmente velan sus hondas impresiones.

Al fin, al fin, llega su turno.

Levántase, y parece que le costara trabajo mantenerse en pié. Ha estado tan largo tiempo bajo el peso de la tempestad acusadora!!

Comienza a hablar: su voz es débil; percíbeuse apenas algunas sílabas, que parecen separadas por emociones profundas. Pero, poco a poco, su palabra se afirma, toma el eco natural, y va extendiéndose en frases claras, correctas, llenas de sentido, ricas de ideas.

Comprendiendo que al auditorio preocupa la cuestión religiosa, no va sino indirectamente a ella. Expone unas en pos de otras las verdaderas y sanas teorías radicales; y cuando ha demostrado que la libertad de pensar y de creer, es la gran conquista de la civilización; cuando ha convencido de que tales libertades no pueden ser el privilegio de un partido o de una secta, porque son el patrimonio de la humanidad, su palabra elocuente ampara todas las creencias, bajo un manto espléndido de tolerancia.

En seguida se lanza vigoroso contra la intolerancia, y la pinta con los caracteres de las desoladoras epidemias sociales.

Descartada así la cuestión religiosa, el señor Mac Iver lleva a sus oyentes a contemplaciones tranquilas y saludables.

Complace al auditorio recordando con sobria elocuencia la obra que ha realizado el partido radical; y termina entusiasmándolo con la perspectiva risueña de la influencia moral, liberal y social que el partido está llamado a ejercer en beneficio de todos los ciudadanos.

La asamblea presenta en tales ocasiones un bellísimo espectáculo: una tempestad furiosa, y la palabra de un hombre que la deshace, hasta dejar sin una nube el azul del cielo.

Tal es la verdad.

La asamblea que se desencadenó contra el apóstol, comienza a escucharlo con vivo desagrado. Este desagrado se debilita a medida que habla el apóstol, y luego se convierte en atención que crece, hasta hacerse respeto, simpatía, aplauso.

X

Esto es sin duda, honroso para el señor Mac Iver; pero no lo es menos para el partido radical, la prueba de civismo que dan su organización democrática, las discusiones de sus asambleas y el elevado espíritu de justicia que en ella prevalece.

Si la mayoría de los ciudadanos pagara como paga el partido radical, el tributo que debe a los intereses públicos y sociales, la suerte de la República, en cuanto depende los poderes ejecutivo y legislativo, cambiaría sustancialmente.

Cambiaría en beneficio del pueblo.

XI

Hemos dicho que el señor Mac Iver es el único candidato radical que, con fundamento, podría figurar en la próxima elección.

Hemos contemplado sus fases salientes, y lo hemos visto no siempre feliz como estadista, pero notable como pensador, como orador, y como jefe doctrinario de su partido.

La República le debe muchos de sus progresos: especialmente la propagación de ideas de libertad y de tolerancia, y la defensa constante de las instituciones contra los abusos que las desnaturalizan y desacreditan.

La República le debe el ejemplo de una vida honesta y laboriosa, consagrada severamente al cumplimiento de los deberes para consigo mismo, para con la familia, para con el partido, para con la patria.

El partido radical le debe la templanza que evita los excesos, una dirección siempre inspirada por alto civismo, y el reflejo de prestigio que le da el jefe inteligente y virtuoso.

El propósito de unir a los chilenos en los campos del progreso; el empeño de borrar las hostilidades colectivas, nacidas

de la diversidad de ideas o creencias; la consagración a predicar la tolerancia en las manifestaciones del pensamiento, son virtudes cívicas que colocan al señor Mac Iver entre los mejores y más distinguidos ciudadanos de la República.

Si el pueblo lo eligiera Presidente, se divisarían albores de regeneración en el horizonte político.

JULIO ZEGERS.

NOCHE DE LLUVIA

Llueve... Espera, no duermas.
Estate atento a lo que dice el viento,
y a lo que dice el agua que golpea
con sus dedos menudos en los vidrios.

Todo mi corazón se vuelve oídos
para escuchar a la hechizada hermana
que ha dormido en el cielo.
Que ha visto el sol de cerca,
y baja ahora elástica y alegre
de la mano del viento,
igual que una viajera
que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo, amante
con qué avidez se esponjará la hierba!
¡Cuántos diamantes colgarán ahora
del ramaje profundo de los pinos!

Espera, no te duermas. Escuchemos
el ritmo de la lluvia.
Apoya entre mis senos
tu frente taciturna.

Yo sentiré el latir de tus dos sienes
palpitantes y tibias,
tal cual si fueran dos martillos vivos
que golpearan mi carne.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos los dos un mundo,
aislados por el viento y por la lluvia
entre la cuenca tibia de una alcoba.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos, acaso, la raíz suprema,
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

JUANA DE IBARBOUROU.

APUNTES SOBRE LA GUERRA DEL PACÍFICO (1)

- I. La situación política.—Los Ministros del Gabinete de Agosto de 1879.
II. La Legación de Chile en Francia.—Alberto Blest Gana, Capitán de Navío Luis A. Lynch, Carlos Morla Vicuña. III. Intendencia General del Ejército y Armada.—Francisco Echaurren Huidobro.
—Vicente Dávila Larraín.

I

La intensa preocupación pública de los últimos días de Julio y primera quincena de Agosto de 1879, debida a las interpelaciones dirigidas contra el Ministerio que presidió don Antonio Varas cedió, en un tanto, al ser pública la organización ministerial que presidió don Domingo Santa María.

Diversas corrientes de ideas fueron cristalizándose en sus manifestaciones, hasta formar una fuerte opinión pública que dió apoyo al Presidente de la República y al Ministerio para activar su labor en la prosecución de la guerra, a que el país había sido arrastrado, para dominar en el Congreso, para dirigirla procurando extinguir aspiraciones y para imponerse sobre las pasiones de los intereses políticos que los partidos levantarán y sobre los intereses de las facciones que surgieran.

Como acontece de ordinario, en los movimientos políticos parlamentarios juegan todas las pasiones humanas, las que llevan propósitos en bien del país, como las más estrechas y más personales que nacen de creer que se dispone o se cuenta con la opinión, o de tener simpatías o antipatías determinadas, y también de abrigar repulsiones u odios que suele anidar el corazón humano. El estado de guerra no apaga estos móviles humanos. Solo puede esperarse que se moderen en interés del

(1) Estos apuntes forman parte de un Capítulo del Tomo III de la Guerra del Pacífico, quedado incompleto e inédito. (N. de la R.)

peligro que se cierne sobre el país y que la pasión política, en presencia de un Gobierno netamente nacional, se mantenga tranquila permitiendo libre acción para las operaciones de guerra.

Dadas las condiciones en que se hicieron las elecciones, del Congreso de 1879, aunque el mayor número de sus miembros obedecía a criterio liberal, la mayoría de las Cámaras era formada por diversos grupos en que figuraban personalidades cuyo criterio político era rehacio a la disciplina de partido. Al lado de agrupaciones o facciones liberales que obedecían, con solo matices en sus propósitos políticos, a designaciones de errazuristas, liberales de Santa María, radicales, nacionales, había personalidades de figuración pública en razón de su valía personal, aunque de limitada influencia política efectiva, como acontecía con Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y otros. La falta de una estrecha cooperación política entre las diversas facciones y las aspiraciones personales de algunos políticos amparados por grupos reducidos, podían dar mayor efecto a los actos de la oposición conservadora, de fuerzas reducidas, la cual estimulaba los recelos entre personalidades liberales y procuraba halagar y atraerse a unos para derribar a otros.

Cada grupo liberal tenía tendencias y recelos propios. El grupo liberal errazurista procuraba a toda costa mantener su influencia política, que el fallecimiento de su jefe, el ex-Presidente don Federico Errázuriz Zañartu, hacía precaria. La misma acción política de éste durante su gobierno, iniciado con una coalición liberal-conservadora y terminado con una coalición liberal-radical, dábale marcada actuación oportunista, que no levantaba inconvenientes en sus jefes para acordar acción común, ya con conservadores, ya con liberales, ya con radicales tras de pesar en las resoluciones de Gobierno, o para combatir personalidades o caudillos sobre los cuales no esperaba influencia preponderante.

El grupo liberal a que pertenecía Santa María y los radicales, mantenían una mayor cohesión porque obedecían a propósitos mas determinados. Ansiaban reformas que dieran predominio a las instituciones civiles sobre la influencia confesional

que permitía nuestra legislación y nuestra organización administrativa. Ansiaba soluciones que dieran mayores libertades individuales, mayor acción al individuo, sin alterar nuestra severa administración ni permitir perturbaciones del orden público. Podría haber entre ellos quienes quisieran soluciones rápidas o muy avanzadas y quienes juzgaren preferible una acción más lenta, pero más segura para la mejor adaptación de la masa social a sus propósitos; pero en todos, su finalidad importaba una misma acción política.

El partido nacional, de estrecha cohesión personal, en razón de su origen y en razón de su principal propósito, mantener incólume la acción de la autoridad severa y honrada que con duras asperezas había organizado la República, reunía en su seno personalidades que atraían el respeto de la opinión pública. Obedecía, ménos que otras facciones, a principios políticos, pues sus filas reunían políticos de aspiraciones y tendencias diversas dentro del común objetivo de una acción eficaz en el Gobierno de la República. La evolución política del país y la acción misma de los partidos les llevaba a aceptar las soluciones de libertad de los liberales, pero evitando las perturbaciones calificadas de religiosas. Era decisiva en esta agrupación política, la acción de sus jefes como era cierta su adhesión a cualquiera de ellos si se levantaba la figura de alguno de sus miembros. Preponderante y efectiva la dirección de don Antonio Varas, era seguro su apoyo a soluciones liberales como indiscutible su franca y cierta adhesión a sus amigos políticos. Lo sería también la que prestase a políticos de otros partidos, si los nacionales así lo resolviesen. Con Varas, no era dable llegar a soluciones de acuerdo con el partido conservador, dadas las aspiraciones que amparaba y las condiciones en que este partido, desde tiempo atrás, se presentaba en la arena política.

El partido conservador, desde que aceptó la influencia preponderante del Arzobispo Valdivieso, había operado una evidente evolución que lo modificaba y alteraba. Ella lo había llevado a perder influencias en la opinión y fuerzas en el parlamento. Nacido y mantenido este partido con el propósito de mantener inalterable la autoridad en el Gobierno, de ser res-

petuoso y sostenedor de la creencia religiosa reconocida como religión de Estado, hacía clara distinción entre lo que era propio del Gobierno y lo que era propio de la religión que protegía, rechazando la sujeción del poder civil a la acción del clero y de sus jefes. La acción del Arzobispo Valdivieso tendió incansable y sin interrupción a dar predominio e influencia decisiva a las autoridades eclesiásticas en la dirección política del partido conservador que, con justicia, se le calificó de partido clerical. Fallecido el Arzobispo Valdivieso, tomó la dirección de la Iglesia Chilena don Joaquín Larraín Gandarillas, que tenía influencia directa y eficaz en los jefes políticos conservadores como los señores Cifuentes, Walker Martínez, Fernández Concha y otros.

Estas diversas tendencias de los partidos disceña el juego político a que debían obedecer. El grupo conservador se levantaría tenáz cuando surgiera Santa María o sus amigos. Acudiría aún a violencias que de ordinario se levantan sobre base de odio o rencores. Si Santa María y sus amigos llegaron a unirse al partido nacional, que seguía las inspiraciones de Varas y cuyos propósitos, consecuentes con su vida política, le alejaban de los conservadores, la acción de éstos habría de ser más audaz, mas desquiciadora, si ello estaba a su alcance. Unidos aquellos, que necesariamente habrían de ser reforzados por los elementos radicales y algunas otras facciones liberales, reunirían en el Congreso mayoría para sostener un Gabinete con exclusión de los conservadores. Podrían estos últimos mover las pasiones personales de caudillos o las pasiones nacidas, y aún no apagadas, de la lucha presidencial que llevó a don Aníbal Pinto a la Presidencia de la República, y también las de quienes no se encuentran satisfechos, bajo ningún régimen, sino cuando logran imponerse para obtener satisfacción a todas sus exigencias amenazando, si no son atendidos, con incrementar las filas opositoras, pero no podrían haber llegado a formar mayoría para los gobiernos.

Pero todos estos intereses y pasiones políticas tenían un freno en la guerra que envolvía al país. Había pasión política; había también, en esos hombres, amor al país, y bien arraigado en sus almas, para que se sobrepusieran y dominaran

a la pasión política. El patriotismo surgía potente. No fué eclipsado, en algunos, sino cuando otras pasiones humanas, cegando la inteligencia y el corazón, descaminaron criterios que, no obstante, se juzgaban patriotas.

No puede ni debe olvidarse que, en la acción política, los hombres suelen manifestar condiciones muy diversas y suelen formar sus juicios de modos muy distintos. Los hay quienes, sin dominar los problemas entre manos, juzgan más indispensable conciliar voluntades que den situación en los conciliábulos políticos de la capital, en la errada apreciación que, por ellos y en el Congreso, ha de formarse la personalidad política que permita aspirar a la Presidencia de la República. Se procura cultivar notoriedad allí, juzgando que basta, para la opinión del país, discursos de formas, propósitos y alcances que no guardan congruencia con los hechos. Los hay también quienes, apreciando las imposiciones a que obliga un cargo público, pesan la responsabilidad que impone, se creen obligados a entregar toda su inteligencia y toda su energía en servicio de la cosa pública y juzgan que, si bien deben tomar en cuenta las opiniones de políticos y parlamentarios, deben también, para dar base sólida a su obra, procurarse positivo apoyo de opinión pública mediante estrechas relaciones con amigos en todo el país, que les permitan aquilatar aquella opinión que buscan.

En el estado de guerra en que el país se encontraba y dado el desarrollo político que había alcanzado, todas las clases sociales se manifestaban profundamente preocupadas y daban cuerpo y forma definida a los temores por el futuro de la República, a sus aspiraciones de patriotismo, que sobreponían a intereses políticos, y a su anhelo de seria y activa organización para dominar al enemigo. No se escapaba, en toda la gradación de la jerarquía social, que en la guerra con el Perú y Bolivia iba en juego el porvenir de Chile.

El profundo amor patrio se impuso con fuerza incontrastable a la pasión política.

Se vió ello en forma muy clara y muy precisa en la interpelación llevada contra el Gabinete que presidió don Antonio Varas, en los últimos días de Julio y primeros días de Agosto. La manobra política que procuraba un cambio ministerial abortó por-

que quedó en luz que la acción del Gabinete, léjos de ser desquiciadora, había sido tenaz para organizar las fuerzas de Chile y arrojarlas contra el enemigo, dominando hombres y cosas, sin trepidar en el apartamiento de quienes fuesen sus tropiezo, sea por la edad, sea por su carácter, sea por incapacidad para contribuir a la acción comun, sea porque dieran oídos a propósitos partidaristas antes que al deber de patriotismo. La opinión pública, en el Congreso y fuera de él, quería acción eficaz y no justas políticas, porque la primera vencería al enemigo mientras que las segundas podían traerle vencedor. Esta opinión daba amplio apoyo al Presidente de la República cuando buscaba sus colaboradores entre hombres de energía y capaces de considerar antes al país que al partido.

Pero esta misma opinión, que secundaba sin reservas al Primer Majistrado de la República en sus propósitos y en sus anhelos patrióticos y le daba fuerza para supeditar las pasiones políticas, imponía también deberes a los hombres cuya cooperación requiriese el Presidente de la República. Sobre su entrega incondicional al servicio de la República para destruir a sus enemigos, debía haber de su parte abstención en el juego político interno, único medio de dominar las pasiones y ejercer en el Congreso la legítima influencia a que tenía derecho el Gobierno para dirigir los destinos del país. Debían inspirar confianza a esa opinión y debían imponerse por el respeto a los elementos políticos con cuyo apoyo necesitaban contar.

A este doble propósito obedeció el Ministerio de 17 de Agosto de 1879 que organizó don Domingo Santa María, político de actuación conocida, con firme arraigo en la opinión del país, en cuyas provincias todas contaba con decididos amigos que inspiraban ideas y propósitos comunes, de habilidad y honradez por nadie puesta en duda. Era reconocido como hombre de ardiente patriotismo, capaz de sacrificar su servicio otras aspiraciones, y de energía suficiente para dominar hombres y cosas, como recién lo había manifestado en Antofagasta. La opinión le prestaba decidido y amplio apoyo, la cual fué principal elemento que le dió fuerzas para la labor que le incumbió en ese Ministerio. Contaba con la confianza del Presidente de

la República, a quien le unían lazos de estrecha amistad y mútua y positiva estimación.

En esa organización Ministerial, como se ha expresado en ocasión anterior (1), Santa María, no obstante la indicación del Presidente Pinto, aceptada por el Ministro Matte, rechazó la proposición de designar Ministro de Justicia a Luis Aldunate, declarando que no aceptaría en el Ministerio a amigos políticos suyos. Y precisamente lo resolvía así porque su propósito era proseguir la guerra hasta sacar adelante al país sobre sus enemigos, sobreponiéndose a los intereses de política interna y a las exigencias políticas de sus propios amigos. Era también la expresión inequívoca dada a la opinión que le apoyaba, imponiéndola de su determinación de ajustarse a sus exigencias y pidiéndole, dentro de ellas, que le siguiera acordando su apoyo hasta presentar a Chile victorioso y seguro de su porvenir. Santa María, como lo dijo al organizar el Ministerio, exigió la designación de Rafael Sotomayor para el Ministerio de la Guerra y la permanencia de Augusto Matte en el Ministerio de Hacienda. La presencia de Sotomayor se imponía en interés de la guerra misma y en interés político para la acción del Gobierno en el Congreso. La figura de Sotomayor brillaba, quizá no con ardores populares, pero sí con todo el valor que puede dar el criterio libre y sano de hombre de consciencia y de capacidad para apreciar hechos y actos. En las masas mismas, en las cuales penetra la conciencia justiciera, aunque con cierta lentitud, aquella figura se imponía, porque había un hombre, sin fortuna, de severa honradez, que se sacrificaba, y sacrificaba a los suyos, por prestar servicio y concurso en bien del país. Era un hombre sano que, desde antes y en esa ocasión, encarnaba la pasión del patriotismo severo. Se había impuesto en el Ejército por la manera como había contribuido a su organización y como prestaba concurso a sus jefes. En la acción que el Ministerio debía desarrollar, el concurso de Sotomayor, era el concurso leal del amigo y del ciudadano, ardiente en su obra, valiente y decidido en el momento de la acción.

(1) Vease tomo II, *Guerra del Pacífico*, página 488.

Su presencia en el Ministerio traía, políticamente, el concurso del partido nacional dentro del cual ocupaba lugar prominente. No se escapaba que su nombre debía necesariamente ser tomado en los conciliábulos políticos como enseña para la futura campaña presidencial, pues sus amigos nacionales habían de procurar prestigiarlo ante el país. No faltarían otros elementos políticos animados de propósitos idénticos, sea para contrarrestar la acción de los amigos de Santa María, sea en el deseo de procurar expectativas que los favoreciesen. Pero esta situación de ambos políticos que, en circunstancias ordinarias y corrientes de la vida política, podía ser fuente de recelos y luchas partidaristas internas, no afectó a Santa María ni a Sotomayor, ciertos de su amistad, francos en sus mutuos cambios de ideas y propósitos y seguros del patriotismo de cada uno, a cuyas inspiraciones cedían. Las suspicacias y los intereses heridos de sus amigos políticos no les afectaron, en ningún momento, ni les perturbaron en su acción, no obstante las quejas y las exigencias que ambos recibían. No dejó de verse, vencido el enemigo en Tarapacá, la trama de intereses políticos y personales que, formada en Santiago, buscaba eco en el norte para perturbar a esos dos hombres sobre quienes, en estrecha unión con el Presidente de la República gravitaba el porvenir del país. Toda acción fué inútil. Todo soplo de desconfianza, toda insinuación sobre aspiraciones futuras se estrelló impotente ante el patriotismo y ante la profunda y severa amistad de Pinto, de Sotomayor y de Santa María.

Sin dificultad alguna, fué aceptado para Ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Luis Amunátegui, indicado por el Presidente de la República. Amunátegui había tenido amistosas relaciones con Pinto y con Santa María, desde los tiempos de colegio. Las había mantenido con Pinto, no obstante la recién pasada campaña presidencial en que se había presentado como candidato, compitiendo con Pinto en la Convención Liberal. Con Santa María habían sido estrechísimas, aunque perturbadas políticamente durante la administración de don José Joaquín Pérez. Amunátegui, por su clara inteligencia, desempeñaría con acierto el Ministerio que se le encargaba, si le consagraba la labor propia de un hombre de trabajo, como lo era,

ajustándose a las determinaciones del Presidente y de sus colegas. Amunátegui no puede ser calificado de político, a pesar de haber figurado, desde atrás, en la vida pública del país. Su obra, como tal, no le atraía ni le daba partidarios ni amigos, ni formaba o arrastraba opinión. Podía contribuir a un Gobierno, pero no podía organizar uno. Su actuación como escritor, que honró las letras nacionales, y su inteligencia, propiamente mas organizada para la labor literaria en todas sus facetas, le daba elementos para llegar a la representación nacional, en la cual le correspondía justo lugar y en la cual, con sus maneras fáciles, encontraría medios para desarrollar su influencia. No era, así, político que mueve hombres y pasiones; pero sí era político que ejercía influencia en los elementos del Congreso y de la Cámara de que formaba parte para apoyar a un Ministerio o para entorpecerle en su acción.

Llevó al Ministerio de Agosto concurso político, ya que su presencia contribuía a dar cohesión a los elementos liberales del Congreso.

Igual concurso y de los mismos elementos traía al Ministerio Augusto Matte, de claras y acentuadas ideas liberales. Había llegado a la Cámara en edad temprana y se había mostrado enérgico y tenaz para vencer las dificultades que se le opusieran, a fin de obtener en el parlamento la influencia necesaria para adquirir la situación política a que aspiraba, influencia que requiere facilidades y precisiones en el uso de la palabra. No llevaba el concurso de político que arrastra opinión en el país. Como Amunátegui, su influencia se ejercía en amigos o grupos políticos de las Cámaras, del todo afines con los que daban apoyo al primero. Llevaba también una otra cooperación al Ministerio, tanto o más importante que la adhesión política de sus amigos: sus conocimientos y su versación en hacienda pública, unidos a la más severa honradez, reconocida a tal punto que no alteraba la confianza que en él se hiciera, ser socio y director de una de las firmas bancarias de Santiago de ese entonces. Santa María había exigido la continuación de Matte en el Ministerio de Hacienda, porque como organizador del Gabinete, necesitaba en esa repartición, severa honradez y severa fiscalización que debían ser mucho mayores en el estado de

guerra. Matte era garantía de correcta administración de los caudales públicos.

Completaba el Ministerio don José Antonio Gandarillas, Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago de la cual era Regente Santa María. De severo y recto criterio para aplicar la ley desde su sillón de Juez, pasado el dintel del Palacio de los Tribunales de Justicia su criterio desaparecía en la política. Entero y tesonero en la labor, Gandarillas era colaborador eficaz aún con sus defectos de carácter que, si hasta cierto punto, podían facilitar la acción del Gobierno en las circunstancias de activar trabajos y borrar obstáculos, podían concurrir, a veces, a dificultarlo o a hacerlo penoso.

Gandarillas, no obstante, su inteligencia, no atribuía nunca móviles levantados a las acciones humanas. Su espíritu no comprendía sino el interés como móvil de los actos de los hombres y su inclinación natural lo llevaba a juzgar y buscar el móvil interesado a que obedecían. Llegaba hasta formas hirientes cuando apreciaba actos remunerados o de interés comercial haciendo ásperas las relaciones con las personas que hubieren de entenderse con él. Esta desgraciada condición de su espíritu influenciaba también sus relaciones políticas. No creía en el desinterés político de los hombres, de manera que en todo acto, en toda resolución, su espíritu buscaba, incurriendo con frecuencia en error, el móvil interesado a que obedecía.

No reconoció a Varas, en su Ministerio, el móvil patriótico a que obedeció. Fué obrero infatigable entre sus amigos políticos para minar al Ministro del Interior del Gabinete de Abril de 1879, pregonando la influencia preponderante de los nacionales y las ambiciones de Varas, entronizados los cuales en el Gobierno, los liberales debieran considerarse perdidos. Su acción suscitó desconfianzas en muchos y pudo, no poco, en las apreciaciones de Jorge Huneeus, Ministro de Justicia en aquel Gabinete, con quien guardaba amistosas relaciones. Santa María, al organizar el Ministerio que presidió, ignoró esta acción de Gandarillas: sólo la conoció más tarde. Consignó en sus apuntes que, a haberla sabido, no le habría aceptado por colega en el Ministerio.

Gandarillas traía al Gabinete el apoyo del grupo liberal errazurista.

Conbinado así el Ministerio de Agosto de 1879, sobre la base política a que Varas no se creyó llamado, es decir, un Ministerio político que contara con amplia mayoría en ambas Cámaras reunió sobrada mayoría desde que solo quedaban en la oposición los reducidos elementos conservadores. Contaba este Gabinete con un otro elemento poderoso de ayuda, además de la confianza del Presidente de la República. Era el apoyo decidido de la opinión pública que daba amplia confianza a la energía, a la tenacidad y al patriotismo de este último y de las dos principales figuras de ese Ministerio; Santa María y Sotomayor. Prestaban amplia seguridad de que su patriotismo, y con ellos el de los demás Ministros, contribuiría eficazmente a la acción que requería el país. En ello la opinión consciente no sufrió equívoco.

Es del caso recordar que, no obstante la violencia de las manifestaciones de los conservadores en las interpelaciones al Gabinete presidido por Varas, tras de quien procuraban herir a Santa María, sus corifeos en las Cámaras enmudecieron y callaron, porque no se les escapó que persistir en sus ataques, sobre herir hasta los propios sentimientos de patriotismos, era enagenarse toda opinión consciente con grave desmedro de su partido. La actitud tranquila del Congreso, que dió apoyo al Gabinete y permitió la labor intensa de los Ministros, comprobó la fuerza política del Ministerio que presidió Santa María. En poquísimas ocasiones concurrió éste a las sesiones de las Cámaras. En esas pocas veces, los miembros de estas llamaban la atención a esta inasistencia, tan escasa, porque pocas veces les era permitido dirigir sus peticiones al Ministro del Interior. Nadie, ni aun entre los mas tenaces opositores, formuló ni pretendió formular cargos al Ministro del Interior por su ausencia en las sesiones.

Robusteció la influencia política de Santa María, el encontrarse solo, políticamente, a merced de sus colegas liberales: Amunátegui, Gandarillas y Matte. Santa María dominaba merced a su inteligencia y patriotismo, a sus cualidades políticas superio-

res y a su decidido propósito de no hacer política, en el sentido vulgar de procurarse elemento de apoyo, sino de dedicar todos sus esfuerzos a la guerra. Durante todo su Ministerio, no tuvo discusión ni tuvo disidencias con sus colegas en razón de designaciones de personas para cargos públicos u otros actos que pudieron apreciarse como preparación de futuras aspiraciones políticas.

No faltarán, sin embargo, quienes, con estrechez en sus apreciaciones, crean y afirmen que todo acto, toda resolución debía llevar envuelta la preparación de una futura Presidencia. Todavía le sostendrán, aunque el tiempo y los hechos lo desmienten. Olvidan que no lo habrían tolerado el Presidente de la República y mucho menos los tres Ministros liberales que no eran amigos políticos de Santa María. El Gabinete se habría encontrado en crisis inmediatamente. Para apreciar los actos políticos de los hombres públicos, siempre será preciso aquilatar, con cierta severidad, si la situación que adquieren en la opinión consciente, como en la numérica, que puede llegar a traducirse en acción electoral, obedece a condiciones propias que se ponen en ejercicio, a servicios que se prestan al país con desinterés y eficacia y al hecho de poner de relieve aptitud y capacidad para tomar en sus manos la dirección de los negocios públicos, o bien, si la situación que buscan o a que aspiran se pretende formar sin apoyo efectivo de opinión y de amigos políticos y partidarios, sino mediante combinaciones de los solos grupos políticos de las Cámaras, tras de obtener la dirección del Gobierno imponiendo a personalidades que si bien tienen méritos personales, carecen del apoyo que les dá la opinión y de elementos de partido que les permita dirigir y resolver los negocios del país entregados a su inteligencia, en vez de ser, en los mas de los casos, eco de las aspiraciones y de las resoluciones de quienes dirigieron la combinación política que les elevó. Así suele con frecuencia, perderse de vista el interés del país, que debe ser la norma del gobernante, para haberle supeditado por los ciegos y ásperos intereses de los compromisos y de las aspiraciones políticas personales.

Ante el tiempo transcurrido, no se podrá decir con verdad que Santa María no tuviese personalidad política propia, que

no contase con apoyo positivo de opinión y de amigos y que no hubiese prestado positivos y desinteresados servicios al país. Es claro, y era de toda evidencia, que sus actividades y sus servicios, tenaces y positivos en la guerra con el Perú y Bolivia, le daría una mas amplia base a su situación política y una mayor fuerza en la opinión y en la masa electoral, que la que dispuso en Marzo de 1879 cuando luchó, con eficacia, contra la acción del Ministerio que presidió Belisario Prats, pues llevó al Congreso a todos sus amigos.

El acrecimiento de la personalidad política de Santa María era inevitable, como lo era la de Sotomayor, por su estoica y laboriosísima estada junto al Ejército, en lucha diaria e inmediata con hombres, cosas, prejuicios y recelos, fomentados a diario desde Santiago.

La natural condición humana en las luchas políticas, con la especial forma en que se organizó el Ministerio de Agosto de 1879, daba a éste, en ciertas situaciones, evidente debilidad que podía llevarle a su disolución. Era acción de la oposición conservadora y de las aspiraciones políticas de los grupos o facciones, oponer vallas a la persona política de Santa María, que veían acrecentarse e imponerse sin contrapeso posible. Había de echarse mano del medio, fructuoso de ordinario, de provocar recelos entre los dos hombres cuyas figuraciones se levantaban: entre Santa María y Sotomayor. Los interesados en ello no cesaron de provocar e incitar a los amigos políticos de ambos, algunos de los cuales, apesar de sus aspiraciones y lealtades políticas, no trepidaron en hacerse eco, inconcientes o nó, de los recelos que se procuraba suscitar. Esta acción fué ineficaz. Se estrelló contra la amistad mútua y la profunda estimación de ambos, cuyo norte único, en ese Ministerio, fué servir al país y llevar vigorosa la guerra para dar el triunfo a las armas de Chile.

Ineficaz este medio, persistió silencioso pero vivo, humano también, para mantener y fomentar, en el norte, en el Ejército y en su organización, como en la Armada, en la medida que fuese posible, recelos, aspiraciones, quejas e incitaciones a resistir la acción de los hombres de Gobierno que habían llevado al Ejército y a la Armada a la victoria y le empujaban y alen-

taban a nuevas acciones gloriosas. En el país, como en Julio y Agosto de 1879, se fomentaba el recelo político, se criticaba y se motejaba a unos porque parecían ciegos, a otros porque se resignaban a servir de escalón para que otros ascendieran y no faltaba quienes fomentaron aspiraciones personales, asegurando imposibles concursos para oponer a Santa María resistencias a supuestos propósitos que en ese tiempo no tuvo. Esta campaña sigilosa fué más recia después del fallecimiento de Sotomayor, que desorientó a sus amigos, los nacionales, y provocó mayores actividades en la oposición. Ciertos políticos de Santiago no podían convenir en que la figura política de Santa María surgiese por sí sola, por sus solos servicios al país, sin necesidad de ayuda y sin necesidad de los medios usuales en las campañas políticas. Criterios estrechos y de limitados conceptos no trepidaban en insinuar que el Ministerio del Interior había sido aprovechado por Santa María para prepararse una futura candidatura. Olvidaban que, en el sincero deseo de dedicarse a la guerra y no preocuparse de política interna, había ido solo al Ministerio y que no tenía a su lado amigo político alguno; no trepidaban en censurar de hecho a sus tres colegas en el Ministerio, Amunátegui, Gandarillas y Matte, porque hubieran tolerado la acción política de éste, si hubiera sido cierta, y se censuraban a sí mismos porque muchos de entre ellos, habrían podido suscitar en el Congreso aclaraciones sobre ese particular.

La verdad es que Santa María, como lo prometió y afirmó, apagó todo propósito de política interna, toda aspiración personal, reduciendo su acción a mantener la mayoría liberal que el Gobierno necesitaba y a no modificar la situación política de los liberales. Y ello era condición precisa para mantener el Ministerio. Si los propósitos y acción de Santa María hubieran sido diversas, el Gabinete que presidió se habría disuelto de inmediato.

Desde el momento que los recelos y las aspiraciones tomasen raíz en los círculos liberales de los Ministros, o en ellos mismos, o desde el momento que hubiera cualquiera fricción entre ellos, era claro que el Gabinete quedaba expuesto a su disolución, sin que mediara acto alguno político, no obstante la amplia confianza que el país le otorgaba. Esta era su positiva de-

bilidad sobre la que se impusieron la personalidad de Santa María, la de Sotomayor y el propósito de ambos de desentenderse de la política interna. A Sotomayor, tanto en Santiago como en el Norte, le imputaron actos políticos y preparación de futura candidatura, en la cual no pensaba.

Ya, en ocasión anterior, (1) he dejado constancia de mi profunda convicción. Pudo Sotomayor haberse impuesto como candidato a la Presidencia de la República, de la misma manera que, a principios de 1881, se impuso Santa María. La candidatura militar del General Baquedano le resolvió a lanzarse en la lucha; pero, en caso alguno, habría ido contra Sotomayor, como éste no habría ido contra aquel.

Al considerarse los actos del Ministerio Santa María-Sotomayor es preciso no perder de vista la situación política de los Ministros ni la situación política del país.

II

Es deber consagrar justiciero recuerdo a elevados funcionarios públicos que prestaron valiosísimos servicios, en estrecha relación con nuestra Armada y con nuestro Ejército, si bien no entra en el plan de esta obra, considerar en detalle estos servicios dignos de estudio.

Arrastrado Chile a la guerra sin preparación ni armamento, fué tarea primordial armarse y suministrar a la fuerzas de la República los elementos de que habían menester. Para ello era imperioso recurrir a Europa y valerse de los representantes de Chile en el exterior. Cupo la pesada labor a la Legación de Chile en Francia e Inglaterra. Era su jefe don Alberto Blest Gana, era su Secretario don Carlos Morla Vicuña y era su adicto naval el capitán de navío graduado don Luis A. Lynch. Sobre estos tres hombres pesó toda la labor y toda la responsabilidad.

La Legación hubo de atender los pedidos de fusiles Comblain; de municiones para infantería por no pocos millones; de municiones para los buques de la Armada; de pólvora para toda clase de municiones; de piezas de artillería con su amu-

(1) Véase tomo I, *Guerra del Pacífico*, página 21.

nicionamiento; de vestuario, correaes, armamento menor y de todo lo que el Ejército y la Armada requiriesen.

Proveer a la remesa al país de todo este material requería burlar las diligencias enemigas. Era preciso debelar también los propósitos peruanos de adquirir elementos navales. Así, la tarea del agregado naval, Lynch, exigió esfuerzo formidable. Debía atender al estudio de planos y despues a la construcción de buques encargados por Chile, que se construían en Inglaterra, como a la remisión de municiones, de fabricación inglesa igualmente, que consumían nuestros buques en campaña activa. Y cuando estas tareas le ocupaban, le era preciso dirigirse a Bélgica para revisar fusiles que se entregaban, o a Alemania para recibir artillería, o a Turquía donde se anunciaba probable la venta de acorazados al Perú, o a Italia tras de impedir o entorpecer igual clase de negocios. Luis A. Lynch hubo de permanecer en perpétuo movimiento. Cumplió la pesada labor con tenacidad, oportunidad y patriotismo.

Carlos Morla Vicuña fué para la Legación el hombre de rápida visión y de oportuna acción para que el enorme material de guerra se reuniera en los puntos preparados para su embarque, se embarcara y saliera rumbo a Chile. Fué brazo, y brazo seguro, para su Jefe en la labor diplomática y para el adicto Lynch en lo que era de competencia técnica.

Pero la acción de estos hombres recibía inspiración y dirección de su Jefe, Blest Gana, cuya actividad y cuya labor fué sostenida por ardiente amor al país. Se requerían los recursos de su inteligencia y todo lo relativo a la labor bélica, que le imponía una diaria y vigilante atención en la parte económica de estos servicios, pues el Gobierno cuidaba celosamente de la inversión de fondos, era mucho mas violenta la requisición de sus cualidades de diplomático para llevar los derechos de Chile al conocimiento de cada Gobierno, para debelar la acción diplomática del Perú, principalmente, y para resguardar a Chile de la acción de los Gobiernos de Francia e Inglaterra, que se veían asediados, y a veces arrastrados, por los intereses de particulares en los guanos y salitres. Blest Gana debía, muchas veces, adelantarse para prevenir sucesos y acciones. Desde los primeros meses, se precisaba la figura del negociante y espe-

culador francés Dreyffus, tras del Gobierno de Francia, cuyo Presidente era y continuó siendo el abogado de aquel inescrupuloso negociante. En Londres se agitaban los tenedores de bonos de guano a quienes, como a su Gobierno que les amparaba, era preciso llevar a soluciones que respetaran la acción y las resoluciones de la República de Chile, sirviendo a la vez de elemento de defensa contra las pretensiones de Dreyffus, tan fuertemente sostenido por el Gobierno francés y por el dictador peruano Piérola, interesado en las especulaciones de aquel.

Precisábale, a la vez, vigilar, estrechamente hasta cierto punto, al Gobierno Italiano, ante el cual adquirían influencia elementos peruanos de afinidad italiana, y en donde tan fácilmente habrían de encontrar amparo, mas tarde, los peruanos mismos que colocaron sus bienes bajo el resguardo de nombres italianos.

La labor diplomática de Blest Gana fué eficaz y vigilante. Cumplió con sagacidad, con intelijencia los propósitos de su Gobierno, dominó las cuestiones materia de su actividad, dando ocasión, merced a este dominio, a formular indicaciones y proposiciones sobre ellas del todo acertadas que facilitaron la acción de nuestro departamento de Relaciones Exteriores, y también del de Hacienda, en cuanto a mantener el crédito de Chile y a gestionar las medidas sobre provisión de fondos en Europa.

Es justicia, y amplia justicia, unir a los buenos servidores de Chile durante la guerra de 1879, los nombres de Alberto Blest Gana, de Carlos Morla Vicuña y del capitán de navío Luis A. Lynch. Su intelijente y mútua cooperación fué la de buenos patriotas hijos de Chile, que levantaban de espíritu, amaban sus esfuerzos y los dirigían en bien de la patria en peligro. Rindamos severo homenaje a su memoria.

III

Merece recordarse también a la Intendencia General de Ejército y Marina. Organizada para obtener provisión amplia y oportuna para las fuerzas de la República, sus Jefes efectuaron labor patriótica, severa y honrada. Su tarea era en extremo

ardua y pesada. La República había carecido en el hecho, del servicio de provisión para nuestras fuerzas armadas. Fué preciso organizarlo todo, hacer funcionar sus rodajes, muy principalmente inculcar a sus servidores conciencia del grave deber que les incumbía. Una vez movido el ejército, su vida y su acción eficaz dependería de su actividad, de su espíritu de sacrificio, y de la eficacia de su labor, que exigiría llevarla al extremo.

Y sobre esta continuada acción, surgía otra no menos seria y grave: la defensa del interes fiscal que era preciso poner a cubierto de inscrupulosos y de especuladores. El Gobierno daba ejemplo en vijilar estrechamente la inversión de los caudales públicos y exigía igual vigilancia a sus subalternos.

Fué el primer Intendente General de Ejército y Marina don Francisco Echaurren Huidobro, que a una profunda honradez y espíritu de sacrificio, unía tenaz deseo de servir. Era hombre de orden y de disciplina como lo demostró durante el desempeño de la Intendencia de Valparaíso, durante la administración del Presidente Errázuriz Zañartu. Tanto por su edad, entrado ya en años, como por sus condiciones de carácter, solía encuadrarse tenazmente en cierto formulismo de administración y solía faltarle ductibilidad y rápida concepción de las situaciones y los sucesos para adaptar a ellos la acción de la Intendencia a su cargo, que debía habilitarse para seguir incondicionalmente los movimientos del Ejército y las determinaciones del Jeneral en Jefe sin cuidarse de formulismo administrativo y sin esperar detalladas prevenciones. La Intendencia de Ejército necesitaba, como obligación muy principal, encontrarse, en todo momento, con personal y elementos disponibles para atender de inmediato, cualquiera exigencia, cualquiera necesidad para que se le requiriera.

Cúpole a Echaurren Huidobro duro período de trabajo y análogas condiciones para desarrollar y organizar el servicio a cuya cabeza fué colocado. Todo su esfuerzo fué anulado en el Cuartel General de Antofagasta por las disposiciones del General Arteaga, que, deliberadamente, desconocía y contrariaba las disposiciones de la Intendencia de Ejército, hasta el punto de imposibilitar toda acción a los delegados allí constituídos e

impedir toda organización y toda fiscalización sobre sus suministros.

A pesar del tesón y de la paciencia de que dió prueba el Intendente de Ejército, nada logró en el Norte de sus propósitos de orden. Cuando retirado Arteaga, empezaba a darse forma a la organización de la Intendencia de Antofagasta por Sotomayor y Máximo Lira, delegado de la Intendencia, Echaurren Huidobro presentó la renuncia de su cargo con fecha 16 de Agosto de 1879, aún no resuelta la crisis ministerial, desarrollada durante la primera quincena de ese mes.

Fundaba su renuncia en su acción ineficaz en el Norte, refiriéndose a los tropiezos allí levantados, que no eran otros que los resultantes de las disposiciones del General Arteaga, que necesariamente habrían de desaparecer con su retiro del mando del Ejército del Norte. Echaurren Huidobro invocó una y otra circunstancia. No aceptaba las resoluciones del Gobierno sobre futuras expediciones e indirectamente formulaba queja porque nada se le había significado al respecto, lo que estimaba como agravante para él. Se refería a noticias privadas que afirmaba tener de muy buena fuente.

Hasta la fecha de su renuncia, no había otro acuerdo de Gobierno que expedicionar sobre Tarapacá. No había ni podía haber, mucho ménos en plena crisis ministerial, plan acordado y concertado sobre las diversas operaciones que necesitaría una campaña a Tarapacá, ni aún se había fijado el número de hombres necesarios para esa campaña. Resultaba así del todo infundado este antecedente que daba su renuncia. Solo puede juzgarse que no aceptaba la expedición a Tarapacá, resuelta por el Gobierno el 9 de Julio.

Pero, a la vez, aparecían anómalas las apreciaciones consignadas en esa renuncia que no correspondían a quien no tenía participación en el Gobierno y a quien, como Jefe de la Intendencia, solo correspondía prestar activo y decidido concurso a las resoluciones del Gobierno.

Resultó así que la patriótica labor de Echaurren Huidobro fué perturbada por estas apreciaciones, a las que es preciso agregar que sus años, y, probablemente las condiciones de su

carácter, lo habrían imposibilitado acaso para dirigirse al Norte, cuando el servicio lo requiriese.

La renuncia del cargo presentada el 16 de Agosto de 1879, fué aceptada. Fué reemplazado por don Vicente Dávila Larraín, que lo desempeñó desinteresadamente.

Dávila Larraín, formado en escuela de trabajo donde había aprendido a dominar y a organizar hombres, era hombre de negocios a la par que empeñoso y distinguido agricultor, en la plenitud de las fuerzas de la vida. Llevó al desempeño de su cargo la más inteligente actividad y secundó, en amplia forma, la correcta administración e inversión de los dineros del Estado, logrando una organización cada vez mas en armonía con la grave responsabilidad que pesaba sobre esa rama del servicio del Ejército. Dávila Larraín fué en la Intendencia del Ejército y Armada, muro que contuvo, sin cejar, a negociantes y especuladores que bregaban por negocios que es más oportuno no calificar. Presidente y Ministros entregaron su confianza al Intendente de Ejército y no quedaron defraudados.

Debe unirse al recuerdo de los Jefes de la Intendencia de Ejército la de subalternos que cumplieron sus deberes silenciosa y tenazmente. Don Juan de Dios Merino Benavente, Jefe de la Comisaría, fué vigilante tenáz e imperturbable de la inversión de fondos y de la corrección de los procedimientos para contrarrestar e impedir los fraudes.

En las delegaciones de la Intendencia tuvieron importantísimo desempeño Máximo Lira, en la campaña de Tarapacá, como Hermógenes Pérez de Arce en la de Lima, donde puso de relieve sus notables cualidades de organizador y su férrea voluntad para sobreponerse a contratiempos, errores o desidias.

Sería largo enumerar a tantos que pusieron su inteligencia y voluntad al servicio, pasivo, pero tan indispensable y eficaz, de la Intendencia de Ejército. Sea su timbre de honor que, allí donde las cifras de negocios fueron, como debían ser, de las mas elevadas, ni jefes ni subalternos fueron mas ricos ni tuvieron mas, después de servir, que ántes de formar parte de esa dependencia de los servicios del Estado. Como en toda

organización humana, hubo faltas; pero fueron reprimidas severamente por los Jefes.

Cuando pueda exhibirse y se estudie en detalle las inversiones de la Guerra del Pacífico, habrá de brillar la corrección y la cautela con que se efectuaron las inversiones y los gastos que ella requirió. Será un timbre más para la severa administración del honrado Presidente Pinto y de los hombres que cooperaron a su Gobierno.

IGNACIO SANTA MARÍA.

GOYITO

Caín rayos de luna sobre el grotesco Pierrot... Sentado en las gradas de piedra que circundan la casa de campo hablaba con su voz gutural y cascada... Un grupo festivo de muchachos se deleitaba en oír la palabra balbuceante del insano a veces alegre como cascabel, a veces triste... lenta, con la congoja del impotente que narra sus desventuras en un ambiente de cariño.

La emoción le hacía temblar las palabras... recordaba los días de miseria que pasara antes de llamar a la puerta de nuestra casa, después que murió el Amo viejo, aquel gran señor de la caridad que un día lo recogió al pasar por el pueblecillo, cuando una legión de pilluelos lo perseguía a pedradas y lo hacían blanco de odiosas burlas.

—Porque me veían débil y *desamparao*—gemía Goyito.

Pero desde entonces tuvo pan, techo y trabajo...

—Hasta que *Taita* Dios se lo llevó!...

—¿Y lo echas menos?

—Como no *lu* hay de *echal patrón*. *Nunquitita* me acuesto sin *rezali un Paire Nuestro*.

—¿Y qué fué de ti después?

—!Yo *qué se pus patrón!* *Lo fuí acompañalo ar pantión* con los grandes *siñores que iban dia pie...* *Espues* ni supe...

Desorientado por el cataclismo y zumbándole en el cráneo la pena, comenzó a vagar por las calles, sin rumbo. Habíanle recogido al Hospicio...

¡Nadie pensó en él!... Y cosa curiosa; fué tal su desesperación al verse entre insanos que a los pocos días se fugó del asilo.

—*¡Ay siñol se m'iscarapela el cuelpo cuando m'iacuerdo!*... unos gritaban como gansos, a otros se les quiea la baba!

La cara de Goyo refleja un gran horror... Ante sus ojos pasan los recuerdos que lo impresionaron con pasmosa realidad, digno de la pluma de Zola, el narrador de las miserias putrefactas... Nada se ha borrado del espectáculo macabro del Hospital: es su obsesión.

—¿Y por qué no te viniste inmediatamente a buscarnos?

—¡Ay *patrroncito!* tenía *mieo*... de *toítas* partes *mi* echaban *comu* a perro sarnoso... Pedía *trabajo*, me *vorvían* la cara y pegaban unas *risáas!*...

—¡Pobre Goyito!— exclamaron en coro los muchachos.

Y para borrar el mal recuerdo le ofrecieron cigarros y algunas *chauchas*.

¿Cómo llegó a casa?

Era una mañana de invierno rigurosa, menuda llovizna empañaba el aire como velo de nieve... Allá al frente de la puerta de calle en uno de los bancos de piedra de la Alameda, divisaron mis hijas al salir a misa, un bulto envuelto en luengo capote obscuro... Verlas y saltar como movido por un resorte, todo fué uno. Avanzó unos cuantos pasos, pareció vacilar y por fin quedó petrificado... Al siguiente día se repitió la escena y creyeron, las chicas, reconocer a Goyito el idiota, y le hicieron señas de acercarse.

Como perro castigado, la cola entre las piernas y gachas las orejas, que vuelve a su dueño en busca de la limosna de cariño, Goyo avanzó... y a medida que se acercaba, el alma le volvía al cuerpo... Hacía pierrotescas genuflexiones... hincaba una rodilla en tierra, doblaba el dorso hasta topar la frente en el suelo... en una mano el sombrero, batía la otra en el aire como bandera de buque naufrago...

—¿Qué te pasa, Goyito?

—*Tengu hambre, patrroncitas*... —y soltó el trapo a llorar— *nu hay comío esde* que me senté allí en *aquer* banquito, no mas que *piacitos* de pan que me tiraban de limosna...—sollozaba como niño huérfano.

La verdad, se nos mete al corazón sin rodeos... aquel gemido de un ser incapaz de malicia tenía el acento clamoroso de las campanas que tocan a agonía... Traducía un estado de desamparo tal que hacía pensar en el recién nacido que se aban-

dona en el torno de la Inclusa... porque el trabajo del infeliz idiota nadie lo valorizaba... su mente en tinieblas, no sabía hilvanar embrollos, eje sobre el cual gira el valor personal...

Al traspasar el dintel de la casa de la hija del Amo viejo, Goyito sintió que llegaba al fin a puerto. Paul de Saint Victor, dice que en Oriente se concede al idiota el dón de la doble vista. Los seres desprovistos de la facultad de razonar, están mejor dispuestos para recibir las impresiones que palpitan en el ambiente.

La cara de aflicción de Goyo, huraña, mirando de reajo, reflejaba ahora las emociones cariñosas que lo envolvían y vibraba de gratitud...

—Vamos adonde la mamá,—dijeron las chicas conmovidas.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... aquí viene Goyito muerto de hambre y de frío...—Déjelo aquí!—imploraban en coro.

—¿Te quieres quedar con nosotros?

—*¿Nu hay de querel?*—respondió aferrándose del brazo de mi sillón, cual si se viera amenazado de recomenzar su vida atormentada de privaciones sin cuento...

Y paseaba sus asombrados ojos de uno a otro, esperando la sentencia. Al vernos sonreír de compasión, estalló en carcajadas... una alegría incontenible se había apoderado de su sér... histéricas convulsiones lo estremecían de pies a cabeza... Se detenía un instante y la risa recomenzaba con mayor violencia... Aquella mente en perpetua infancia, pasaba del dolor a la alegría sin saber por qué...

Las penas de Goyito se habían quedado allá en el banco de piedra de la Alameda... y ahora, acariciado por oleadas de conmiseración, se sentía poseído de felicidad... Las fuerzas positivas en contacto con la total negación, le producían la suprema dicha...

—¡Entendido! ¡Te quedas con nosotros!

—¡Manuela!—grité a mi doncella—llévate a Goyito a la cocina, le das de comer hasta que se harte...

—¿Y qué es esto?—preguntó la criada ocultando la risa con la punta del delantal—¿es cristiano u es...

Un gesto de reconvención no le permitió concluir la poco caritativa interrogación, explicable por demás.

Goyo «se buscaba y no se encontraba», tal era la plenitud de satisfacción que lo invadía. Siguió a la buena Manuela, con su «tranquito de oso amaestrado», como decía V. Todo le llamaba la atención, volvía la cabezota, batía las manazas torpes y nos enviaba saluciones... El chubasco de preguntas de que era objeto, caían en el vacío: Goyo, en ese momento, no tenía más idea en la cabeza que la de reír... reír... Era el eco de la propia voz interior!... Su cerebro, como guitarra, musitaba zamacuecas... y el globo enorme de la cabeza bamboleaba...

Tenía de mono y de enano: la caja del vientre caía sobre las piernecillas cortas... todo aquel corpachón fabricado a la rústica, medía un metro veinte de alto y descansaba sobre los cimientos de unos pies de mono, cuyas puntas se tocaban al andar... El pelo erizado enmarcaba la frente hecha de dos arrugas... Los ojos, perdidos entre el capote de los párpados, no tenían brillo... la nariz, apelotonada; y para complemento de tanta perfección, una boca con los labios trompudos, que al reír no parecía sino que se destapara una caja de sorpresas, mostrando el gesto monstruoso de un enano...

Y Goyito quedó agregado a la servidumbre jubilada.

Es lo único que nos resta del grupo de inválidos que se refugiaban a la sombra del gran corazón del Amo viejo. Grupo triste, repulsivo, abandonado de los humanos.. que no piensa, pero que siente!

En el alma del idiota, vive su memoria aureolada de santidad... y los pobres ojos se humedecen de llanto al evocar su recuerdo!

Goyo es la «mascota» de la casa. Su figura de Pierrot contrahecha, parece un enigma doloroso que se pasea a tientas por la oscuridad del sendero...

Verlo atravesar el hall, llevando de la soguilla al enorme galgo ruso, altivo, ágil, hermoso y pleno de fuerza como una burla del destino contrastando con el contrahecho idiota, evoca los enanos del insigne Velázquez.

En las festividades Goyo se echa al cuerpo los lujos de su baúl: medallas, cintas, bandas y demás insignias de hermandades religiosas: la cruz de acero, recuerdo de la Misión de Santa Rita, del año tal; el rosario de concha, regalo del Amo viejo; el

otro de aceitunas de Jerusalén, que le *trocó* al hermano limosnero de los Santos Lugares; la medalla de socio de San Luis Gonzaga, etc., etc.

La gravedad que se deja admirar en su traje dominguero, cargado de amuletos, le da aspecto de ídolo japonés. Manojos de escapularios y medallas asoman grasientos por la pechera desabotonada de la camisa...

—¿Y esto, Goyito, qué virtud tiene?

—Es la *mealla* e San Benito, *patrona*, *pa qu'el* malo no *m'ingulla*.

Y su voz tiembla, poseído del temor de que, junto con desaparecer de su cuello la medallita, se abrirá la tierra y una legión de demonios darán cuenta de él...

Lleva dentro del cráneo un acopio de ideas rancias de castigos eternos por «quítame esas pajas», eficaz incentivo de moral para su falta de discernimiento.

Su Dios es pobre de espíritu, iracundo, pequeño. En la Misión oyó decir que «expiaba el momento para castigar a las almas», y Goyo renueva, desde entonces, sus propósitos de enmienda, y asegura la huincha de la medalla de San Benito contra las tentaciones...

¿Quién creará que la conversación del idiota, transporta la imaginación a los salones coloniales? Su oscuridad mental encarna el antiguo régimen plagado de buenas intenciones, recordado por el temor del infierno y por esa credulidad enfermiza que detenía al vuelo espiritual, preso en las doctrinas exageradas de los teólogos de aldea, empeñados en encerrar la infinita grandeza de Dios en el marco finito de la justicia humana, en vez de mostrarnos sin velo al Dios enamorado de su creatura sacrificando a su único Hijo por salvar a la mísera creatura!...

Alcancé a oír allá en mi niñez los *casos* milagrosos que se narraban con santa compunción y que corrían de boca en boca desde los tiempos de Mari-castaña. He aquí uno: Erase una niña muy pudorosa que antes de meterse al baño acostumbraba invocar a los santos contra las tentaciones, y para ello rezaba jaculatorias. Un día olvidó la piadosa práctica y ¡quién había de pensarlo! el demonio que no duerme, le puso en la imaginación un pensamiento de vanidad al admirar la albura de sus

brazos... consintió, y en ese mismo instante Dios le mandó la muerte y se condenó.—Auténtico.

En otro genero: Erase que se era un conocido hombre público, cuya familia cristianísima sostenia lucha encarnizada contra la Masonería que lo tenía preso entre sus redes. ¡Llegó la última hora! el lecho del moribundo rodeado de los «hermanos» de la secta secreta, no dejaban acercarse al sacerdote.—Hasta aquí lo cierto y muy lamentable.

Un perro negro rondaba al rededor de la cama, husmeando la presa.—Murió impenitente y en la casa se sintió un ruido como de terremoto...de cadenas que se arrastraban y al mismo tiempo los que estaban *en gracia*, pudieron ver al animal en llamas llevarse en el hocico el alma del desgraciado, y perderse en las tinieblas por toda una eternidad...

Corrió el cuento por salones y recamaras y pasó de allí a turbar el sueño de los niños...

Por mucho tiempo, en las noches de invierno temblábamos de terror...al oír el ruido del viento o de la lluvia, nos parecía que el perro negro se nos entraba por la ventana! y nos tapábamos la cabeza para no ver aquella cara monstruosa y esos ojos en llamas!...y rezábamos con mucha devoción las oraciones de la noche...

He ahí el ambiente en que el cerebro de Goyo vegeta, imposibilitado de evolucionar. Cuenta sabrosos *casos* de perros negros y de almas abandonadas por la misericordia infinita...

¿Podría nunca el idiota asimilar el *caso* de David, el santo rey, que de adúltero, asesino, traidor y felón, ascendió al más alto grado de perfección y se hizo digno de que el Altísimo lo designara: «El hombre según mi corazón»? ¿Cómo hacer comprender a Goyo el rescate por amor?...

Y pensar que esta indigestión de ideas que imperan en la inconciencia del idiota, con la fuerza convincente de intolerables retortijones, fué el código que sirvió de freno a los graves señores de GOLILLA, que desde la altura de sus dorados marcos desaprueban con gesto severo la libertad que nos tomamos de pensar por cuenta propia...el hambre y sed de explotar la verdad para acercarnos a la *Luz eterna* ..

Ese proceso mental que leemos en los retratos de un siglo atrás, lo guarda Goyo como depósito santo, en el arca de hierro de su cerebro invulnerable a la luz y al aire... y por eso llora y ríe como un inocente...

Pero en medio de la total negación, surge cual chispazo de vida intelectual su inmoderada soberbia. Manso, servicial, obediente con sus patrones, *craquea* como sapo al sentir el pinchazo de las palabras duras. Se enfurruña, se crispa, se dispone a la pelea y falto del sentido del equilibrio, se entrega a los excesos de la ira más desenfrenada. No parece sino que allá en los infranqueables senderos del pensamiento, durmiera un maléfico sueño de castigo su espíritu; que el alma, alerta siempre, saliera a la defensa de los fueros espirituales a recordar su origen divino, a reclamar los privilegios de ser racional, sobre los cuales el idiota no ejerce ningún poder, maniatado en su ignominiosa prisión de carne.

La sensibilidad de Goyo es sin control; exagerada, espontánea, enfermiza.

—Goyito, la señora está en las últimas—le dice uno de los sirvientes, deseoso de provocarle una crisis nerviosa.

La escoba se le cae de las manos con estrépito, alza los brazos en actitud desesperada y los sollozos lo ahogan... No puede contenerse y se refugia cerca de la puerta de mi dormitorio: Un alarido incontenible lo traiciona...

—¿Quién está aquí?—pregunto.

—Yo no quiero que se muera *patrona*!... ¡No *eje* solo a su tontito!... Lléveme con su *mercé*.—Y la ola inmensa de dolor espontáneo, va a quebrarse contra los dobleces del biombo que lo separa de mí...

—Pero si estoy mucho mejor, Goyito, no te aflijas!...

—No *patrona*, *sis tá* en las *últimas*...

—Te prometo que no me muero—replico cariñosa.

Mis palabras caen en el alma del idiota como arrullos de madre al niño dolorido... Me revisto de divinos poderes y logro convencerle de que no me moriré nunca...

Entonces la cara arrugada y tenebrosa se ilumina... Goyito está convencido de mi infalibilidad.

¿Cuál es el primer saludo que recibo el día de mi santo?

Apenas asomo al hall, avanza Goyito gozoso; viene vestido de gala, limpio y condecorado, su cara festiva, oprimida en el alto cuello almidonado, de puntas dobladas, hace recordar al famoso «Gato calzado» de los cuentos de Callejas. Trae un ramo de violetas y me lo ofrece con el consabido discurso, aliñado de sabrosas piruetas de bufón.

—Que el *Señol* que *recebí enta* mañana, me guarde a mi *Patrrona*, *montón* di años mil...—toma resuello y en un enorme resoplido lanza su estribillo, su única preocupación: ¡Y que no se muera nunca! ..

—Dios te lo pague, Goyito! Están deliciosas tus flores... Me adornaré con ellas todo el día de hoy...

Una mueca, una inclinación de cabeza. .. todo su cuerpo en movimiento le ayuda a manifestar la alegría. Junta las manos con beatitud infinita, y su voz desafinada, recorre del agudo al ronco.

—¡No me vaya a engañal, patrrona! Yo la voy a *aguaitarla a vel* si me cumple...

Le parece demasiado honor para sus humildes violetas que se marchiten en el vestido de su señora... Cuando menos lo espero, veo los ojillos apagados del insano mirando su ramito a través de las rendijas del salón...

Hoy concluye el año... Hago mi balance sentimental, y mi corazón se ahoga en un prolongado gemido! arroja: muertos que me esperan, ausentes queridos; hijos que ya no lo son porque a cada uno lo atrae su ideal. Y esto no significa una protesta dolorosa: nada más natural, es ley de la vida. El árbol da flores, las flores semillas nuevas, que continúan la labor de propagarse y florecer... Nunca una madre ha recibido mayores pruebas de cariño que yo, pero... el alma no reconoce los lazos de la sangre y continúa su misión de progreso por el camino que Dios le señalara al nacer.

Lo doloroso de mi balance está en las traiciones! desencantos que hielan el alma y matan toda esperanza!... En lo irreparable!... Y cierro los ojos para no seguir mirando el desastre...

Pero alguien se acerca... una suavidad de terciopelo, roza

mi mano y se retira discretamente... ¡Es mi perro!... En este balance de afectos olvidaba aquel que encarna la fidelidad!...

¡Oh, mi perro! con su leal mirada fija en mí, expiando algún movimiento que le indique que puede acercarse a besarme con su hocico lanudo... ¡Si pudiera hablar! De él recibiría los consejos desinteresados!... El, que sabe por instinto husmear al ladrón escondido, me pondría en guardia contra la traición! ¡Oh, mi perro! que en mi ausencia busca en el aire la huella mía... en la cinta que cayó... en el guante... en el borde del vestido que cuelga de la silla... y prefiere echarse allí sobre el duro suelo adonde encuentra el rastro de su dueño, a su camita mullida!...

A estas alturas de la vida, en que las ilusiones son luces del pasado, mi perro desempeña un gran papel: me da el cariño exclusivo que busqué y que se borró en el vacío como el brillo de las estrellas que no resiste la luz del sol... y el ansia de afectos ni muere, ni envejece: es patrimonio del alma.

El postrer estertor sentimental del ser humano, es dejar en la tierra la semilla de un recuerdo tierno... se lucha por continuar viviendo más allá de la muerte...

¡Goyo y mi perro! He aquí el resultado del balance sentimental del año que expiró! Para ellos soy la felicidad!

Ensordecedora gritería interrumpe mis meditaciones y profana la austeridad del hall. ¿Qué sucede? ¡Es la alegría que pasa!

Un capricho juvenil atropella a los Manes severos, que vagan entre las sombras de las altas columnas... Capricho de año nuevo, de renovación... Travesuras de tiempos medioevales. Es la menor de las chicas que ha hecho nacer en el cerebro de Goyo la convicción de que tiñéndose el pelo rubio se metamorfoseará en un príncipe hermosísimo. Y el pobre idiota ha soportado la durísima operación durante largas semanas: en cuatro piés, inclinada la cabeza sobre la palangana, ha recibido sin proferir una queja, el bautismo de agua oxigenada y de amoníaco propinado por la traviesa chiquilla....

Goyo me guarda esta sorpresa para recrearme en el año nuevo...

—¡Patrona! ¡Mamita!... *Aquí viene su tontito. rucio comu el Niño e Dios de las mairecitas capuchinas ..*

Y sus carcajadas hacen retemblar el hall... Rie desenfrenadamente, como reiría una jauría de perros al son de la corneta de caza.

Hace ya un año. Estábamos en Llolleo, bajo la sombra de los tilos y de los maitenes; la luna derramaba su lluvia de plata sobre el grupo de hamacas...

En amena charla, en compañía de espíritus de cultura exquisita, recordábamos, y el alma franqueaba las distancias para llegar hacia la Manuelita.

El poder del sentimiento une más que la proximidad. Podemos estar a mil leguas y vivimos en perfecta intimidad; nos comunicamos deseos y pensamientos con asombrosa nitidez y tenemos la seguridad de vivir las ideas y aspiraciones de los que amamos, en el minuto presente en que ellos sienten y piensan. Porque Dios nos ha favorecido con la comunión de las almas: misterio de amor, lazo divino de comunicación.

Y es por eso que tú no me llegas a olvidar, porque tu cabecita soñadora, llena de luz, percibe sin interrupción la corriente de amor que te envió en todos los instantes.

Seducida por la serenidad de la noche, por la belleza del cielo, por el perfume del jardín divisaba a través de la bruma tu carita pálida de ensueños, sometida al rigor del clima, allá en el Viejo Continente... a tu precioso hermanito con su mirada de soberano, amparados por la belleza serena y la espiritualidad de tu Madrecita... Oía la voz plateada, la charla deliciosa y honda de tu Padre, en plena crisis mental, dando la nota vigorosa en aquel congreso de almas queridas...

Aquí, cerca de mí, tus primitos bailaban una ronda en torno del prado de bleuts, cantando un estribillo improvisado:

—La Manuelita y Vicentito se volaron!...

¡Este otro año volverán!...

Al són de sus vocecitas evocadoras, te ibas acercando hasta quedar blandamente depositada en mi regazo... Tú carita sonriente respondía a una invitación alada... tus bracitos tornea-

dos con arte supremo, conservaban la posición del último instante de conciencia... el contacto de tus manitas me producía la impresión de estrujar un puñado de rosas deshojadas, como en la realidad...; y tu cuerpo, que parece hecho de algo volátil, se amoldaba al mío bajo la influencia del calor afectivo, tan íntimamente, cual si Dios te hubiera enviado a la tierra para complemento y continuación...

¡Espera! me decía la voz interior... El peor de los momentos puede muy bien ser víspera de un buen rato... Este otro año, en noche semejante, tus ojos cansados, se internarán por los azules senderos de sus ojitos y sus manitas de flor acariciarán tu cabeza enblanquecida de tanto esperar... y su boquita refrescará tus sienes con besos de plegarias, zahumados en su aliento de jazmines recién abiertos...

Así soñaba tu abuela, contemplando la danza de Angelitos que gritaban tu nombre a la luna...

Un enorme bullicio me despierta a la realidad... Allá, en el fondo del jardín, la silueta de Pierrot avanza... Parece la encarnación de la fábula de la hermosa princesa Titania, que en castigo de sus desvíos, fué condenada por los malos genios a amar a un asno... y en su amoroso desvarío lo adornaba de flores....

¡Es el asno de Titania que hace su paseo triunfal!... ¡Viene transfigurado! En las orejas asonan sendos geranios y en el ojal un manojo de claveles rojos, y una corona de salvias color de sangre rodean sus erizados cabellos. De trecho en trecho asoman los mechones rebeldes, en són de protesta...

Goyo se cree príncipe y reparte saludos con sus manazas y deshoja margaritas silvestres para obsequiarnos a la pasada y lanzarlas al aire en homenaje a su persona...

Pasa el festival, sin que la alegría roce mi cerebro ni logre interrumpir la corriente de los pensamientos... prosiguen su carrera vertiginosa en pos de los que quiero!

La bulla se pierde... el eco de las carcajadas del idiota se ahoga en el jardín... en los árboles... en los cerros .. en el cielo azul y sereno...

NOTAS Y DOCUMENTOS

Liberales y socialistas.—¿Cuál puede ser el porvenir de la sociedad humana? ¿Cuál será la organización futura de la sociedad? ¿Ocupará el comunismo el lugar del capitalismo individualista?

Este problema se ha planteado desde hace más de un siglo, en que nació la industria moderna. La industria moderna y el movimiento democrático han engendrado el socialismo. Desde hace cincuenta años las dos escuelas famosas, la liberal y socialista, han agrupado y puesto en campos adversos a cuantos pensaron en la forma futura de la sociedad humana.

Los unos, los socialistas, decían: «Más y más cada día, los descubrimientos de la ciencia, el desarrollo del maquinismo, las condiciones mundiales del comercio y de los financieros concentran las riquezas o el poder en las manos de algunos. Más y más cada día, aquellos que sólo poseen su fuerza de trabajo, pero que políticamente han llegado a ser ciudadanos, se sienten heridos en sus condiciones de vida, y más aún en su dignidad de hombres, por un régimen semejante. Sólo existe un medio de restablecer el orden y de que impere la justicia; es preciso que las riquezas se conviertan en la propiedad de todos; es preciso que la sociedad, la colectividad, regulen la producción y el reparto de los bienes.

Los otros, los economistas ortodoxos liberales, decían: «Cualesquiera que sean las aspiraciones de justicia que atormentan y estimulan en las democracias a los ciudadanos más desgraciados; cualquier potencialidad que pueda adquirir el socialismo, por natural que parezca ser, como consecuencia de la evolución industrial, existen leyes que rigen el desarrollo de las sociedades humanas y leyes económicas tan ineludibles como las leyes de la Naturaleza. Estas leyes no pueden ser violadas. Cada hombre busca la propiedad individual como el prolongamiento de la propia personalidad. Este deseo, es más, esta necesidad, es lo que despierta el espíritu emprendedor. En la lucha por la propiedad hay seres fuertes y seres débiles, como en todos los dominios de la Naturaleza. Pretender colocar a los débiles al mismo nivel de los fuertes equivale a paralizar la iniciativa de los últimos, a disminuir la producción, ahogar la posibilidad del progreso.»

Comunismo e individualismo.—En los países vencidos, donde los emperadores, los reyes y los patronos han sido considerados como más o menos responsables, el comunismo ha parecido ser la salud pública.

En los países vencedores, y aún en los neutros, el esfuerzo de la guerra, por el contrario, ha puesto inmediatamente en primer lugar el valer de los directores y de los jefes. Los que dirigen y obran y aún muchos otros, continúan colmando y sosteniendo que la sociedad no puede ser reparada o reconstruida, sino según los métodos antiguos y las leyes seculares.

De estas dos fuerzas, alzadas una frente a otra, el capitalismo y el individualismo organizado que tiene confianza en sí mismo, y el comunismo que ha resistido, ¿quién conseguirá la victoria? Nadie será osado a aventurar ninguna previsión.

Con razón o sin ella, en realidad, la libertad de comercio ha vuelto al favor de la opinión pública. Hasta en la Rusia de los Soviets recientes decisiones han dejado sentir a los mismos comunistas que era necesario recurrir a la iniciativa individual y a la gestión privada. Pero, en sentido inverso, los directores de la industria pueden enorgullecerse de haber hecho reconocer, por el éxito de su trabajo, la importancia del papel social y el valor de su autoridad. ¿Se atreverían a enorgullecerse de haber apagado, por el solo abandono de su dirección, los movimientos de reivindicación que existen en Inglaterra y en Francia, países que parecen los mejores librados, donde constantemente renacen y perturban los corazones?

Ya antes de la guerra, ante tales accidentes, parecían impotentes. Pero los problemas de la post-guerra se ofrecen como temibles. Recordemos la sentencia que Alberto Thierry, el noble escritor, profería algunos meses antes de su muerte en las trincheras: «He medido las dificultades verdaderamente enormes de la obra de la paz... una por una, y «dudo de que el hombre moderno pueda vencerlas».

ALBERT THOMAS.

Gorgas, Laveran y Manson.—Acaba de morir Manson, el célebre médico inglés. Todos los médicos conocen su magna obra: «Enfermedades tropicales» y algunos tuvieron la suerte de oírlo en la Escuela de Medicina Tropical de Londres.

Se reveló al mundo científico descubriendo un hecho insólito; encontró, estando en China, que las filarias (gusanos microscópicos que producen la elefantiasis) eran transmitidas por los zancudos; tocó pues, a Manson coger a estos insectos por primera vez en flagrante delito y se declaró su enemigo mortal. Sus trabajos fueron recompensados y recibió el noble título de «Sir», tan raro de obtener en la Gran Bretaña.

En este mismo año murió Laveran, el que descubre el agente del paludismo, estudiando la sangre de enfermos en Argelia.

Investigando el modo de transmisión del paludismo, escribe en 1884: «¿Los zancudos representan algún papel en la patogenia del paludismo, como lo hacen en la de la filariosis? El hecho no es imposible, pues es de notarse que los zancudos abundan en todas las localidades palustres».

Esta incriminación de Laveran es luego transformada en certeza, gracias a un plan de estudio elaborado por Manson.

Laveran recibe en 1907 el premio Nobel. «En reconocimiento de sus trabajos sobre el papel de los protozoarios como agentes de enfermedades». A estos estudios consagró su vida, trabajando en el Instituto Pasteur.

Gorgas, el sabio americano que saneó la Habana y Panamá de la fiebre amarilla, emprendiendo lucha encarnizada contra los zancudos que la transmiten, había ya precedido en la muerte a Laveran y Manson. Ascendido a la jerarquía de General, desempeñó durante la gran guerra las funciones de jefe de servicio de la armada americana. Gorgas esperaba «escribir el último capítulo sobre la fiebre amarilla», pero enferma en Inglaterra; en su lecho de muerte da sus últimas instrucciones para la campaña que había emprendido. El Rey Jorge viene a visitarlo y a conferirle personalmente la orden de San Miguel y de San Jorge. A su muerte el Gabinete británico ordena funerales nacionales a este extraordinario general que empleó su energía, su táctica y su inteligencia, no para luchar contra los hombres sino para luchar contra los zancudos.

Desaparecieron, pues, ya de la faz de la tierra, el que descubrió en China su primer delito, quien los acusó en el Africa y quien los persiguió en América.

¡Los zancudos están de plácemes!

C. PICADO T.

El centenario de Schelley.—A propósito del centenario de la muerte del ilustre poeta inglés, publicamos esta página magistral en la cual Paul Bourget analiza el genio y la figura del autor de *Adonais*.

¡Noble e infortunado Schelley! hasta el fin de su vida lo dominó la necesidad de deponer en relación su vida exterior con su vida interior.

«Me parece, escribía a Horacio Smith un mes antes de morir, que las cosas de este mundo han llegado a una crisis que exige a todo hombre prudente que proclame sus sentimientos sobre la impotencia de los sistemas religiosos y políticos para guiar a la humanidad. Cualesquiera que sea la verdad, veámosla...»

Y agrega con melancolía:

«Si cada uno digera en voz alta lo que piensa, este mundo social no subsistiría un día, pero todos cual más, cual menos, se sujetan al medio que los envuelve, y alimenta el mal que repudian con la ola continua de su hipocresía».

En virtud de esta doctrina Schelley, estudiante aún en Oxford, escribió sobre *La Necesidad del Ateísmo* y como consecuencia tuvo que dejar el colegio. Era en el año 1812. El poeta tenía veinte años apenas. Debía morir diez años más tarde, en una tempestad, después de haber llevado la vida más romántica y errante y como es sabido, algunos de sus amigos, entre ellos lord Byron, quemaron su cuerpo en una playa desierta de Italia.

Le squelette était invisible
Aux temps heureux de l'oat pain

ha escrito Gautier. Ese gran adorador de la naturaleza que fué Schelley tuvo los funerales que él había deseado: los de un contemporáneo del tierno Virgilio.

Esa alma enamorada de lo absoluto estaba dominada por las necesidades más imperiosas, del idealismo más puro. Para Schelley como para Spinoza y Hegel, no hubo nunca diferencia entre la Idea y el Hecho, entre el Espíritu y la Realidad. ¿No hay en efecto una estrecha comunión entre el pensamiento y la naturaleza? ¿No es una misma potencia la que, sosteniendo nuestra persona y las cosas, se manifiesta en nosotros por la reflexión y fuera de nosotros, por las formas?

¿Comprenderíamos aún el más pequeño detalle y lo más fragmentario de lo que nos envuelve si las leyes de nuestra razón no fueran del mismo orden que las leyes de la existencia? Aplicada a la política esta concepción de la identidad de lo Ideal y de lo Real condujo a Schelley a la revolución contra la sociedad establecida. Cercioró distintamente la justicia y no le costó comprender que la organización de nuestra vieja Europa estaba fundada sobre injusticias seculares. Aplicada a la conducta privada, esta misma concepción lo precipitó en la desgracia «Caigo sobre las espinas de la vida, sangro» exclamaba él en su magnífica Oda al Viento del Oeste: «*I fall upon the thorns of life. I bleed*». En revancha debió a esta intensidad de su idealismo, la belleza suprema de su poesía tan nueva y encantadora que todo arte parece grosero en comparación con éste, como todo destino parece calculador y mezquino comparado con esta vida de ilusiones sublimes y ternuras infinitas. En la primera página de la colección de versos de Schelley, se podría escribir esta frase tantas veces citada de Amiel: «Un paisaje es un estado del alma». La magia suprema de esta idea

es que, todos los objetos se espiritualizan y humanizan para ella; pero esta espiritualidad no es el resultado ni de un símbolo ni de una comparación. Schelley considera que hay entre nuestra alma y la naturaleza no una analogía, sino una identidad. Un pensamiento difuso se agita en la menor partícula de este inmenso universo, y este pensamiento no es diferente de nuestro pensamiento. Una sensibilidad obscura se extremece en lo que llamamos las cosas y esta sensibilidad sólo difiere por grados de la nuestra. Cuando comparamos un sentimiento emotivo de nuestro corazón con un aspecto del mundo visible, no hacemos más que reconocer la unidad secreta que liga unas con otras las diversas manifestaciones de la vida universal. Y esta visión de la simpatía profunda que une nuestra persona a la naturaleza es tan precisa, tan atormentadora, que involuntariamente Schelley invierte el orden de las comparaciones poéticas y crea un género nuevo de metáforas.

En vez de asimilar como lo desea la tradición de las impresiones del hombre con los fenómenos de la vida exterior, él asimila esos fenómenos a la vida del hombre siguiendo así la marcha misma de la naturaleza, porque el universo entero ¿no está acaso suspendido a nuestra alma, por la cual se perfecciona y toma conciencia? Schelley dirá *Om boats is as Cup in Serchio 'stream,—Its sails are folded like thoughts in a dream...* Nuestro bote reposa en la corriente de Serchio—sus velas están plegadas como los pensamientos en un sueño. Dirá todavía, hablando de los perfumes de una flor en la noche, que desfallecen «*like sweet thoughts in a dream...*—como dulces pensamientos en un sueño». Y esta idea de que el pensamiento, oculto en el interior de la naturaleza se parece a nuestro pensamiento durante el sueño, le fué tan familiar, que la palabra sueño vuelve siempre bajo su pluma cuando quiere describir el mundo vegetal o mineral. Dirá de los trinos de los ruiseñores que «se mezclan a los sueños de las plantas sensitivas». Evoca en el silencio del invierno los días en que la primavera «sopla con su clarín sobre la tierra que sueña»... y, dirigiéndose a esa misma tierra, suspirará:

«Tierra demasiado feliz, sobre tu superficie se deslizarán los soplos de la primavera que te despertarán hasta que salgas—de los sueños que no recordarás». Después de una lectura prolongada de esta poesía, se produce un cambio singular en el pensamiento. Cesan de percibirse los hombres y las cosas en su carácter individual. Es una alma única la que se revela cuya eterna aspiración traducen todos esos seres y todas esas cosas. Es el vasto corazón del universo que se manifiesta víctima de un infinito deseo que no llegará nunca a satisfacerse.

PAUL BOURGET.

El doctor Brum pide la supresión de la Presidencia de la República.—Hacía tiempo que venían anunciándose los propósitos del actual Presidente uruguayo, doctor Baltasar Brum, en el sentido de proponer la supresión de la Presidencia de la República en su país. Tales propósitos han sido expresados ahora claramente en el proyecto de reformas a la Constitución uruguaya, formulado por el doctor Brum.

Propone, en efecto que se suprima la primera magistratura de la República, atribuyéndose sus funciones al Consejo Nacional que ya existía en el Uruguay. He aquí las razones fundamentales que el Presidente uruguayo da en abono de su proyecto:

«El ejemplo que nos ofrece la historia de las Repúblicas hispano-americanas—dice—es bien elocuente para demostrar la inocuidad de las garantías existentes en el papel, contra la arbitrariedad del Presidente de la República.

«El despotismo trae como consecuencia la desesperación popular que se traduce en continuas i sangrientas revueltas, pues el partido que ha perdido una elección no ve la posibilidad de triunfar en un período más o menos próximo. Por otra parte, el régimen presidencial importa una verdadera humillación para la conciencia ciudadana. Es necesario someterse al capricho o a la soberbia del que es dispensador de todo, o exponerse a persecuciones. En cambio, en el régimen colegiado, no existe esa situación deprimente».

Con miras, pues, de evitar los posibles despotismos personales, el doctor Brum se muestra partidario del sistema colegiado de gobierno público. Un gran antecedente histórico abona, por otra parte, su idea: el de Roma en la antigüedad, cuyo período más próspero y glorioso correspondió a la época del Consulado. Otros antecedentes históricos la invalidan, en cambio, entre ellos el de España, cuya plenitud nacional se dió bajo el imperio personal y absoluto en el siglo XVI.

De cualquier modo, la proposición es interesantísima. Lo es doblemente porque significa una decisión franca en momentos en que el mundo titubea entre el régimen parlamentario y el imperialista. Y lo es triplemente por venir de persona que ejerce el cargo que se trata de eliminar.

Será aprobada por la legislatura uruguaya semejante reforma? En el Uruguay, como entre nosotros, la Cámara necesita dos tercios de votos para reformar la Constitución nacional. Tal exigencia (garantía u obstáculo, según el punto de vista de que se considere) dificulta cualquier reforma de esa índole y dificultará esta también.

Con todo, el Presidente Brum declara que el proyecto concuerda con las ideas defendidas en todo momento por el parti-

do a que pertenece, el Colorado Batllista, y es sabido que este partido es hoy el más fuerte del Uruguay, lo que bien puede significar una ventaja decisiva en favor de la idea.

Lo legítimo del socialismo.—No es posible que los capitanes de industria que se encumbran, ni, mucho menos y con más razón, los que son herederos en la tercera o cuarta generación, de los antiguos privilegiados o de los primeros capitanes, detenten solos y sin intervención, los medios de producción. No es posible que esta propiedad privada, susceptible de un acrecentamiento ilimitado, permita despreciar la dignidad humana del obrero y repartir inicuaamente los bienes producidos. La inmensa reivindicación que ha sido consecuencia ineludible del desarrollo industrial moderno, debe tener su compensación. Un patrón francés lo ha dicho: «El patronado de derecho divino ha concluído su misión.»

Verosímilmente, no es el comunismo la forma definitiva que ha de revestir la sociedad justa. ¿En qué dominios y hasta qué límites las propiedades colectivas sustituirán a las propiedades privadas? Los hechos registran una tendencia innegable y poderosa: acrecentamiento de las fuerzas obreras organizadas en todos los países, afirmación de su potencia, la multiplicación de las convenciones colectivas, la identidad creciente de las leyes de protección y seguridad para el obrero, el desarrollo de los sistemas de seguro, la reivindicación de la intervención obrera, la demanda de participación en la gestión de las empresas, la creación, en algunos puntos, de esos organismos de consulta que, desde los Soviets rusos hasta el Consejo de empresas alemán, desde las sociedades francesas de participación obrera, según la ley de 1917, hasta los Consejos industriales de Whitley en Inglaterra, asocian los obreros productores a la dirección de las industrias.

A. T.

BIBLIOGRAFÍA

Enrique Gay Calbó.—*La intromisión norte-americana en Centro América.*—La Habana.—Imprenta «El Siglo XX».—1922.

El ilustrado y muy estudioso Redactor de «Cuba Contemporánea» señor Gay Calbó leyó este trabajo en la reunión de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional de 4 de Marzo último. Es un acopio sereno, pero formidable de datos y revelaciones en demostración de que el imperialismo de Norte América, como inmenso pulpo, extiende sus tentáculos por todos los países de este continente donde se le consiente esa labor intromisora.

Existe en Casa Blanca, o sea en la residencia del Gobierno de Washington, un proyecto que se atribuye al ex Presidente Wilson, encaminado a someter a toda la América Central al protectorado Norte-Americano. Valiéndose de medios políticos, de pretextos económicos o por razones aparentes de simple policía, en realidad se atenta constantemente contra la soberanía de aquellos países, por parte de los representantes del Gobierno yanqui.

El único remedio para contrarrestar y contener esa abrumadora tendencia imperialista, es la unión. Ante la América unida, la patria o el Gobierno de Washington sabrá limitar sus ambiciones. Esta es la saludable conclusión que predomina el señor Gay Calbó en un interesante folleto, muy digno de ser leído y meditado para enseñanza de latino-americanos en general y para aviso juicioso de los cubanos patriotas.

Paul Gerald.—*Tu y yo.*—J. García Monge, Editor.—San José de Costa Rica.—1922.—Un vol. in. 16.—68 p.

Brenes Mesén nos brinda una bella traducción de hermosas poe-

sías de Gerald, que no hace desmerecer en ningún momento esta obra. Correcto y armonioso, con abundante léxico se nos revela el traductor.

«Libro de buen amor, léalo quien haya amado, y quien no, déjelo para cuando puesta la estrella del infortunio, surja el lucero de los pastores sobre su vida», profunda verdad es esto que nos dice el traductor. Sus versos son oraciones para amantes, hay pasión, entusiasmos y penas en la vida de los dos seres que nos da a conocer Gerald.

Podríamos resumir diciendo que es libro para enamorados y poetas y que constituye por su belleza e idealidad un oasis en la vida plena de materialismos y pasiones egoístas.

X.

Julio Supervielle.—*Débarcadères.*—París.—1922.

Ventura García Calderón, en interesante página sobre la nueva poesía francesa, acaba de llamar a Julio Supervielle, «poeta del exotismo americano cuya vida es una escala precaria entre dos riberas de gran esplendor: la Isla de Francia y el Puerto de Montevideo».

En efecto, M. Supervielle nació en esta «tacita de plata» y vive siempre en París de ahí el encanto de su nostalgia y el extranjerismo de su poesía.

Este poeta renueva el caso de Jules Lafogne, uruguayo, y de origen francés en la vida y en las antologías. Glosando un verso de Calderón podríamos establecer un concepto de patria: la patria no es el lugar en que se nace, sino el lugar en donde uno se hace.

Este nuevo libro del poeta canta desde lejos lo que entrevió en la infancia y lo que en los viajes nimbados de ensueño le dijeron el mar

y la pampa, el gaucho y el río, el puerto y las islas...

Julio Supervielle tiene el modernismo de la imagen, la dulzura del verso y el encanto purísimo de la belleza. Ese «Centro del horizonte marino» con que abre su libro está lleno de ensueño, de color, de fuerza poética, de melancólica grandeza: mientras la ola palpa y golpea duramente la proa de hierro que avanza ligera hacia el horizonte, la noche tiene, del otro lado de la orquesta y las luces de a bordo,—que las risas de las mujeres salpica,—una romanza sin palabras que viene de abajo, al través de seis mil metros de silencio y dice de una tierra ciega que duerme en la calma lisa y lacustre del fondo...

Amigo del sueño y del crepúsculo, el poeta levanta sobre el mar las alas de su albatros y deja flamar en la tarde el vuelo de su poncho sobre el caballo gaucho de la pampa platense. Le gustan los silencios expectantes, las florestas indianas, los navíos fluviales, los puertos inmóviles en donde duermen las quimeras y en donde acaban las esperanzas. Es el poeta de la nostalgia pura, del amor a los viajes y del ensueño flotante, que engasta en la energía épica de sus motivos el ópalo de su lirismo o la turquesa de su corazón romántico.

T. M.

Ernesto Nelson. — *Nuestros males universitarios.*—Pedro García, editor.—Buenos Aires.

Debido al celo diligente del catedrático de Ciencias de la Educación de la Universidad del Plata, este libro es un estudio completo y amplio de todos los problemas orgánicos relacionados con la educación pública. La materia bien dispuesta y dilucidada en un estilo claro abarca todos los tópicos fundamentales y formula normas adecuadas para una reforma racional. Nelson, con sus numerosas publicaciones y su acción en la prensa y en la tribuna ha hecho una verdadera especialidad en el estudio de estos problemas universitarios. Admirador de

los métodos anglo-sajones que propician la formación de hombres de amplias espaldas, de amplias ideas y de mucha comprensión humana, prolonga sobre sus obras esta influencia directa, que no puede transplantarse sino cuando hay coincidencia de factores y necesidades y aún de capacidades individuales y colectivas. Siempre me ha parecido que proclamar la excelencia de lo yanqui es ocasionado a errores, ya que Estados Unidos es un país de una sólida organización—defectuosa o admirable, eso es cuestión de criterios,—mientras que Hispano América está en un período de improvisación de sus instituciones de cierto carácter universalmente humano.

Las reformas educacionales son a fin de cuenta una expresión de la dinámica colectiva. Esto es indudable cuando se trata de salir del radio legalista de escasa finalidad social y se quiere propiciar la formación de normas generales de actividad consecuentes con un criterio sencillo y exactamente realista. Todas estas reformas tienen que alcanzar proporciones transitorias sino engranan o empalman de manera adecuada con los demás organismos estructurales de una sociedad. Todo criterio innovador si no desea esterilizarse en el seno de la fantasía que escapa a comprobación, debe encauzar sus anhelos en el sentido de las realizaciones que están favorecidas por los elementos y medios que hacen posible la transmutación ideológica en la realidad siempre educadora aunque dolorosa.

Nelson, con su exposición concienzuda, comprueba con claridad el acierto norteamericano que consistió en abandonar a la razón omnipotente para muchos, por la apreciación de los hechos que caracterizan una situación y que tácitamente formulan una orientación educacional capaz de servir al progreso general y no de seguir conjugando puros modelos y motivos académicos.

«Nuestros males universitarios», es un emporio de utilísimos cono-

cimientos acerca de las funciones docentes en un país y está llamado a suscitar generosas iniciativas de estudios y de acción.

PASCUAL VENTURINO.

Juan Agustín García. — *La Ciudad Indiana.* — 3.^a edición. — Buenos Aires.

En ninguna época como la actual es útil frecuentar la lectura de libros como el que nos ofrece el reputado profesor de *Introducción al Derecho* de la Universidad de Buenos Aires. Cuando se quiere desconocer la continuidad del pasado y dislocar a los pueblos obras como esta, son la mejor argumentación en favor del eslabonamiento de los procesos históricos. Buenos elogios de personalidades como Morel Fatio, Lenordeau, Unamuno, ha conquistado García en su esclarecimiento de la vida económica del Buenos Aires colonial. Recordando los méritos indiscutidos de estructura de la obra se han evocado los nombres de Taine y de Foustel de Coulanges y en virtud que el método de exposición del Dr. García es de positiva eficiencia. Con criterio sociológico proyecta potente luz en la expresión más fundamental de la existencia colonial y anticipa visiones certeras acerca de otros fenómenos colectivos destacados. Comparada la colonia con los fenómenos colectivos de hoy se nota una persistencia extructural que se ríe de las novísimas instituciones que los pueblos quieran adoptar sin empezar por transformar su espíritu. Porque hay que ritmar en todas las faces con el nuevo estado de cosas que se propician, y no sólo reformarse espiritualmente, lo que resulta a veces lo más fácil y expuesto a contra sentidos, sino en la universalidad de la actividad humana. El hombre debe estar siempre en relación con su época porque de lo contrario, o sea, educado en aislado sin mayores vinculaciones con la realidad, que es la fuen-

te de toda enseñanza útil, se producen esos hechos híbridos que significa la existencia de hombres con mentalidad de ayer y de hombres con mentalidad de pasado mañana.

Hay quienes viven enredados en virtud de raras anacronismos en pleno período colonial, y hay otros que afiebrados en el anhelar vagan en un período metafísico en plena etapa fantástica. Esto es uno de los hechos más resaltantes que hacen de la obra de García un emporio de caracterizaciones sociales que permiten explicarse la causa de muchos fenómenos que hoy día nos conturban.

Estrada tuvo perfecta razón cuando afirmó que explicarse la vida colonial era comprender las tres cuartas partes de las cosas actuales. Esta obra maestra escrita con un criterio estrictamente sociológico que la hace respetable, es indispensable para cuantos deseen comprender las manifestaciones salientes de la actividad colectiva hispano-americana. Los que tienen el sentido de la velocidad sufrirán un poco al comprobar cuan escaso es el progreso real alcanzado, ya que no se puede llamar tal el retórico, o sea el que se perfila en las declamaciones más o menos napoleónicas de los gobernantes que no tienen ideas de las leyes que rigen el movimiento de los pueblos.

García, nutrido de fina cultura de artista sabe reanimar el pasado en forma movida e impresionante. Aún en sus comedias, tales como *El Mundo de los Snobs*, y *la Cuarterona* (Escenas de la vida colonial), se advierte esta capacidad de síntesis vigorosa que le permite teñir de sangre trozos de pasado ya difuntos.

Libro que debería ser clásico en lengua castellana es este, que revela la poderosa personalidad de un pensador excepcionalmente bien dotado.

PASCUAL VENTURINO.

INDICE

	Pág.
Emilio Vaïsse.—Gustavo Flaubert.—Su vida y sus obras.—Enseñanzas que de ambas se desprenden.....	5
Rafael Sotomayor.—El combate de Iquique el 21 de Mayo de 1879 y la excursión de la escuadra al Callao.....	30
Albert Samain.—La rana.....	39
Raúl Simón.—Nuestra situación financiera.....	40
Aníbal Pinto.—La renuncia del Ministerio Santa María y la formación del Ministerio Recabarren en 1880.....	62
Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.....	69
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Alpha, Enrique Bataille.—X. X., ¿Por qué se cumple tan mal entre nosotros la ley de instrucción primaria obligatoria?—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado ante la Sociedad de Importadores de Estados Unidos de Norte América.—Rabindranath Tagore, Discurso pronunciado en la recepción del premio Nobel.....	82
BIBLIOGRAFIA.—Antonio José Restrepo, El moderno imperialismo. Protección y libre cambio —Miguel Rasch Isla, Para leer en la tarde.—Raúl Simón, La situación económico-política de los Ferrocarriles del Estado.—L. Roy, Cours de Mécanique.—L. Rougier, La matière et l'énergie.—Maurice Rostand, La gloire.—L'Annuaire des Longitudes pour 1922.—Alcides Arguedas, Historia General de Bolivia.—Roland Dorgèles, Saint Magloire.—Luis Barros Borgoño, La cuestión del Pacífico y las nuevas orientaciones de Bolivia.....	97
Aníbal Pinto.—Apuntes: Dificultades de la guerra.—Causa del mal estado en que se encuentran las operaciones militares.—Ataque del Huáscar a Antofagasta.—La captura del Huáscar.—El desembarco en Pisagua.—Una conferencia con el General Escala.—Carta a Baquedano.—El nombramiento de don Alvaro Covarrubias como Ministro Plenipotenciario para tratar de la paz con el Perú.—Por qué el Presidente Pinto no quería la expedición a Lima.....	113
Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.—(Conclusión).....	127

	Pag.
Jacques Riviere.—Fragmentos inéditos del «Diario Intimo» de Amiel	145
Samuel Ossa Borne.—La obra de don Ignacio Santa María sobre la Guerra del Pacífico.....	154
C. Pérez.—La teoría celular.—(Continuación).....	159
Roxane.—Henry Bataille.....	176
L. Dugas.—Las ideas pedagógicas de Guyau.....	196
NOTAS Y DOCUMENTOS.—J. T. Ibarra, Anatole France.—D. Restrepo, ¿Quién es el autor del soneto, «A vos corriendo voy, brazos sagrados»?.....	208
BIBLIOGRAFIA.—Paul Géraldy, Aimer, pièce en trois actes.—Henry Vignaud, Le vrai Christophe Colom et la légende.—Miguel Corday, Les Hautes Fournaux.—Alfonso Espino, Mármoles y Bronces.—R. Cúneo Vidal, Historias de las insurrecciones de Tacna por la independencia del Perú.—Th. de Douder, «La Gravifique Einisteinienne».—F. Contreras, Letras Hispano-Americanas.—J. B. Pompey, «Analogies Mécaniques de l'Electricité».....	219
Armando Donoso.—Don Enrique Matta Vial	225
Enrique Matta Vial.—Don Domingo Santa María	234
Enrique Matta Vial.—La nacionalidad y la ciudadanía.....	251
Aníbal Pinto.—Apuntes en el año de 1880 y 1882.—SUMARIO.—La mediación de los Estados Unidos.—Discreción de los hombres de Gobierno.—Posibles plenipotenciarios chilenos.—Don Manuel José Irarrázaval y sus ideas sobre el Perú y Bolivia.—La interpelación Balmaceda sobre las negociaciones de paz.—Llegada de los plenipotenciarios peruanos a Arica.—El señor Ficher.—Retrato de don José Victorino Lastarria.—El General Baquedano y don Aníbal Pinto.—Una polémica histórica después de la guerra.—Plan de campaña del General Baquedano sobre La Paz.—Refutación de las apreciaciones de don Máximo R. Lira.—Baquedano y el Gobierno de la guerra.—Una visita de Taforó y las dificultades en Roma para preconizarlo.—Balmaceda, Aldunate y las negociaciones de paz con García Calderón.....	259
Raul Simón —Oscilación de los cambios y depreciación de la moneda.....	281
Roberto Liévano.—José Asunción Silva.....	294
Giovanni Papini.—Ensayos.....	312
César Barja.—Ocaso.....	319
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Sobre el origen de la vida.—Shaw Desmond, La fuerza atómica y lo que dicen a este respecto algunos hombres de ciencia.—Trabajos de investigación eléctrica en la Gran Bretaña.....	320

BIBLIOGRAFIA. —Ernesto Constet, Où en est la Photographie.—Paul Painlevé, Les axiomes de la mécanique.—Emilio Picard, Discours et Mélanges.—Abel Hermant, Le Petit Price; La Clef.—J. H. Rosny Aîné, Nell Horn.—Jules Mery, Terre Païene.—Giovanni Papini, Histoire du Christ.—Alfonso Maseras, En la América Meridional.—Claudio Arteaga Infante, La mujer chilena esclava de la ley.—Simón Bolívar, Discurso en el Congreso de Angostura.—José Ignacio Escobar, Escritos.—Nonce Casanova, La Racaille.—Alfredo Colmo, La cultura jurídica y la Facultad de de Derecho.....	330
C. Silva Vildósola.—Alfredo de Vigny.....	337
X. X. X.—La Alemania de hoy.....	357
B. Combes de Patois.—Las Memorias del Cardenal Ferrata.....	370
Corpus Barga.—El tercer centenario de Molière.....	375
J. L. Faure.—¿Qué es el cáncer? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál su origen?.....	382
Julio Zegers.—Don Enrique Mac Iver.	395
Juana de Ibarbourou.—Noche de lluvia.....	406
Ignacio Santa María.—Apuntes sobre la Guerra del Pacífico: I. La situación política; Los Ministros del Gabinete de Agosto de 1879.—II. La Legación de Chile en Francia.—Alberto Blest Gana, Capitán de Navío Luis A. Lynch, Carlos Morla Vicuña.—III. Intendencia General del Ejército y Armada.—Francisco Echaurren Huidobro.—Vicente Dávila Larraín.....	407
Monna Lissa.—Goyito.....	428
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Liberales y socialistas.—Comunismo e individualismo.—Gorgas, Laveran y Manson.—El centenario de Schelley.—El doctor Brum pide la supresión de la Presidencia de la República en el Uruguay.—Lo legítimo del socialismo.....	439
BIBLIOGRAFIA. —Enrique Gay Calbó, La intromisión norteamericana en Centro América.—Paul Gerald, Tú y yo.—Julio Supervielle, Débarcadères.—Ernesto Nelson, Nuestros males universitarios.—Juan Agustín García, La Ciudad Indiana.....	446
B. Vicuña Mackenna.—La Zamacueca y la Zanguaraña.....	449
Gilberto Amado.—La literatura brasileña y el desenvolvimiento mental del Brasil.....	464
Ramón Pérez de Ayala.—Ignacio Zuloaga: El placer y la necesidad de las biografías.....	489
A. Ghejov.—La Tristeza.....	500
Francisco Zapata Lillo.—Suspiro (Traducción de Sully Prudhome)	506
Dr. L. S. Rowe.—El progreso de la democracia en el Continente Americano.....	507

	<u>Pág.</u>
Un documento histórico: Balmaceda muere por sus propias manos en la capital de Chile.....	516
Guillermo Feliuú Cruz.—¿Escribió Balmaceda una justificación de sus actos después de la Revolución de 1891, para el «New York Herald»?.....	516
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Gustave Simon, Ernesto Lavise, Jefe de la Escuela Histórica Francesa.—Víctor Hugo y Pedro II.—Ernesto Greve, El hierro en los tiempos coloniales.....	541
BIBLIOGRAFIA.—César Barja, Libros i autores clásicos.—Dr. Raul de Cárdenas, La política de los Estados Unidos en el Continente Americano.—Dr. Antonio Irairoz y de Villar, Enrique Piñeyro; su vida y sus obras.—Eduardo Barrios, El Hermano Asno.—Olegario Lazo Vega, Cuentos Militares.....	556
Indice del Tomo XIV.....	557